



*E*SPOSA
*L*UMILLADA

BRENNNA DAY

INDICE

[Capítulo 1](#)

[NADIA](#)

[Capítulo 2](#)

[IBRIEL](#)

[Capítulo 3](#)

[NADIA](#)

[Capítulo 4](#)

[IBRIEL](#)

[Capítulo 5](#)

[NADIA](#)

[Capítulo 6](#)

[IBRIEL](#)

[Capítulo 7](#)

[NADIA](#)

[Capítulo 8](#)

[IBRIEL](#)

[Capítulo 9](#)

[NADIA](#)

[Capítulo 10](#)

[IBRIEL](#)

[Capítulo 11](#)

[NADIA](#)

[Capítulo 12](#)

[IBRIEL](#)

[Capítulo 13](#)

[NADIA](#)

[Capítulo 14](#)

[IBRIEL](#)

[Capítulo 15](#)

[NADIA](#)

[Epílogo](#)

[IBRIEL](#)

[Más de Ibriel y Nadia](#)

[La Secretaria del Jeque](#)

[Capítulo 1](#)

LUANA
Capítulo 2
ZADIR
Copyright

Capítulo 1

NADIA

Dejo mis cubiertos sobre el plato con el bistec a medio terminar y suspiro apoyando mi espalda en el respaldo de la silla. ¡Si como algo más reventaré, lo juro!

Echo un vistazo alrededor. El banquete se ha prolongado demasiado y la mayoría de los asistentes están borrachos. Y eso incluye a mi prometido. Bueno, a estas alturas debería decir mi esposo. Pero es que no quiero llamarle así. Me recorre un escalofrío solo de pensarlo.

No le quiero, es así de simple. Y no hay nada que pueda hacer para remediarlo. Esto se lo he dejado bien claro a mis padres, pero no importa cuánto llore y les suplique, ellos siempre pasan de mi opinión. Lo único que les importó fue entregarme al príncipe Fausto en cuanto él demostró un mínimo interés por mí. Y todo para poder firmar una nueva alianza con su reino que incluya el perdón de la deuda que mi padre contrajo con los países de occidente.

Pues hecho está, otra vez se han salido con la suya. ¡Y a mí que me parta un rayo!

Bufo cruzándome de brazos y miro hacia la cabecera de la mesa donde está mi esposo. Pongo los ojos en blanco al ver que está borracho como una cuba. No hace una semana que le conocí y ya le desprecio. No es que sea feo, aunque tampoco es guapo. ¡Es que es un tío de lo más irritante! Le observo mientras se pavonea frente a los invitados, animando a todo el mundo a seguir bebiendo mientras me guiña el ojo y levanta su copa para brindar conmigo. Después de un momento incómodo en que todos me miran expectantes, fuerzo una sonrisa y levanto la copa que no he tocado en toda la noche. Con un suspiro de fastidio hago el gesto de brindar con él, después de todo no puedo pasarme la vida ignorándole.

Es el destino de una princesa, suspiro con resignación. No soy más que la prenda de intercambio para que mi padre pueda aumentar su influencia y poder sobre la región.

Después de beberse la copa de vino mi esposo tiende su mano hacia mí indicándome que me quiere a su lado. ¡Uff, qué pesado! Me pongo en pie y tratando de no perder el equilibrio sobre estos tacones de vértigo camino hacia él. En cuanto me acerco alarga la mano y tira de mi brazo con rudeza haciéndome inclinar a su lado. Puedo oler su aliento alcohólico cuando tras

guiñarme un ojo farfulla en mi oído.

—Prepárate porque ahora viene lo mejor.

Hago una mueca porque se me revuelve el estómago solo de pensar en compartir su lecho. Él me da un beso en la mejilla dejándome sus babas inmundas y luego se gira hacia los invitados para hacer sonar la campanilla que está junto a su plato.

—¡Atención! —anuncia con su voz de borracho, y de inmediato las conversaciones se interrumpen y todas las cabezas se vuelven hacia nosotros. Madre mía, odio ser el centro de atención. ¡Trágame tierra!

—Os agradezco vuestra asistencia —exclama mirando a todos y cogiéndome de la mano apretándomela demasiado fuerte. Su mano está fría, húmeda y pringosa. Me da mucho repeluz porque tengo la sensación de estar tocando un pescado. Intento soltarme pero él me fulmina de reojo antes de continuar —. Como comprenderéis, mi flamante esposa ha tenido un día muy largo y ha insistido en que nos retiremos a nuestros aposentos.

¿Que yo le he insistido? ¡Eso es mentira! Abochornada veo cómo le guiña el ojo a sus hermanos y amigos con complicidad. Me muerdo la lengua para no pegar cuatro gritos y marcharme de aquí sin dar explicaciones. ¡Si tan solo pudiera decir lo que pienso de él! Pero como no puedo, opto por apretarle la mano con furia y él se aparta de mí con sorpresa frotándose la mano magullada con una ridícula mueca de dolor.

Gimo interiormente porque jamás imaginé que mi destino sería acabar como la esposa de un hombre tan débil y despreciable. ¡Se suponía que mi boda sería con mi primo Zadir! O al menos eso es lo que creí hasta hace unos meses atrás. Cuando era una niña creí haberme enamorado de él, y según crecíamos comencé a ilusionarme con nuestra boda. Cada noche antes de dormirme repasaba obsesivamente la larguísima lista de invitados y planeaba cada detalle de la ceremonia desde el instante en que entraba en la mezquita hasta el momento tan romántico en que nos escabullíamos en secreto de la fiesta para marcharnos a su palacio donde pasaríamos el resto de nuestras vidas felices y comiendo perdices.

Pero mi primo no estaba pensando exactamente lo mismo que yo. La propia realidad se encargó de quitarme la venda de los ojos. No negaré que sufrí y mucho, pero ahora que Zadir está felizmente casado con la princesa Luana, que es una monada de chica, estoy feliz por ambos.

Desgraciadamente para mí, Zadir ha dejado el listón demasiado alto. A diferencia de mis hermanas, desprecio los matrimonios arreglados y me he

acostumbrado a admirar a un tipo de hombre aguerrido, masculino y protector. No quiero hacer de esposa de un hombre por el que no siento absolutamente nada, sino que quiero un esposo al que pueda amar. ¿Es eso pedir demasiado?

Al parecer sí lo es.

Suspiro amargamente porque el príncipe Fausto, por más dinero e influencia que posea, es todo lo opuesto al gran jeque Zadir.

Cuando quedamos a solas, el príncipe me mira entrecerrando los ojos.

—Así que quieres jugar, ¿eh? —sisea tratando de acorralarme contra la pared.

Cuando intenta besarme, rápidamente me escabullo haciendo una mueca de asco. Él logra cogerme del brazo y riendo mientras se tambalea por los pasillos, me arrastra hacia el sitio donde pasaremos la maldita noche de bodas.

Menuda noche me espera...

Al llegar al dormitorio, lo primero que hace el príncipe es quitarse los zapatos pateándolos en el aire, luego aparta el dosel de un manotazo y se derrumba sobre la gran cama. Con mucho esfuerzo levanta la cabeza para mirarme y con una mano da palmadas sobre el colchón indicando que me siente a su lado.

—Venga, no seas tímida —me llama en un tono que intenta ser seductor pero que me causa una leve náusea—. Esta es la noche que vosotras las princesas tanto esperáis ¿a qué sí? Imagino que tendrás tantas ansias como yo de comenzar.

Le miro sin poder creérmelo. ¿De verdad piensa que le deseo? No parece estar bromeando. Aterrorizada miro a mi alrededor, es un ambiente grande y lujoso, pero gélido y sin encanto. No se escuchan ruidos de la fiesta, estamos demasiado lejos del salón. Nadie puede ayudarme, pienso y enseguida empiezo a temblar como una hoja.

Fausto vuelve a insistir. Tras tomar aire me fuerzo a caminar en dirección a la cama pero mis pies se clavan en el suelo, incapaces de seguir avanzando. Impaciente él se inclina hacia delante y me coge del brazo haciéndome sentar en el borde junto a él. Me aparto procurando no rozarle y él me mira con una sonrisa lasciva.

—¿Preparada?

Gruño un “sí” inaudible y al ver que él acerca su rostro al mío, cierro los ojos resignada a recibir el beso inevitable. Retorciéndome las manos me fuerzo a

pensar en otra cosa. Pasan unos cuantos segundos y el beso no llega. Curiosa abro un ojo, y al no verle junto a mí respiro con alivio. En ese momento alguien llama a la puerta y pego un bote sobre la cama al ver entrar a una mujer de uniforme blanco con un maletín de primeros auxilios.

—¡Enfermera, dése prisa! ¿No se da cuenta que no tenemos tiempo que perder?

La voz del príncipe llega desde un sillón ubicado en el otro extremo de la habitación. Me vuelvo hacia él para mirarle interrogante, pero me ignora y con un gesto de la mano le indica a la enfermera que se acerque a la cama. La mujer obedece de inmediato y se detiene frente a mí poniéndose unos guantes elásticos que parecen de cirujano. Boquiabierto alterno la mirada entre ambos.

—¿Qué narices está ocurriendo aquí? —pregunto confundida.

Miro a Fausto exigiendo una respuesta, pero él vuelve a apartar la vista de mí como si estuviera apesada.

La mujer me sonrío tímidamente.

—Lo siento, su alteza, pero debo examinarla para comprobar su pureza.

Espantada retrocedo en la cama y levanto la barbilla hacia el capullo de mi esposo.

—¡Estás chalado! —le acuso empezando a cabrearme de verdad.

Él intenta levantarse del sillón pero está tan borracho que no puede tenerse en pie y enseguida vuelve a caer pesadamente sobre el asiento.

Señalándome con un dedo farfulla.

—¡Tú obedece y calla la boca!

¡Uyyy, esto es el colmo! Si hay algo que no soporto es que me hagan callar.

La sangre me hierve con indignación y me quito un zapato con la intención de arrojárselo a la cabeza y clavarle el tacón en la frente, pero pronto recuerdo que Fausto le ha perdonado la deuda a mi padre a cambio del arreglo nupcial, y que si no fuera por ello, mi familia estaría en la ruina.

Cierro los ojos y respiro intentando calmarme. Sé que me sentiré culpable si lo fastidio todo por una de mis explosiones de ira.

Debes soportarlo durante una noche, me digo. Una noche y luego será todo más fácil.

La enfermera me pide que me tumbe boca arriba sobre las almohadas y me quite la ropa interior. La miro mortificada estirando la falda de mi vestido de novia.

—No me quitaré las braguitas delante de él —repongo indicando a Fausto,

que gruñe y se remueve incómodo en su sitio.

Nerviosa, la enfermera mira de reojo al príncipe antes de decirme.

—Princesa, su majestad ahora es su esposo, no tiene por que tener pudor.

—¡Pero esto no estaba en el contrato! —protesto fulminando con la mirada a Fausto, que se limita a sonreír socarronamente y a negar con la cabeza.

—Deberías haber prestado más atención a la letra pequeña. ¡Por supuesto que este punto figura en el contrato! Yo mismo he pedido a mis abogados que lo incluyan. Tengo derecho a hacer un examen completo para comprobar que estés entera —hace una pausa para mirarme de arriba abajo y un escalofrío me corre por la espalda—. Yo decido cuándo y dónde, es parte del arreglo. Si tienes dudas puedo hacer que traigan el documento para revisarlo juntos.

Uff, su tono irónico me enferma, pero hundo los hombros y gimo interiormente al darme cuenta que tiene razón. En el contrato dice claramente que debo ser virgen y que el esposo tiene derecho a inspeccionar a su esposa. ¡Aunque nunca pensé que el príncipe necesitaría ayuda para un acto tan íntimo!

La voz destemplada de Fausto me saca de mis pensamientos.

—¡Proceda, enfermera!

La mujer me mira con ojos suplicantes, como diciendo “lo siento, solo cumplo con mi trabajo”.

—No tomará más que un minuto, princesa, se lo prometo.

Deseando que esta pesadilla termine cuanto antes, obedezco. Me tumbo en la cama y bufo al subirme el ruedo del vestido y quitarme las braguitas.

—Por favor abra las piernas.

Dios mío, pienso mortificada, ¡toda mi vida reservando mi virtud y acabo abriendo las piernas en una situación tan ridícula!

El bochorno que siento es tan grande que me arden hasta las orejas. De a poco desvelo mi zona íntima y cierro los ojos con fuerza al sentir que un dedo frío se introduce en mi vagina y empieza a hurgar. De los nervios me muerdo la lengua y hago un esfuerzo sobrehumano para no chillar. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Si pudiera elegir estaría a miles de kilómetros de aquí!

Cuando la enfermera acaba su inspección y se retira, me vuelvo a sentar cubriéndome con el edredón porque puedo sentir sobre mi cuerpo los ojos lascivos de mi esposo. La enfermera se aclara la voz y mira primero a Fausto, después a mí y otra vez al príncipe, retorciendo las manos y parpadeando. Se la ve muy nerviosa.

Fausto se acerca trastabillando.

—¿Y?—balbucea con ansiedad—. ¿Está todo en orden? ¿Ya puedo...?

La enfermera baja la mirada al suelo sin decir ni media palabra. Me remuevo nerviosa en la cama al ver lo turbada que está esta mujer. ¿Qué narices ocurre aquí?

Mi esposo insiste.

—Es pura, ¿verdad?

Lentamente la enfermera niega con la cabeza.

—Lo siento, su alteza. La muchacha no está intacta.

Me enderezo al oír aquello. ¿Que no estoy intacta? ¿Qué cojones significa eso? ¡Si yo jamás me he acostado con nadie!

El príncipe me mira con los ojos como platos, como si de golpe se le hubiera pasado la borrachera.

—¡No puede ser! —masculla pasándose una mano por la frente con desesperación. Luego se vuelve para fulminar con los ojos a la enfermera, como si ella fuera la culpable de todo—. Igual cometió un error.

Por supuesto que es un estúpido error, me digo asustada, pero no digo ni pío porque el príncipe se levanta de su sillón y viene hacia nosotras con gesto amenazante.

—¡Exijo que repita la prueba! —grita a la enfermera que retrocede temblando como una hoja—. ¡Deprisa!

—¡No! —protesto yo—. Ya he tenido suficiente con una vez. No quiero que vuelva a meterme los dedos allí...

Él me corta con un gesto airado.

—¡Tú ve rezando para que haya sido un error! Si mi noche de boda se arruina, será por tu culpa —sisea con desprecio.

Respiro contando hasta diez para no levantarme y pegarle una bofetada que le vuelva la cara. Mientras tanto la enfermera se quita los guantes para reemplazarlos por un par nuevo. La miro con aprensión cuando se acerca a mí y cierro las piernas con fuerza advirtiéndole con la mirada que ni se le ocurra intentarlo. Al ver que me resisto el príncipe empieza a gritar como un desquiciado.

—¡Abre las malditas piernas!

Al ver que no le obedezco se acerca a la enfermera tratando de amedrentarla aún más.

—¡Más le vale que consiga que esta zorra abra las piernas!

Jadeo de indignación al oír su insulto y me vuelvo cabreada hacia Fausto. En ese momento la enfermera aprovecha para separar mis rodillas y vuelve a

meter su mano entre mis piernas. Abro los ojos como platos. ¡Madre mía, me ha pillado distraída! No tengo más remedio que estarme muy tiesa mientras la profesional me revisa. Tengo un cabreo que no veas y estoy que echo espuma por la boca. Es oficial, me digo, este es el día más humillante de mi vida. ¡Por favor que la tierra se abra y me trague para siempre!

Al acabar la segunda inspección me incorporo en la cama y al ver la expresión de la enfermera se me hiela la sangre. Fausto se acerca a la pobre mujer que traga saliva y tartamudea.

—Es... es muy estrecha, majestad. Y tiene todas las características de una doncella, pero...

El príncipe la mira con su cara transfigurada por la ira y el temor.

—¿Pero qué? ¡Venga ya, hable de una puñetera vez!

—Pero su himen está roto —anuncia por fin con voz desmayada—. Lo... lo siento, su alteza.

Mientras el príncipe le grita a la enfermera cuatro cosas aprovecho para saltar de la cama poniéndome en pie y estirando la falda de mi vestido, tan abochornada que ya ni siquiera les escucho discutir acerca de mi virginidad. Solamente pienso en salir de este maldito sitio cuanto antes.

Camino en puntillas hacia la puerta para escabullirme, pero antes de que pueda llegar a ella, el príncipe se vuelve hacia mí enfurecido.

—¡Tú, zorra! —grita señalándome con un dedo y me quedo inmóvil durante unos instantes con la mano sobre el pomo de la puerta—. Te quiero fuera de mi propiedad en cinco minutos. ¡Largo de aquí!

Con los ojos entrecerrados le hago un gesto obsceno y salgo dando un portazo. Según me alejo puedo oír sus gritos de indignación. Me encojo de hombros pensando que tendría que haberle mandado a la mierda hace rato.

A toda prisa dos guardias se acercan a mí y me conducen por los pasillos hacia una de las salidas de servicio, como si yo fuera una delincuente. Al pasar delante del salón puedo oír la música y el festejo que llega del otro lado de las pesadas puertas de caoba. Me quito los tacones y apuro el paso para evitar cruzarme con alguien. Voy arrastrando la cola del vestido blanco, tan aprisa que los guardias tienen que dar una carrerilla resoplando detrás de mí para alcanzarme. Es que me aterra la posibilidad de encontrarme con uno de los invitados justo en este momento. ¿Con qué cara les miraría?

La gran luna ilumina el jardín y durante varios minutos procuro permanecer escondida entre la arboleda mientras observo la puerta principal del palacio. Enderezo mi espalda cuando veo aparecer a mis padres junto al príncipe

Fausto. Por la manera en que los tres mueven sus brazos, deben estar discutiendo acaloradamente. Jadeo de indignación al ver que de golpe el príncipe les cierra las puertas en las narices. Salgo de entre los árboles mientras un grupo de guardias escoltan a mis padres hasta la salida. Echo a correr hacia el aparcamiento donde nuestra limusina espera a mis padres. Visiblemente sorprendido, el chófer sale del coche y al verme en semejante estado de agitación abre los ojos como platos. Pero como lo dicta el protocolo, no hace comentarios y se limita a abrirme la puerta del coche.

Al ver llegar a mis padres el corazón se me estruja porque es como si hubieran envejecido diez años en apenas unos minutos. Me siento tan culpable... Mis ojos se llenan de lágrimas, pero enseguida me las limpio haciendo un esfuerzo para no llorar. Aprieto el pañuelo en un puño jurando para mis adentros que de alguna manera me vengaré de lo que ese malnacido nos ha hecho.

Mis padres entran en el coche y se sientan a mi lado en completo silencio. No me atrevo ni siquiera a moverme y durante varios segundos permanezco cabizbaja con la vista en mi regazo y las manos temblorosas. Tras coger aire me armo de valor para mirarles y veo que tanto mi madre como mi padre miran fijamente hacia delante con ojos vidriosos, como si yo no estuviera allí junto a ellos. Me muerdo la lengua para no llorar, pero las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

Viajamos en silencio durante toda la noche. Humillada y abatida, no imagino cómo será mi vida a partir de ahora.

Si es que después de esta noche volveré a tener una vida.

Capítulo 2

IBRIEL

Me paseo nervioso de un lado a otro de la tienda de campaña cuando la entrada se abre y aparece mi consejero.

—¿Qué ha dicho? —pregunto sin poder ocultar mi ansiedad.

El viejo Mujib hace una reverencia ante mí y sonrío.

—Le recibirá, alteza. Aunque debo decir que al rey no le hace ninguna gracia. De todas maneras él me ha asegurado que procurará que la princesa esté lista para partir cuanto antes.

Respiro aliviado. Puedo sentir mis músculos relajarse y me permito una ligera sonrisa.

—Perfecto —digo para mí.

Estoy listo para consumir mi venganza. Las estrellas finalmente se han alineado después de tantos años de injusticia y sufrimiento. La noticia del repudio de la hija de Saúl ha corrido como un reguero y una gran vergüenza ha recaído sobre su reino. Ahora que la fortuna me sonrío debo moverme rápido y sin misericordia.

No pienso dejar escapar la oportunidad. Nada ni nadie me quitará la satisfacción de ver a Saúl hundirse. Y esta vez espero que sea para siempre.

—La situación del rey es peor de lo que estimábamos —añade Mujib con una sonrisa de oreja a oreja.

Me dejo caer en mi sillón y apoyo la cabeza en el respaldo cruzando mis manos detrás de la nuca.

—Pues entonces el golpe que se llevará será más fuerte.

Mujib enciende su pipa con aire de sabio.

—Hemos tenido suerte, en otras circunstancias el rey nos hubiera puesto muchas más pegas para prometer a su hija. Ahora que todo el mundo la considera una apestada, vuestra majestad la tendrá a su merced para hacer con ella lo que le plazca.

Frunzo el ceño y miro por la ventana de la tienda el paisaje inusual, tan lejos de mi hogar en el desierto de Naan. Aprieto los puños al pensar que detrás de la montaña se encuentra el palacio del rey Saúl. Luego vuelvo mi mirada fría hacia mi consejero.

—Lo único que me place es destruir lo más rápido posible a su padre.

Mujib asiente.

—Comprendo, majestad.

Luego saca una carpeta de su bolsa de viaje.

—He preparado un dossier sobre los últimos cinco años de la princesa Nadia. Hago un gesto con la mano sin darle importancia.

—Guárdalo, no hace falta.

Mi consejero alza una ceja.

—¿Seguro que no quiere al menos ver su imagen?

Resoplo con impaciencia.

—Te he dicho que no me interesa ni su vida personal ni su aspecto físico. ¡Nada puede distraerme de lo importante! Además, la recuerdo como una niña insufrible. Después de todo es la hija de ese desgraciado, y tú sabes, de tal palo tal astilla.

Mi consejero menea la cabeza mirándome con preocupación.

—Alteza, sabe que deseo esta venganza tanto como usted, pero necesitamos actuar con toda la frialdad del mundo. Por ello le ruego que domine su genio. Recuerde que la venganza es un plato que se come frío. Si la princesa llegara a sospechar que solamente la tomará como esposa para traer la ruina de su padre, nuestros planes podrían peligrar.

Frunzo el ceño meditando en sus palabras. Tiene razón, debo moderar el fuego de mi temperamento si quiero que esto funcione.

—Lo tendré presente, Mujib. Puedes marcharte ya.

Le observo salir y después de meditar en silencio durante un rato me pongo en pie y salgo de la tienda a mi vez. Miro a través de los binoculares y veo que mis hombres al otro lado del campamento ya están preparando los caballos y los todoterrenos para partir. Luego levanto la cabeza al cielo oscuro del atardecer y saludo a mi padre muerto.

Ya falta poco, padre. Te he prometido arruinar la vida de ese hombre y pronto se hará justicia.

Con un gesto decidido cojo el radio y doy la orden de partida. En pocos minutos el campamento se transforma en una caravana y volvemos a avanzar por el terreno escarpado.

Voy delante junto a mi gabinete y una escolta de soldados. Detrás vienen los vehículos especiales con víveres y refuerzos de toda clase. He previsto un viaje de regreso cómodo. Bueno, todo lo cómodo que puede ser una travesía por el desierto. Sobre todo para una princesa que no está acostumbrada a esos rigores. Me divierte someterla a un contraste tan fuerte entre su vida protegida y las costumbres de mi pueblo. Desquitarme con ella no calmará mi sed de venganza, pero tampoco es un mal comienzo, pienso con una sonrisa

maliciosa mientras veo ponerse el sol detrás de los picos montañosos.

La última vez que vi a la princesa ella era apenas una niña. Me pregunto si habrá crecido para convertirse en la versión femenina de su insoportable padre. Quizás se haya librado de su influencia. Pero conociendo a su padre yo no apostaría por ello.

Un extraño sonido interrumpe mis pensamientos. Son fanfarrias que suenan a lo lejos, traídas por el viento. La guardia real nos ha divisado y nos da la bienvenida. Me estremezco de anticipación. Volver a entrar en el reino del enemigo de mi padre es una victoria en sí misma. Sobre todo cuando el rey había jurado sobre su estirpe que ni mi padre ni ninguno de sus vástagos volvería a poner un pie en sus dominios.

Pues ya ves, Saúl, la vida da muchas vueltas...

Sonrío y luego me vuelvo dando un grito para animar a mis soldados. Ellos responden espoleando sus caballos.

Una hora después desmontamos frente a la entrada del castillo. Un puente levadizo desciende y un comité de bienvenida sale a recibirnos. Mis hombres permanecen tensos y se remueven inquietos en sus monturas. Sé que detrás de tanta pompa hay mucho recelo. Puedo ver a los francotiradores apostados en las torretas, listos para disparar si me atrevo a hacer un solo movimiento sospechoso. Pero no sería capaz de arruinar mi venganza haciendo algo tan obvio. Mi venganza no será consumada a través de las armas. Prefiero hacerlo de una manera sutil, pero mil veces más dolorosa.

Al entrar en los jardines levanto la cabeza y miro hacia la ventana del salón real. Estoy seguro de que el rey está observando desesperado mi entrada triunfal. Sonrío interiormente al imaginar la humillación que debe estar sintiendo al observarme desmontar y entrar en los salones de recepción. El hijo de su más grande enemigo ensuciando nuevamente los immaculados pisos de mármol de Carrara con el polvo del desierto. Y esta vez para llevarse a su hija. ¡Quién lo habría dicho!

Mujib se queda atrás junto al resto del gabinete mientras el ministro de guerra me lleva directamente a los aposentos del rey. Por su gesto sé que no le gusta nada tener que quedarse aquí, pero prefiero tratar a solas con mi enemigo.

Según avanzamos por los diferentes salones puedo oler el mismo tufo a alcanfor y naftalina que recuerdo de la vez anterior, cuando yo era apenas un muchacho que llegaba por primera vez acompañando a mi padre para firmar el tratado comercial que llevaría nuestro reino a la ruina. Hago una mueca imaginando que la princesa Nadia también debe oler como los muebles de su

padre y el estómago se me revuelve del asco.

Un lacayo nos abre las puertas del salón donde el rey sentado en su trono me mira como si acabara de ver un fantasma. A su lado la reina jadea llevándose una mano al pecho al observar mis pintas. Divertido y orgulloso, levanto la barbilla sonriendo de lado y en dos zancadas estoy frente a ellos.

A ambos se les ve demacrados por el paso del tiempo y con un rictus de amargura en sus rostros. La sangre me hierve en las venas y se me agolpa en las sienes al recordar todo el mal que estas personas le han hecho a mi padre, y la desgracia que significan para mi reino. Les miro erguido en toda mi estatura sin hacer las reverencias formales. No creo que les moleste que me salte el protocolo a estas alturas. Al encontrar los ojos del rey le sostengo la mirada. Sus pupilas azules parecen un muro acerado. Es un hombre que sabe ocultar muy bien sus emociones, pero estoy seguro que solo tengo que pincharle un poco para hacer salir todo su resentimiento hacia mí.

—Ya ves, viejo amigo, de regreso en tu reino miserable, pero esta vez nos vemos las caras —digo y mi tono tan directo hace que se sobresalten—. Ya no soy aquel mocoso que agachaba la cabeza y se quedaba callado cuando dirigías tus comentarios sarcásticos a mi padre, ¿a que no?

Mi cuerpo se alza como una torre sobre Saúl, y a pesar de mi uniforme rahído por el uso y mi piel bronceada por el sol, el rey con todas sus galas parece un ser insignificante al lado de mi figura atlética y poderosa. No obstante ello, aún mantiene su dignidad y me observa con el mismo desprecio de siempre.

—No te equivoques, Ibriel, eres la misma alimaña de siempre. Solo que ahora tienes más poder que yo. Una alimaña con poder, eso no te hace mejor. Para mí siempre serás ese taimado príncipe del desierto bueno para nada.

Rechino mis dientes tratando de controlar mi furia. No puedo darme el lujo de demostrar debilidad. Reprimo mis ganas de retorcerle el cuello como a una gallina y cobrarle mi deuda aquí mismo. En cambio, me fuerzo a sonreír ampliamente.

—Comprendo que esto debe ser una tortura para ti, viejo zorro —digo cruzándome de brazos y mirándole con curiosidad antes de añadir—. Ahora que seré tu yerno sería más apropiado llamarte “padre”.

La reina gime y se cubre la boca al oír semejante afrenta hacia su esposo. Apuesto a que ningún huésped se ha atrevido a dirigirse a él de esta manera en sus propios aposentos. Molesto por la reacción exagerada de su esposa, el rey la fulmina con una mirada pidiéndole en silencio que se recate. Luego vuelve sus ojos fríos hacia mí. El velo se ha rasgado y ahora sí puedo ver la

ira centellea en sus pupilas. Como lo suponía, su odio continúa intacto y no ha menguado ni un ápice en todos estos años.

Mejor así, me digo.

Saúl se pone en pie temblando de furia.

—¡No tienes respeto por nadie! Siento en el alma tener que entregar a mi hija a un salvaje como tú, pero no me has dejado opción.

Le miro sin parpadear. El viejo está a punto de perder los papeles y prolongo el silencio entre nosotros de una forma incómoda. El viejo se desespera.

—¡Habla, maldita sea! —exclama enrojándose como si su cabeza fuera a estallar en cualquier momento.

Cuando por fin hablo, lo hago con toda la calma del mundo.

—No te preocupes, no te entretendré demasiado. Pero me temo que deberemos pasar al menos una noche bajo el mismo techo. Espero que no te importe que duerma tan cerca de ti.

Mi amplia sonrisa de dientes blancos le hace enfadar aún más y tuerce su rostro en una mueca de disgusto mirándome con desprecio.

—Ah, me olvidaba—añado—, también necesito un sitio al resguardo donde quepan mis caballos y donde mis hombres puedan reponer fuerzas.

Con un gesto malhumorado, el rey llama a uno de sus ministros y le ordena que disponga un sitio para mis hombres y mis animales.

—En cuanto a mi Nadia... —empieza el rey pero le interrumpo con descaro, dirigiéndome a ambos.

—Vuestra hija puede dormir conmigo para que se vaya acostumbrando a su futuro esposo, si estáis de acuerdo —suelto con intención de fastidiarles y Saúl se acerca a mí enfurecido, agitando un puño frente a mi cara al tiempo que a sus espaldas la reina chilla escandalizada. Yo vuelvo a elevarme en toda mi estatura hinchando el pecho y mirándole desafiante.

—¿Qué piensas hacer? —me inclino hacia él con los brazos en jarras—. ¿Golpear a tu yerno? ¡Venga, hazlo de una puta vez y arruina nuestro trato! No te imaginas cuánto estoy deseando entrar en guerra contigo... —le amenazo mirándole con el ceño fruncido.

El rey retrocede cautelosamente y se deja caer en su trono mascullando insultos entre dientes, sus ojos azules ardiendo como brasas.

Le miro con severidad.

—Tu hija está manchada y puedo hacer con ella lo que me dé la gana.

—¡Maldito seas tú y tu padre! —grita el rey a pleno pulmón mientras me señala con un dedo—. ¡Retírate, no quiero volver a verte!

Asiento con la cabeza lentamente y luego me vuelvo dándoles la espalda.

Al salir sigo al ministro de guerra que, intimidado por lo que acaba de suceder, me guía hacia el ala de huéspedes sin decir una palabra. Desde aquí aún puedo oír los gritos y lamentos de los reyes. Estupendo, pienso, todo está saliendo a pedir de boca.

Subimos las escaleras y enfilamos hacia la zona de dormitorios. Pero a poco de andar oigo voces femeninas y me detengo de pronto, girando mi cabeza en la dirección opuesta. Vuelvo sobre mis pasos siguiendo el sonido y llego hasta una puerta tras la cual se ve luz. La puerta está algo entornada y alargo mi mano hacia el pomo para terminar de abrirla. Al advertir lo que estoy haciendo, el ministro llega corriendo hasta mí suplicándome por favor que me retire de esa habitación. Cada vez más intrigado ladeo mi cabeza y enarco una ceja mirando al hombrecillo que de repente se ha puesto muy nervioso. Me encojo de hombros sin hacerle caso y le doy la espalda para volver mi atención a la misteriosa puerta. Entonces siento su mano sobre mi brazo y lentamente me vuelvo hacia él fulminándole con la mirada. Al ver mi cabreo el hombre me suelta de inmediato y carraspea nervioso.

—¡Por favor, Su Alteza, se lo pido por lo que más quiera! No puede entrar allí. Me comprometerá...

Le corto en mitad de la frase acercando mi rostro al suyo de forma amenazante.

—¿Quién eres tú para decirle a un jeque lo que puede o no hacer?

Le miro fijamente hasta que agacha la cabeza dándose cuenta de su estúpido error. Niego con la cabeza porque dirigirse a mí de esta manera en otras circunstancias podría haberle costado la vida. El ministro trata de disculparse hincándose de rodillas ante mí. Impaciente hago un ademán para que se aparte y me pego a la puerta abriéndola de a poco hasta que logro asomar la cabeza.

Vaya, es una especie de vestidor y en él hay dos muchachas de pie frente a un gran espejo ovalado que ocupa la mayor parte de la pared opuesta a mí. Al centrar mi atención en el reflejo veo que hay otra muchacha rubia sentada en un taburete con una expresión de fastidio. Está parcialmente oculta de mi vista por las otras dos que al parecer no paran de cotorrear entre sí. Aún así puedo ver que tiene la tez blanca y los labios pintados de carmesí, y lleva un vestido corto de color rojo que corta el aliento. ¡Por Alá, si va casi desnuda!

Curioso busco sus ojos y advierto que me está observando a través del reflejo. El corazón se me sale al ver sus grandes ojos violetas que parpadean

rápidamente al mirarme. Durante unos instantes que me parecen eternos permanecemos así, mirándonos como si no hubiera otra cosa que hacer en el mundo.

Pero el hechizo se rompe bruscamente cuando ella gira la cabeza hacia mí, haciendo que las otras muchachas también adviertan mi presencia.

Al verme comienzan a chillar como locas y me retiro maldiciendo por lo bajo. Enfilo el pasillo a toda prisa y el ministro corre tras de mí tratando de alcanzarme.

¿Era ella? ¡No puede ser cierto! Mis ojos deben estar engañándome. ¡Mierda, tengo que saberlo!

Me detengo en seco y me vuelvo hacia el ministro cogiéndole por las solapas de su chaqueta y lo alzo en vilo contra la pared. El pobre diablo empieza a suplicar por su vida. Con un gesto de impaciencia le indico que cierre la boca.

—¿Es ella? —le pregunto sin lograr disimular mi tono de ansiedad.

En su rostro puedo ver que comprende mi pregunta. Solo cuando le veo asentir varias veces con la cabeza le suelto y me vuelvo confundido, pasándome la mano por el cabello.

¡Mierda, mierda, mierda!

Definitivamente no es lo que esperaba.

Mientras el ministro me muestra la suite donde me alojaré sigo dándole vueltas a mi cabeza. Debo tener cuidado con esa muchacha. Esto podría poner mis planes patas arriba. Cuando al fin me quedo a solas, salgo al balcón y respiro profundamente. El sol se ha puesto detrás de las murallas y la noche no tardará en caer. Voy al cuarto de baño y abro el grifo para llenar la bañera. Después me dejo caer sobre el borde de la cama con la vista perdida en el vacío.

Recuerda las palabras de Mujib, me digo. Debes controlar tu impetuosidad o lo arruinarás todo.

Pero por más que lo intente con todas mis fuerzas, no puedo alejar de mi mente la imagen de la princesa Nadia.

Capítulo 3

NADIA

—No puedes usar ese vestido, acentuará todos tus defectos.

Entrecierro los ojos mirando a mi hermana Amira con recelo.

—¿*Todos* mis defectos? ¿Cuántos crees que tengo?

Ella pone los ojos en blanco y tras arrojar mi vestido a un lado me hace girar para que pueda ver en el espejo el peinado que me acaba de hacer.

—Mira qué precioso tienes el cabello. ¿Te gusta?

—Pues debo decir que no se ve del todo mal.

—¿*Del todo mal*? ¡Vaya, qué desagradecida!

Ambas nos miramos y echamos a reír. Pero enseguida me pongo seria.

—Esto no me gusta —digo.

Mi hermana suspira.

—No hay más remedio, ya sabes cómo son las cosas por aquí.

—¡Vaya si lo sé!

Amira chasquea la lengua.

—¡Oye, no seas tan pesimista!

Vuelve a ponerse a mis espaldas para dar los toques finales a mi peinado cepillando con esmero mi melena rubia.

En ese momento Sahira, mi hermana mayor, sale del vestidor con el dichoso vestido rojo que las dos se han puesto de acuerdo en hacerme poner. Al verme frente al espejo se detiene inspeccionándome con ojo crítico.

—¡Deprisa, necesita máscara y más sombra en los párpados! —ordena a Amira que asiente volviéndose rápidamente hacia el tocador para coger más frascos y pinceles—. Ah, y quiero esos labios más rojos, ¿vale?

—Entendido, mi general —repone mi hermana con guasa.

Incrédula las miro a las dos y bufo cruzándome de brazos.

—¡No me gusta andar por ahí pintada como una puerta!

Sahira se inclina hacia mí a punto de perder la paciencia.

—¿Quieres quedarte para vestir santos? ¿Te imaginas aquí sola para siempre?

Me estremezco al imaginarlo. Desde que el príncipe Fausto me repudió mis padres me tratan como si estuviera enferma. Me he convertido en la oveja negra de la familia. Y no es que antes fuera la princesa perfecta, ni mucho menos. Pero es que ahora la situación es fatal. Ni siquiera podemos tener una cena en paz. Aunque mi padre no dice mucho, las miradas en la mesa lo dicen todo y el aire se corta con un cuchillo.

—Vale, píntame —acepto resignada—. ¡Pero no te pases!

Cierro los ojos mientras mi hermana se agacha frente a mí para aplicarme el maquillaje.

Si despotrico contra mis hermanas es solo porque estoy muy nerviosa, pero en el fondo las amo y les agradezco tanto que hayan dejado a sus hijos pequeños y a sus esposos para venir a ayudarme. Me siento algo culpable. Todos se ocupan de mí como si yo fuera un objeto defectuoso que es necesario devolver al fabricante. Por eso mi padre ha aceptado la oferta de Ibriel, a pesar de haber interrumpido relaciones comerciales con el reino de Naan desde hace años. Ahora sí que está dispuesto a aceptar su sucio dinero, como él solía referirse a la fortuna del jeque. ¡Cómo cambian las cosas de un día para el otro!

¿Y todo por qué? Por mi afición a los caballos. Mi nana me lo había advertido la primera vez que le dije que quería tomar clases de equitación. Pero en ese momento yo no entendía a qué se refería con aquello de que mancillaría mi pureza. Ella me decía que si montaba y saltaba tanto a caballo más temprano que tarde dejaría de ser una señorita. ¡Y vaya si tenía razón! Se refería a que los saltos con el caballo provocarían que mi himen se perforara por accidente. Eso le ocurre a muchas chicas que toman el deporte. Pero en ese entonces yo me limité a reírme de ella porque creía que lo que decía era absurdo. Además, ¿para qué narices servía ser señorita de todas maneras? No lo podía comprender. ¿Qué gracia tiene vivir si no puedes hacer las cosas que te gustan? Y andar a caballo siempre ha sido mi pasatiempo favorito.

Niego con la cabeza ahora que comprendo la gravedad del asunto. ¡Qué tonta he sido por pensar así! Pero es demasiado tarde para lamentos. Aunque me he convertido en la vergüenza del reino no debo desanimarme. Me prometí que no dejaría que ese malnacido de Fausto quebrara mi espíritu. Suspiro al recordar las semanas siguientes al repudio, ¡Dios mío, casi muero de pena! Pero gracias a la compañía de mi yegua Ebra logré resistir la tentación de permanecer encerrada en mi habitación, deprimida y avergonzada, como mis padres pretendían que hiciera.

—Ya casi es la hora de bajar al salón. Déjame ayudarte con el vestido. ¡Verás lo bien que te sienta!

Echo un vistazo al trozo minúsculo de tela que mi hermana sostiene en sus manos y hago una mueca pensando que es demasiado atrevido.

—¡Es un vestido de zorra! —protesto.

Amira frunce el ceño y levanta el dedo índice amonestándome.

—Más respeto, que es el vestido que usé en mi presentación en sociedad.

—¡Y por ello fuiste la primera de nosotras en casarte!

Mi hermana pone los ojos en blanco y me mira como si yo fuera tonta.

—¿No te das cuenta que justamente esa es la idea?

—¡Pero no quiero darle la impresión de que podrá tenerme tan fácilmente!

Mis hermanas sueltan la risa. Las miro con los ojos entrecerrados.

—¿Se puede saber qué os parece tan gracioso? —pregunto mosqueada.

—¡Tu prometido es el mismísimo príncipe Ibriel!—exclama Amira—.

¿Acaso no conoces su reputación? Hará contigo lo que quiera de todas formas.

—¡No si yo se lo impido!

Sahira me mira de forma enigmática y añade.

—La pregunta es, ¿de veras querrás impedirselo?

Ellas se parten de la risa pero yo no le veo la gracia al asunto.

—Vale, a probarse el vestido de zorra —dice Amira entre risas y a regañadientes empiezo a vestirme.

Madre mía, ¿qué pensará el jeque de mí al verme así? Al imaginar la reacción de mi futuro esposo me estremezco. Arrugo el ceño y observo mi imagen en el espejo. ¡Esa no soy yo! Nunca antes me he puesto algo tan provocador. Fijo que el jeque no me querrá. Un pensamiento me sobresalta llenándome de aprensión. ¿Y si él también me repudia? Mordiéndome el labio inferior observo mi figura. Quizás sea demasiado pálida para un hombre de Naan. O igual no le gusta que mis senos destaquen tanto. ¡Dios no lo permita, me moriría de vergüenza si un hombre me rechazara por segunda vez!

De todas maneras debo admitir que siento curiosidad por ver a Ibriel de nuevo. Solo le vi aquella vez de pequeña, cuando acompañaba a su padre en misiones diplomáticas, y lo único que recuerdo era que le veía como si fuera un hombre, aunque entonces él tendría apenas unos quince años. Pero para mí, que solo era una niña, ese muchacho guapo y reservado que permanecía a la sombra de su padre era tan misterioso y atractivo como una estrella de cine. No puedo creer todo lo que se dice de él en estos tiempos. ¿De verdad se ha convertido en un cavernícola sanguinario como le llama mi padre? Si es así, ¿por qué querría entregarme a un hombre así?

Es inútil especular, me digo con una sonrisa amarga. Mi padre jamás da explicaciones, solo da órdenes que deben acatarse sin rechistar.

Dejo caer los brazos a los lados pensando en lo difícil que es ser la hija de mi padre cuando de repente oigo el chirrido característico de la puerta y

enderezó mi espalda con atención. Alguien está allí fuera... Y lo que veo hace que mi corazón dé un vuelco.

¡Madre mía, es él! Le reconozco aunque el hombretón que estoy viendo a través del espejo se parece muy poco al joven príncipe que recuerdo. Permanezco quieta como un animal sorprendido por un cazador, entrelazando mis dedos sobre mi regazo. Sus ojos dorados están clavados en mí, desnudándome con la mirada, y no me atrevo a volverme por temor a alertar a mis hermanas. ¡Dios mío, este es el cavernícola que ha venido a arrancarme de mi casa paterna! ¡Este es el hombre del que me han advertido durante todos estos años! Casi no respiro y siento que el corazón se me sale del pecho.

El jeque es tan alto y fornido que cuando da un paso hacia mí pego un bote en mi silla temiendo que con solo estirar su brazo desde allí pueda tocarme. Me mira con una intensidad que consigue erizar la piel de mis brazos. Esos ojos tan exóticos son promesas de un reino lejano y prohibido lleno de peligros.

Ibriel, repito su nombre interiormente sin despegar mis ojos de los suyos. Su nombre resuena en mis entrañas y sin darme cuenta estoy moviendo mis labios pronunciando su nombre en voz alta. Mis hermanas lo advierten y se miran entre sí preguntándose qué narices ocurre conmigo.

Sin poder contenerme por un segundo más giro mi cabeza y le veo, una presencia tan rústica y masculina que, por contraste, hace que nuestro pulcro vestidor se vea aún más delicado y femenino. Su aura de poder me cautiva, y solo cuando oigo a mis hermanas chillar porque también le han visto, despierto del hechizo de sus ojos y me pongo en pie de un salto. Pero es demasiado tarde porque Ibriel ha retrocedido de nuevo hacia la oscuridad del pasillo.

Me vuelvo furiosa hacia mis hermanas.

—¡Callar cotorras! ¿No os dais cuenta que lo habéis espantado?

Quiero salir corriendo tras él pero mis hermanas se colocan delante de la puerta para impedírmelo.

—¡Ni se te ocurra! —gritan las dos a coro.

Me encojo de hombros e intento avanzar rodeándoles, pero mi hermana mayor da un paso lateral cerrándome el paso.

—¿Te has vuelto loca? —me pregunta levantando las cejas.

—¡Pero es mi esposo! —protesto.

—Te equivocas, pequeña. Solo será tu esposo cuando el protocolo de boda se cumpla a rajatabla.

—¡Me da igual el protocolo! Él ha pedido mi mano y soy su prometida. Tengo derecho de ver a ese hombre.

Sahira entrecierra los ojos.

—¡Tú no te mueves de aquí y no se habla más!

Mosqueada regreso a mi asiento y bufo mientras oigo el cuchicheo de mis hermanas a mis espaldas. Resoplo porque esta era mi oportunidad de verle de cerca. En la gala de presentación solo podré estar a unos veinte metros de él.

Pero aún estoy a tiempo, me digo, y mientras mis hermanas siguen discutiendo acaloradamente acerca de lo que hacer a continuación, yo aprovecho su distracción para echar a correr en línea recta hacia la puerta, y antes de que ellas puedan reaccionar estoy fuera.

—¡Nadia! —oigo sus chillidos—. ¡Vuelve aquí!

Pero echo a correr a toda prisa por el pasillo y llego al ala de huéspedes donde seguramente mi padre ha alojado al jeque. Después de andar durante un buen rato me detengo para recuperar el aliento. Echo un vistazo por encima del hombro y veo que mis hermanas no se han atrevido a seguirme. ¡Perfecto!

Justo en el momento en que empiezo a acercarme en puntillas hacia las suites, veo salir de repente a uno de los ministros de mi padre de una de ellas, y corro a ocultarme tras una columna. Solo cuando le veo bajar las escaleras respiro aliviada. Como me imaginaba, al jeque le han asignado la suite más grande, una serie de recámaras comunicadas entre sí. Espero unos segundos más y al comprobar que no hay moros en la costa, llego hasta la puerta tratando de no hacer ruido y pego el oído para intentar escuchar algo del otro lado. Al no oír ningún ruido frunzo el ceño y pruebo a girar el pomo. ¡Madre mía, la puerta cede! Con el corazón en la boca abro muy lentamente y asomo la cabeza con cuidado. No veo a nadie, así que tomo aire y después de santiguarme me decido a entrar.

Cierro la puerta tras de mí y miro alrededor de la estancia, dudando en qué dirección explorar. Sobre el aparador encuentro la capa de su uniforme. Acercó mi nariz para olerla imaginando los días largos en el desierto. Cierro los ojos y puedo verle cabalgar al comando de sus soldados. Me muerdo el labio inferior sonriendo y avanzo hacia el centro de la habitación. La puerta cristalera que da a la terraza ha quedado abierta. Me acerco a ella con sigilo, pero el jeque tampoco está aquí. Frustrada dejo caer los brazos a los lados.

De golpe alguien me sujeta por detrás aprisionando mis brazos y me tapa la boca con una mano. Chillo a todo pulmón pero el sonido sale ahogado.

—¡Shuss! Quieta, soy yo —dice una voz profunda y resonante que sin dudas pertenece a un hombre habituado a dar órdenes—. ¿Qué buscas aquí? ¿Acaso tu padre no te ha enseñado modales?

Abro los ojos como platos y vuelvo a chillar a la vez que intento moverme, pero es imposible hacerlo debido a la forma en que me sujeta. Mis esfuerzos de librarme solo sirven para provocarle risa, así que me detengo enarcando una ceja. ¿Acaso se está burlando de mí? La sangre me sube a la cara e intento morderle la mano porque ahora tengo un cabreo que no veas. Él aprieta aún más su mano contra mis labios para que no pueda lastimarle con mis dientes. Siento su aliento cálido cuando se inclina sobre mi oído para hablarme.

—Princesa, me hace mucha gracia que te metas a la guarida de tu verdugo. ¿Querías conocerme?

Mi corazón está desbocado pero de alguna manera su voz me tranquiliza. Asiento con la cabeza admitiendo que quería verle y cierro los ojos aspirando su perfume masculino. Su piel huele a sándalo y su respiración sobre mi oreja hace que me sonroje aún más. Debería estar asustada, pero al relajarme encuentro que es muy agradable estar entre sus brazos.

—Yo también sentía curiosidad por ti, princesa. ¿Pero no crees que a tu padre le daría algo si te encontrara aquí junto a mí?

Su tono es irónico y me aprieta más contra sí. Yo trago saliva al sentir su excitación contra mi espalda baja. Al mismo tiempo sus labios descienden hasta rozar el borde de mi oreja y el inicio de mi cuello. Una descarga eléctrica me recorre entera de la cabeza a los pies.

—Si te suelto, ¿prometes no chillar como las chaladas de tus hermanas?

Afirmo con la cabeza y él se ríe por lo bajo quitando su mano de mi boca, no sin antes restregar su palma áspera por mis labios. Gruñe al hacer eso y cierro los ojos sintiendo mi centro contraerse. Dios mío, ¿qué me está pasando?

Cuando al fin me suelta me vuelvo hacia él con brusquedad fulminándole con la mirada. Él no aparta los ojos de mí con una expresión seria de suficiencia. Su seguridad y dominio de sí mismo me resultan odiosos.

—Di algo, quiero escuchar tu voz —me ordena con su voz grave.

Me cruzo de brazos cada vez más cabreada. ¡No puede ser tan arrogante! Su expresión exuda tanta seguridad que tengo el impulso de abofetearle para bajarle esos humos, pero es demasiado alto y fuerte para dejarme hacer algo así.

Al negarme a abrir la boca él avanza otro paso hacia mí con intención de

intimidarme, echo un vistazo alrededor y rápidamente mido la distancia que me separa de la puerta de salida. El jeque chasquea la lengua exasperado.

—¿Por qué no hablas? ¿No tendrás voz de pito, verdad?

Vuelvo a alzar la cabeza para mirarle mosqueada. ¿Así que voz de pito, eh? ¡Pues te dejaré con las ganas! Como toda respuesta le saco la lengua antes de echar a correr como alma que lleva el diablo.

Agitada llego al vestidor donde están mis hermanas y cierro la puerta tras de mí. Me quedo apoyada contra ella intentando recuperar el aliento y me llevo una mano al pecho. ¡Madre mía, cómo impone el jeque! Mis hermanas corren hacia mí y me cogen de las manos.

—¡Nadia, estás blanca como un papel! ¿Le viste? —pregunta Amira sin poder ocultar su ansiedad.

Asiento con la cabeza limpiándome el sudor de la frente.

Sahira frunce el ceño con preocupación.

—¿Te ha hecho daño?

Niego con la cabeza.

Mis hermanas se miran empezando a perder la paciencia conmigo.

—¡Dinos algo, por favor! ¿Es peligroso? ¿Es tan bestia como dicen? ¿Te ha ofendido?

—No exactamente —digo con voz desmayada.

—¡Ay, niña, no nos dejes con la intriga!

Intento tranquilizarme, pero aún puedo sentir la presencia del jeque como si estuviera aquí. Me froto los brazos allí donde él me tocó y su tacto parece grabado a fuego en mi piel. Joder, me temo que esta noche no podré conciliar el sueño...

Finalmente tomo aire y miro a mis hermanas fijamente.

—Es guapísimo —digo sonriendo como una tonta sin poder evitarlo.

Capítulo 4

IBRIEL

Anoche no pegué ojo pensando en la princesa.

Suspiro y dejo caer el agua helada sobre mi nuca durante más tiempo del necesario. No puedo dejar de pensar en mi deseo de volver a verla.

Eso no es bueno.

Me visto a toda prisa repitiéndome que necesito tener sangre fría. ¿Habré exagerado? ¿Acaso mi reacción a esa mujer podría ser un efecto del cansancio por el viaje? No, tengo demasiada experiencia en estas lides para engañarme.

Es necesario que redoble mis cuidados. Sería demasiado estúpido ceder a la tentación. Esa mujer es el enemigo, recuérdalo y estarás seguro.

Sintiéndome de nuevo yo mismo salgo de la habitación tomando las escaleras del ala este, de esta manera no tendré que volver a pasar por la habitación de la princesa.

A media mañana, después de una larga y tediosa reunión con el rey y sus abogados para firmar papeles y ultimar los aspectos legales de la futura unión matrimonial, salgo a recibir el parte de Mujib y comprobar que todo esté listo para la partida. No quiero demorarme ni una hora más aquí.

Respiro el aire de la mañana y siento que me renuevo. Pronto estaré otra vez en el desierto, mi elemento, y la fase final de mi plan continuará según lo esperado. La princesa Nadia no será obstáculo.

Ya he dado el aviso de nuestra partida y el rey se ha mostrado aliviado. Mi desprecio por él no ha hecho más que crecer y el viejo no tiene ni puñetera idea de lo que le espera. La próxima vez que nos veamos a la cara será su ruina final y definitiva.

Impaciente animo a mis hombres para que se den prisa. De vez en cuando echo un vistazo a la entrada principal donde los guardias se han apostado para resguardar la salida de la princesa. Con un gesto indico a Mujib que haga avanzar el vehículo preparado especialmente para ella. El todoterreno aparca al final de la alfombra roja que sale desde el interior del palacio. La princesa está al salir y yo me paseo de un lado a otro impaciente. Mierda, estoy tan ansioso como un adolescente. ¿Qué coño te está sucediendo, Ibriel? ¿Desde cuándo te pones así por una mujer? La princesa Nadia no es más que un paso obligado en mi plan de destrucción de este maldito reino, un trámite apenas, así que será mejor que me comporte en consecuencia.

Suenan los clarines y enderezo mi espalda tensionando al máximo los músculos. Respiro por la nariz para intentar calmarme mientras la princesa sale con paso decidido acompañada por sus hermanas mayores. Levanto una ceja sorprendido porque la princesa lleva el mismo vestido rojo de anoche. ¿Acaso cree que nos vamos de fiesta? Niego con la cabeza sin poder creérmelo y el mal humor se adueña de mí.

La despedida tarda demasiado y empiezo a resoplar molesto. Al ver las lágrimas y los abrazos y las demostraciones de cariño excesivas, pongo los ojos en blanco y zapateo con mis botas impaciente volteando hacia mis soldados que me miran aguardando órdenes.

—Joder, esto no acabará nunca —murmuro a Mujib que asiente con la cabeza y hace un gesto con las manos para pedirme paciencia.

A pesar de mi mosqueo vuelvo a fijarme en la princesa. La miro fascinado estudiando sus movimientos elegantes y cada gesto de su cara. Varios criados se ocupan de meter su equipaje en el maletero del coche y otro sostiene la puerta abierta del vehículo esperando a que la princesa ingrese. Pero Nadia se detiene en la punta de la alfombra roja y durante un momento mira alrededor como buscando algo, hasta que por fin endereza su espalda al verme y fija su mirada en mí. Aprieto los labios mientras el pulso se me dispara. Sostengo su mirada con expresión seria pero no puedo dejar de maravillarme con sus preciosos ojos violetas.

Durante un buen rato ninguno de los dos hacemos un movimiento. ¿Qué cojones está ocurriendo aquí? Es como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros.

La princesa desvía sus ojos incapaz de sostenerme la mirada por más tiempo, y como si acabara de liberarse de un hechizo, la veo avanzar hacia mí ante el desconcierto de sus criados que se miran entre sí sin saber qué hacer.

Belfos, mi caballo purasangre, cabecea con impaciencia y acaricio su cuello para calmarlo, pero en ningún momento le quito los ojos de encima a la hija menor de Saúl.

Al llegar a mi lado, ella levanta su barbilla y señala a Belfos con un movimiento de su cabeza.

—Los coches me marean, prefiero los caballos.

Entrecierro los ojos y la observo sin decir palabra. Puedo ver que habla en serio. Vaya, esto no estaba en mis planes. Debo llevármela de aquí como sea, en coche, en caballo o en andas. Da igual, lo importante es largarme de aquí cuanto antes.

Miro a mi alrededor y advierto que los guardias del rey están hablando por el radio. Presumo que estarán informando de todo a algún ministro, o quizás al mismísimo rey. Sonrío interiormente pensando que al viejo Saúl no va a gustarle nada que su hija se monte a caballo conmigo. Me vuelvo hacia la princesa con expresión severa y lentamente asiento con la cabeza.

—Como lo prefieras. Pero te advierto que será una travesía dura y que no tendré consideraciones especiales hacia ti.

Ella se encoge de hombros desdeñando mis advertencias.

—No me importa.

La observo durante unos segundos reprimiendo una sonrisa. Sus ojos violetas están aún vidriosos por la emoción de la despedida de sus hermanas. Asumo que se habrá despedido también de su padre. ¿O acaso no piensa despedirse de él? ¿Estará enfadada con el rey? Mmm, esto podría ponerse interesante.

—Vale, no hay más que hablar —anuncio con premura—. Móntate de una vez que ya hemos perdido demasiado tiempo.

Ella me mira cruzándose de brazos.

—No pienso ir contigo. ¡Quiero uno de esos! —dice señalando al grupo de caballos de reserva.

Arqueo una ceja divertido.

—¿Crees que puedes tener lo que se te antoje? No es así como funcionan las cosas, princesa. Si de verdad quieres cabalgar deberás montar conmigo.

La observo retroceder un paso y mirar hacia atrás donde están sus hermanas. De repente caigo en la cuenta de su fragilidad. Es apenas una muchacha y jamás ha tenido que vérselas con un jeque. Cuando creo que echará a correr despavorida hacia el palacio, arrepentida de haber aceptado marcharse con un hombre desconocido hacia las tierras salvajes de Naan, ella se vuelve para mirarme fijamente, y tras encogerse de hombros salta ágilmente sobre el caballo montándose detrás de mí. Sorprendido echo un vistazo por encima del hombro y la veo muy erguida mirando al horizonte con sus grandes ojos. Su indiferencia hacia mí es tan estudiada y fingida que debo ocultar una sonrisa. Me la quedo mirando y ella se vuelve hacia mí con un gesto altivo.

—¿A qué esperas? ¿Acaso no llevamos prisa?

Su tono es tranquilo y desafiante, como si la situación no la afectara. Como si marcharse al desierto para convertirse en mi esposa fuera cosa de todos los días para ella. Niego con la cabeza divertido y cojo las riendas del caballo. Cuando Belfos corcovea inesperadamente, siento las pequeñas manos de la princesa agarrarse a mi cintura, pero una vez que el susto ha pasado ella se

suelta rápidamente como si mi tacto la quemara.

—Lo siento —murmura avergonzada.

Intrigado ladeo la cabeza para observarla. Se ha sonrojado y mira hacia el suelo. Vuelvo la vista hacia delante y no puedo evitar sonreír mientras pongo el caballo en marcha. Nadia se inclina ligeramente contra mí para mantener el equilibrio, pero hace lo posible para no tocarme. Solo su melena suelta me roza casualmente provocando que la piel de mis brazos se erice. Aspiro la fragancia de su pelo y cierro los ojos porque huele delicioso. Pero los abro de golpe al sentir algo extraño. ¿Qué cojones? Disimuladamente miro hacia abajo removiéndome incómodo dándome cuenta que acabo de empalmarme. Maldiciendo por lo bajo, hago lo posible por ahuyentar la imagen de la princesa de mi mente.

En ese momento las pesadas puertas de hierro se abren de par en par y alcanzo a ver que del otro lado hay un mar de gente curiosa que ha llegado hasta el palacio con la esperanza de ver a la princesa Nadia. Las fanfarrias vuelven a sonar a nuestro paso y un escuadrón de centinelas nos escoltan hacia la salida de la fortaleza amurallada. Puedo advertir que los hombres del rey me miran con una mezcla de desprecio y temor mientras desfilamos triunfalmente entre la gente del pueblo. Erguido y orgulloso, disfrutando de esta victoria preliminar sobre el rey, me vuelvo en dirección a la torre del palacio donde se encuentran sus aposentos. Alcanzo a divisarle allí arriba, apostado en la gran ventana que da al patio. Su encorvada figura enmarcada por las cortinas de terciopelo azul, observando con impotencia cómo su querida hija menor es arrebatada de sus manos.

¿Qué le estará pasando por la cabeza al viejo Saúl en este momento? Levanto un brazo hacia el rey en un saludo cargado de ironía. De momento me llevo a tu hija, le comunico en silencio, pero pronto regresaré para quedarme con todo.

Pierdo la sonrisa de inmediato cuando algunas personas del público intentan acercarse demasiado a la princesa. Entre la gritería ensordecedora hago un gesto a mis hombres indicándoles que refuercen la vigilancia. Enseguida se ponen en formación creando una fortaleza humana a nuestro alrededor.

Nadie más que yo tiene derecho a tocar a la princesa, puesto que ahora me pertenece.

Es mi prometida, y aunque jamás será mi esposa, de todas maneras debo protegerla con mi vida si quiero que las cosas salgan tal como las he planeado. Ella es el instrumento fundamental de mi venganza y no puedo

correr riesgos innecesarios.

Espoleo a Belfos que ansioso echa a correr. Rápidamente dejamos atrás el pueblo y las últimas estribaciones de las montañas. El desierto se abre ante nosotros infinito. Cuando considero que ya no hay peligro, ordeno a mis hombres que se dispersen regresando a sus puestos. Prefiero estar a solas con mi prometida.

El sol está alto en el cielo y a poco de andar me doy cuenta que Nadia aún no se sujeta de mí sino que se sostiene únicamente con la presión de sus piernas. Resoplo mosqueado porque me fastidia que evite tocarme. Me vuelvo hacia ella y la miro con los ojos entrecerrados.

—Si deseas dormir, puedes hacerlo sin riesgo de caer. Llevo un arnés de seguridad con una correa ajustable.

Ella baja los ojos incómoda por mi cercanía.

—Gracias, pero prefiero caerme que atarme a ti —dice desafiante.

Chasqueo mi lengua.

—Hablas con la misma soberbia de tu padre —digo con intención de provocarla y su reacción no demora en llegar.

—¡Vete la mierda! —responde indignada.

Levanto una ceja y silbo fingiendo sorpresa.

—Vaya, no sabía que también tú le odiabas.

La princesa frunce el ceño y baja la voz.

—No le odio. Solo estoy enfadada con él —tras una pausa añade—. ¡El único odioso aquí eres tú!

Suelto un resoplido burlón.

—Tú no me odias.

—Tampoco te quiero —repone con ironía.

—Eso ya lo sé —digo encogiéndome de hombros—. No necesito que me quieras, eres mía de todas maneras.

—Solo porque le pagaste una fortuna a mi padre, no significa que yo sea de tu propiedad —sisea con indignación.

Meneo la cabeza sin poder creerme lo terca que es esta mujer y le doy la espalda para volver a centrarme en el camino.

Ella jadea ofendida.

—¿Sabes una cosa? ¡Si hay algo que odio es que me dejen con la palabra en la boca!

Me echo a reír suavemente y ella parece enfurecerse aún más.

—¡Dime de qué narices te ríes ahora!

—¡Oye niñata! —me doy la vuelta bruscamente y ella pega un bote tan grande que debe agarrarse de mi cintura para no caer—. ¿Se puede saber cuál es tu puñetero problema?

Ella abre la boca indignada como si las palabras se le hubieran quedado atascadas. Por su expresión, creería que nadie le ha hablado de una forma tan directa en toda su vida. Sé que ha vivido rodeada de hombres fuertes, así que mis modales no deberían espantarla. De todas maneras disfruto del numerito que monta. Me atrae su forma de indignarse ante mis provocaciones. Es una princesa de carácter y debo admitir que me excita que me plante cara.

—Tú eres mi problema —dice ella y sonrío cuando da unos golpecitos de frustración sobre mi espalda con sus pequeños puños.

No puedo evitar reír mientras ella sigue mascullando insultos.

—¿Sabes? Tienes toda la razón, princesa. Soy tu problema y veremos qué tan bien se te da resolverlo —digo dándome la vuelta para mirarla de forma enigmática.

Ella traga saliva y calla. La furia ha hecho que el rubor se extienda hasta su pecho y no puedo dejar de mirar su escote. ¡Joder, si hasta debo contenerme para no morderle el cuello! En otras circunstancias, a estas alturas la tendría debajo de mí suplicando clemencia y jadeando de placer. Pero las cosas son demasiado complicadas para dejar dominarme por mis instintos más bajos, suspiro dándole una palmada a Belfos para que siga galopando.

Durante casi una hora avanzamos en silencio. Pero la paz dura poco, porque en un momento Nadia empieza a bufar y removerse con insistencia. Pongo los ojos en blanco porque sé que algo se trae entre manos. Nervioso me paso una mano por el pelo pensando que esta princesa tiene un don especial para tocarme los cojones.

Aminoró la marcha y al volverme hacia ella la veo hacer todo tipo de muecas, ninguna de las cuales comprendo.

—¿Ahora qué? —pregunto mosqueado.

—¡El sol! —dice ella limpiándose el sudor de la frente—. Es que eres demasiado alto y tienes las espaldas muy anchas.

Parpadeo confundido.

—¿Y con eso qué?

—¡Que me lo tapas todo!

Levanto una ceja. Vaya, esto sí que nunca lo había escuchado antes. Suspiro y cuento hasta tres antes de responder.

—Déjame ver si entiendo bien. ¿Te quejas porque te protejo del sol?

Ella niega con la cabeza.

—¡Me gusta el sol! Quiero ponerme morena, no me gusta estar tan blanca, pero nunca tengo oportunidad de andar a campo abierto de esta manera.

La miro incrédulo.

—Estás de broma, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza como si fuera el asunto más serio del mundo.

Resoplo indignado.

—¿Pretendes que detenga la marcha solo para que tú puedas asolearte tranquila?

Ella pone los ojos en blanco.

—Eres un exagerado. No necesitas detener la marcha, yo cogeré las riendas.

Suspiro impaciente.

—Vamos hacia el oeste. Es lo que toca, así que te quedarás sin sol por hoy. No creo que te vaya la vida en ello.

—¡Eres rudo y antipático!

—Y tú eres el calco de tu padre.

Ella vuelve a golpearme las espaldas refunfuñando.

Recojo las riendas y vuelvo a azuzar a Belfos.

—¡Un momento! ¡Espera, por favor! —exclama agarrándome del brazo.

Me veo obligado a detener al animal porque se está poniendo nervioso con los chillidos de la princesa.

—¿Y ahora qué? —siseo exasperado.

Al volverme me sorprende porque ella ya no tiene su habitual ceño beligerante sino que me mira con ojos suplicantes.

—Déjame conducir y te prometo no fastidiarte durante el resto del viaje.

Me quedo mirándola con una expresión severa.

—¿Por favor? —insiste ella poniendo morritos y usando todo su encanto. Mi expresión permanece inmutable. —Te prometo que lo haré bien —añade ella—. Además, has cabalgado demasiado y necesitas descansar un poco.

—¡No necesito descansar! —estallo furioso—. ¡Necesito que me dejes en paz!

Maldigo entre dientes porque no me gusta perder el control, ¡pero es que esta muchacha es imposible!

A ella no parece importarle demasiado mi estallido, puesto que se ha cruzado de brazos desafiándome y añade.

—Pues no te dejaré en paz. ¿Prefieres verme enfurruñada durante todo el viaje?

Entrecierro los ojos.

—¿Crees que esto es un juego?

Ella levanta la barbilla y entrecierra los ojos a su vez.

—Tú no me conoces. Puedo bromear, pero me tomo las cosas muy en serio.

—No podrás con Belfos —le digo tratando de desanimarla—. Es un purasangre mañoso.

—¡Ponme a prueba!

La miro levantando una ceja. Sin quererlo ella acaba de tocar una fibra sensible en mí porque antes de otorgar a una persona mi confianza me gusta ponerla a prueba. Quizás no sea una mala idea después de todo. Aunque nuestra unión durará muy poco tiempo, mucho menos de lo que ella se imagina, no puedo negar que es una mujer que me intriga. Suspiro profundamente y después de pensármelo un momento desmonto.

—¡Qué cojones! Venga, coge las riendas.

Ella me abraza dando un chillido de alegría que hace voltear las cabezas de mis soldados que a la distancia nos miran con curiosidad. Al verme bajar del caballo Mujib se acerca deprisa y bajando la voz con preocupación me pregunta.

—Alteza, puedo hacer detener la marcha si lo desea.

Niego con la cabeza.

—Todo va bien, Mujib. Solo cambiaremos jinete.

Mi consejero alza una ceja pero, conociendo mi temperamento, no se atreve a decir ni media palabra acerca del asunto. Nadia nos mira orgullosa mientras coge las riendas de Belfos y sonriendo da unas palmaditas sobre su lomo para invitarme a subir. Ante la mirada de sorpresa de mi consejero me encojo de hombros y de un salto me monto tras mi prometida cogiéndola por la cintura con mis dos manos. Sonrío para mis adentros cuando ella se pone tiesa al sentir mi toque. Sé que está incómoda conmigo. Pues si tanto desea llevar las riendas tendrá que acostumbrarse a ello.

Antes de que pueda darle indicaciones, la princesa hace chasquear las riendas sobre la cabeza de Belfos y el pobre animal pone sus orejas en punta y sale disparado a la primera. Tengo que inclinarme sobre Nadia para sujetarla al lomo del caballo para que el animal no nos tire al suelo.

—¡Os! ¡Os! ¡Alto, Belfos!

Después de unos cuantos metros el animal por fin responde a mi voz y se calma volviendo de a poco a su paso normal. Mis soldados llegan desde todas direcciones para rodearnos y nos miran alarmados. Les hago un gesto con la

mano indicándoles que estamos bien. Visiblemente apenada la princesa se vuelve hacia mí.

—Lo siento.

—Podrías haberte quebrado el cuello —siseo enfadado.

La miro fijamente y ella aparta su mirada posando sus ojos en mi mano grande y morena con la que sigo sujetándola por el vientre, pegándola a mí de forma posesiva. Retiro la mano lentamente sin dejar de mirar a Nadia a los ojos. Ella se sonroja y masculla a modo de súplica.

—Solo dame otra oportunidad. Juro que será lo último que te pido. ¡Verás que esta vez lo haré mejor!

En sus ojos veo tanta resolución que después de pensármelo un momento acepto a regañadientes.

—Vale, ven aquí. Pero que conste que si la vuelves a cagar esto se acaba aquí.

Ella asiente varias veces con la cabeza. Después de darle unas instrucciones rápidas sobre como tratar a Belfos para no espantarlo, y al ver que ella está concentrada al cien por cien en la tarea, lo volvemos a intentar.

Me siento detrás de ella y me inclino hacia delante para acariciar la crin del animal durante unos segundos antes de darle una palmada indicándole que ya puede echar a andar. Esta vez cabalgamos durante varios minutos sin sobresaltos. Nadia se vuelve hacia mí con una sonrisa radiante.

—¿A que no lo hago tan mal? —me mira con sus ojos llenos de entusiasmo.

—Oye, no te distraigas —la amonesto, pero cuando se vuelve para mirar hacia delante no puedo evitar sonreírme.

Mi princesa ama los caballos, pienso, eso me complace.

¿He dicho mi princesa?

Joder, otra vez siento que me empalmo al pensar que esta muchacha me pertenece y puedo hacer con ella lo que quiera. Tenerla a mi merced hace que mi sangre palpite a un ritmo endemoniado. Me humedezco los labios pensando en todo lo que haría con ella si esto fuera una relación de verdad. Control, me repito. Debes controlar tus impulsos más que nunca.

El sol cae tras los médanos anaranjados y desmontamos unos minutos para descansar. Algunos soldados se quedan con nosotros, aunque manteniendo siempre una distancia prudente. Nadia bebe de la cantimplora y al pasármela nuestras manos se tocan por un momento. Alcanzo a advertir la forma en que aspira el aire por la nariz al sentir el contacto de mi piel. Tratando de disimularlo, enseguida se vuelve hacia mí señalando con la barbilla a Belfos.

—Gracias, eres un buen maestro.

Miro con descaro sus labios rojos humedecidos por el agua. Bebo un trago de la cantimplora apoyando mis labios en el sitio donde ella ha bebido. Luego me paso una mano por el pelo antes de inclinarme sobre su oído, rozando mi nariz contra su cabello con intención de inquietarla.

—Y no tienes idea de todo lo que puedo enseñarte aún.

Capítulo 5

NADIA

Cuando despierto lo primero que noto es que es de noche y nos hemos detenido otra vez.

Miro hacia abajo, aún llevo puesto el arnés de seguridad. Ibriel me ató a su cintura cuando le dije que quería dormir. Lo último que recuerdo es haber apoyado mi mejilla en su espalda, luego de eso debo de haberme quedado dormida.

Mi corazón se detiene al sentir de repente el calor de su mano cerca de mi piel. Sus dedos acaban de despejar mi frente colocando unos mechones sueltos de pelo detrás de mi oreja. Mantengo los párpados bien apretados cuando sus labios se acercan a mi oído para llamarme con su voz grave y sensual.

—Despierta princesa, hemos llegado. Debemos demontar.

Contengo el aliento fingiendo estar dormida. No pienso darle el gusto, prefiero fastidiarle para darle una lección. ¿Por qué es tan engreído y en un momento le da por provocarme sugiriendo cosas inapropiadas incluso para una prometida, y al siguiente me trata con total indiferencia?

Sé que no soy su esposa aún, pero debería tratarme con más respeto. ¡Si hasta me ha llamado “niñata”! Menuda forma de tratar a una mujer. Me da tanta rabia no comprenderle. Es imposible saber qué está pensando y qué siente verdaderamente hacia mí. ¡Y eso me frustra un montón!

Pues ahora toca que él se frustre un poquito. Además, me gusta ver su cara cuando se enfada, y la forma en que hincha el pecho y cómo sus músculos se ponen más grandes y duros. La verdad es que se pone tan guapo que incluso le daría un beso. ¡Pero no lo haré! A menos que él lo haga primero, claro está. Aunque me da la impresión de que al jeque no le interesa eso. Suspiro internamente. ¿Por qué entonces me habrá elegido para tomarme como esposa?

Me pongo alerta porque puedo oír las pisadas de otro caballo. Alguien se acerca a nosotros.

—Majestad, ¿necesita ayuda? Yo puedo encargarme de Belfos si lo desea — dice una voz que suena adúlona.

—Solo dame un minuto —repite el jeque cortante. Su voz suena tensa, se ve que está molesto. De nuevo vuelvo a sentir su aliento caliente en mi oreja. — Nadia, ¿me oyes? Tenemos que desmontar.

Mi corazón da un vuelco al escuchar mi nombre. Es la primera vez que sus labios lo pronuncian y siento revolotear cien mariposas dentro de mi estómago. Haciéndome la dormida gimo y volteo mi cabeza hacia el otro lado, pero de repente abro los ojos como platos porque siento que sus manos empiezan a tantear mi cuerpo en busca de la correa del arnés. ¡Pero ese no es el arnés! Tantea mi cuerpo y sin quererlo me está tocando en sitios donde nunca un hombre me ha tocado antes. ¡Madre mía, sus brazos ahora rozan la punta de mis senos! Mi bajo vientre se contrae y entrecierro los ojos reprimiendo un gemido. Aunque sé que no es correcto, quiero que siga tocándome de esta manera, pero cuando oigo un clic metálico me doy cuenta que ha encontrado lo que buscaba. El broche se abre y el jeque empieza a desenredar las correas del arnés de mi cuerpo.

Ibriel endereza su espalda y se inclina sobre mí para observar mi rostro. Afortunadamente alcanzo a cerrar los ojos justo a tiempo para que no descubra que estoy despierta. Siento que el corazón se me va a salir cuando me levanta en su brazos y me carga contra su pecho. Me hago una bola aplastando mi mejilla contra la tela gruesa de la chaqueta de su uniforme y me dejo envolver por su calor.

—Ya puedes llevártelo —oigo que Ibriel le dice al otro hombre—. Ah, y quiero mi tienda montada en cinco minutos.

—Entendido, majestad.

El hombre se aleja al galope. El jeque y yo quedamos a solas en medio de la fría noche del desierto. Solo se oyen las voces de los soldados trabajando a lo lejos. Mi oído está justo encima de su corazón y puedo sentir sus latidos tranquilos. ¡Nada que ver con el mío, que galopa desbocado como si aún no me hubiera bajado de Belfos!

Me remuevo entre sus brazos fingiendo estar molesta por un sueño y él me sujeta apretándome aún más fuerte contra su cuerpo.

—Sé que estás despierta.

El estómago me da un vuelco. ¡Lo sabe! ¿Cómo narices lo sabe? Nerviosa cierro los ojos con fuerza y trago saliva al sentir el dorso de sus dedos acariciando mis mejillas. El roce de su piel hace que mi respiración se acelere. Mis mejillas arden y el rubor se me debe haber subido hasta la raíz del pelo. Ay Dios mío, ¿qué estará pensando de mí? ¿Me estará observando fijamente? ¡Para colmo pareciese que los segundos no pasaran! Cuando no puedo soportarlo más abro los ojos y me encuentro con su media sonrisa irónica. ¡Le sienta tan bien sonreír! Sus hermosos dientes blancos iluminan su

cara suavizando su expresión. Debería sonreír más a menudo y dejar de ser tan gruñón. Sus ojos dorados también brillan con una luz particular en la noche. Parpadeo deslumbrada porque es un hombre demasiado guapo. Le veo entrecerrar los ojos y fruncir el ceño al notar que le estoy observando descaradamente.

—Te complaces en fastidiarme, ¿verdad?

Sin poder evitarlo me sonrío de forma traviesa. Hago el gesto de liberarme de su abrazo pero él me atrae más hacia sí.

—¿Y sabes por qué es eso? —me pregunta él.

Niego con la cabeza por toda respuesta, y me quedo mirándole a los ojos como una tonta. Su mirada es como un imán y me resulta casi imposible apartar la vista.

—Porque sientes una gran ansiedad por saber como te trataré en la cama —su voz se vuelve aún más grave—. Y eso te aterra y te excita a partes iguales.

Su tono autoritario no admite discusión, como si su opinión fuera la verdad revelada y no tuviera caso oponerse a ella. Puedo enfadarme y bufar todo lo que quiera, pero lo cierto es que ha dado en la diana. Es verdad, siento muchísima curiosidad por este hombre, pero también tengo miedo de que pueda hacerme daño. Después de todo estoy a su merced y si lo quisiera podría utilizarme a su antojo, puesto que aquí en el desierto ninguna de las leyes del mundo civilizado me protegen.

Pero algo en su presencia disipa mis miedos. Aunque no me ha dado motivos para confiar en él, lo cierto es que lo hago. Confío en él y además me parece guapo hasta decir basta. ¡Qué digo guapo, guapísimo! El hombretón más fuerte y corpulento que he visto jamás. Y para más inri pareciera conocerme mejor incluso de lo que yo me conozco. Es como si pudiera leer mis pensamientos. Y esa combinación de talentos le vuelve sumamente peligroso... y atractivo.

¡Madre mía, tengo un cacao mental! Y estar tan cerca de su cuerpo no ayuda. De momento necesito un respiro.

—¡Suéltame! —Me revuelvo entre sus brazos pataleando y protestando como una chiquilla—. ¡No tienes derecho a tratarme así!

Pero él me inmoviliza y pone un dedo sobre mis labios.

—Te llevaré hasta nuestra tienda, lo quieras o no. Necesitas descansar.

Sus ojos me examinan minuciosamente y siento que me desnuda con su mirada. Respiro profundamente por la nariz sintiendo que de repente me falta el aire. Él niega con la cabeza como si el resultado de su examen le hubiera

disgustado. Después echa a andar y para sujetarme mejor pasa un brazo por detrás de mis piernas. Puedo sentir sus grandes manos sobre mis muslos y su tacto me provoca unas cosquillas profundas que se extienden a otras partes de mi cuerpo. Suspiro porque no sé cómo lo hace, pero siempre termina dándome este tipo de sensaciones pecaminosas.

Avanzamos y observo el paisaje rústico a mi alrededor. Estamos en el fondo de una especie de cañón entre dos cerros de piedra negra y el trozo de cielo que desde aquí puede verse está lleno de estrellas.

Antes de entrar en la tienda recién montada Ibriel se quita las botas ayudándose con las puntas de los pies. Lo primero que percibo de la estancia es un aroma a almizcle muy agradable y una llama que arde en un brasero. Las pisadas de Ibriel suenan como si caminara sobre una alfombra y me suelta de golpe sobre un montón de cojines apilados como si yo fuera un saco de patatas. Resoplo y levanto la cabeza para mirarle con mis ojos entrecerrados. Se queda mirándome desde arriba con los brazos en jarra.

—Venga, quítate esas sandalias.

—¡Eres un bruto!

—No te pases. Dame las sandalias, las dejaré en la puerta de camino.

Me enderezo al oír aquello.

—¿Dónde vas?

—No te importa. Tú te quedas aquí.

—¿Y si me largo de aquí? —le provoco—. ¿Qué harías si regresaras y no me encontrases?

El rostro de Ibriel se oscurece y enderezándose en toda su estatura me advierte.

—Si te atreves a hacer una estupidez, tendrás el privilegio de aprender lo que sucede cuando no se acatan mis órdenes —sisea irónico.

Su arrogancia me sienta tan mal que me pongo en pie temblando de rabia. Sin pensármelo cojo uno de los cojines y se lo tiro a la cara. El cojín erra su objetivo y golpea contra su pecho para luego caer a sus pies. Él lo aparta con un pie y me mira echando chispas por los ojos.

—Pensaba traerte algo de comer, una tina con agua tibia y ropa nueva, pero creo que he cambiado de parecer. Hoy nos iremos a dormir sin cenar.

—¡No soy tu esclava y tú eres un capullo! —Sin saber de qué otra forma descargar toda mi frustración hacia él chilló a pleno pulmón—. ¡Te odio!

Su rostro permanece inmutable, sus ojos parecen distanciarse de mí, mirándome como si ya no me vieran. Me molesta muchísimo que me ignore

de esa manera. Le sigo con la vista mientras se pone a asegurar cada una de las aberturas de la tienda para que yo no pueda escaparme y, antes de salir, apaga el fuego dejándome a oscuras. Al pasar a mi lado se detiene de repente y atrapa mi cara entre sus grandes manos. No puedo verle, solo sentir su respiración sobre mi rostro, y mi corazón parece querer salirse del pecho. —Más tarde tendremos que hacer algo con esa boquita sucia que tienes — dice.

Jadeo indignada pero él desaparece en la noche y yo me quedo temblando de rabia. ¡Que se vaya a la mierda! Me paseo de un lado a otro enfurecida y pensando en huir de este troglodita. Mi padre tenía razón y mis hermanas también... ¡Es un salvaje!

Después de unos minutos me calmo. Suspirando me tumbo en la estera y me cruzo de brazos mirando al techo de lona. Cierro los ojos y sin poder evitarlo mi mente regresa a la sensación de su tacto tan masculino, a la firmeza de sus brazos y sus anchos pectorales, al calor de su abrazo, a esa manera tan particular que tiene de mirarte como si nadie más que tú existiera en el mundo... Al sonido de mi nombre saliendo de sus labios tan masculinos.

Mi mal humor se disipa como la niebla bajo el sol. Mejor dicho, bajo esos dos soles que son sus ojos, me corrijo con una sonrisa. Suspirando vuelvo a sentarme y abrazo un cojín contra mi cuerpo para darme calor mientras espero con ansias el regreso del jeque.

Capítulo 6

IBRIEL

Después de asegurarme que mis hombres descansan y la guardia custodia el perímetro del campamento regreso a la tienda de campaña.

Regreso a Nadia, me digo suspirando al pensar en sus deliciosas provocaciones. ¿Pero y si de verdad intentara escapar de mí? No puedo dejar que eso suceda. Antes muerto.

Desde fuera puedo ver que el brasero está encendido nuevamente, pero me preocupa no ver su sombra. Mis músculos se tensan y aprieto la mandíbula. Joder, como se haya atrevido a salir de aquí, no respondo. Esto es serio, no es un puto juego. No permitiré que nadie entorpezca mis planes, mucho menos una princesa malcriada. Meneo la cabeza maldiciendo al rey Saúl que al parecer no ha sido capaz ni siquiera de criar a sus hijas. Una cosa es segura, si tengo que ser yo quien deba enderezar a esta muchacha, no me temblará la mano.

Abro la tienda ansioso y barro con mis ojos su interior. Me detengo frente a la estera junto al brasero. Aquí debería estar durmiendo la princesa, pero el bulto bajo la manta permanece inmóvil a pesar del ruido que he hecho. Maldita niñata, piensa engañarme con el viejo truco de hacer un bulto con almohadas para disimular su ausencia. De un manotazo quito la manta esperando descubrir su engaño, pero doy un paso atrás al verla hecha un ovillo durmiendo como un angelito. Respiro aliviado.

La noche está bastante fría aquí y la pobrecilla solo lleva un camisón de algodón. Vuelvo a cubrirla con la manta y ella gime entre sueños arrebujándose buscando calor. Preocupado miro a mi alrededor en busca de otro abrigo que pueda servirle de edredón. Al no encontrar nada apropiado, rápidamente me quito la capa de mi uniforme y cubro su menudo cuerpo con ella. Durante unos minutos me quedo quieto, sin poder evitar observarla con fascinación. Ya no tiritita y su cuerpo se ha relajado. Sonrío complacido. Alargo mi mano para tocar su cabello rubio, pero en el último momento me arrepiento y suspiro negando con la cabeza. No puedo permitirme tales gestos de cariño con ella. Es tu prometida, me repito por enésima vez durante ese día, pero jamás será tu esposa, eso debes tenerlo claro.

Suspirando me aparto de ella sin hacer ruido.

Miro a mi alrededor y tras coger la otra estera la tiendo en el otro extremo de la tienda y luego me tumbo boca arriba. Mirando el techo de lona suelto un

taco porque me fastidia tener que dormir encerrado, preferiría poder ver el cielo nocturno del desierto. Ese cielo lleno de estrellas siempre me ha ayudado a pensar. Pero no correré más riesgos, no volveré a dejar a la princesa sola. En este momento para mí ella es más valiosa que todo el tesoro que se encuentra en las arcas de mi palacio. Nadia es el instrumento de mi venganza.

Me muevo inquieto en la estera escuchando su respiración. Me resulta imposible dormir cuando ella está tan cerca. Para tratar de distraerme, decido repasar una vez más todos los puntos de mi plan. Pero a poco de repetirme lo que ya me he repetido hasta el hartazgo, la imagen de Nadia comienza a invadir cada resquicio de mi mente haciendo que pierda mi tren de pensamiento. Cruzándome de brazos maldigo entre dientes y me doy la vuelta en la esterilla dándole la espalda a la princesa para ver si de esta manera puedo sacudir su presencia de mi cabeza.

Después de varios minutos sigo dando vueltas hasta que por fin me incorporo sentándome, incómodo y mosqueado por una súbita erección que aprieta mi miembro contra mis calzoncillos. Es una erección dolorosa, como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiera acumulado allí abajo para no dejarme dormir. La imagen de su cuerpo, la sensación de su cabello rozando mis brazos, sus vivaces ojos violetas mirándome de reojo y luego apartándose tímidamente cuando la sorprende, el intenso rubor que tiñe su piel blanca hasta el nacimiento de sus pechos... ¡Mierda, esto es una puta tortura! Mis instintos de macho me urgen a tomarla aquí mismo.

Pero no puedo ceder a la tentación. Esta no es una mujer normal, es la hija de tu enemigo, jamás lo olvides. No estoy dispuesto a arruinar mi plan solo por saciar mi lujuria. Cierro los ojos nuevamente haciendo un esfuerzo para dejarme arrullar por el silencio del desierto.

Entonces alguien sacude mi hombro con urgencia y de inmediato abro los ojos alarmado al darme cuenta de que me he quedado dormido. Alerta empuño mi daga y ruedo sobre la esterilla para adoptar una posición de combate.

—¡Soy yo!

La voz de Nadia me tranquiliza. Respiro y me paso una mano por el pelo, algo cabreado porque podría haberla lastimado.

—Mierda, no vuelvas a hacer eso.

Entrecierro los ojos al ver a la princesa tiritando envuelta en su manta y gimiendo como si le doliera algo. Definitivamente algo no va bien.

—¿Qué tienes?

—¡Ayúdame, por favor! —suplica señalándose el rostro con un tono lastimero que hace que se me encoja el corazón.

De inmediato la atraigo hacia mí tomando su cabeza entre mis manos con mucho cuidado. En la oscuridad lo único que puedo ver es el brillo de sus ojos llorosos. Enciendo una cerilla y la acerco a su rostro para examinarlo. Bajo la luz de la llama puedo ver que tiene unas quemaduras rojizas y bastante chungas en partes de su frente, su nariz y sus mejillas. De repente me doy cuenta de lo que ha ocurrido. ¡El puto sol! Siento que el alma se me cae al suelo. Sabía que la loción protectora no sería suficiente para proteger su piel tan blanca. ¡Maldita sea, debí actuar con mayor firmeza!

—Es mi puñetera culpa —digo entre dientes cabreado conmigo mismo mientras busco mi mochila donde tengo el botiquín de primeros auxilios. — No debí dejar que te expusieras al sol de esa manera.

Ella gime haciendo un esfuerzo por no llorar. Me pongo en pie de inmediato colgándome la mochila de un hombro y cargo a Nadia en mis brazos para llevarla hacia la parte posterior de la tienda y la deposito sobre el montón de cojines junto al brasero apagado.

—¡Me duele, haz que pare, por favor!

Susurro en su oído acariciando su pelo para calmarla.

—Shusss, nena, tranquila. Déjalo todo en mis manos. Te prometo que estará todo bien.

Ella me mira a los ojos y asiente, gimiendo de dolor y contrayendo su rostro. No puedo verla sufrir así. La adrenalina fluye en torrentes por mis venas, pero rápidamente ahuyento toda emoción y vuelvo a centrarme en la tarea de curarla. Necesito ser el mismo Ibriel de siempre, el guerrero de sangre fría, efectivo e inmovible a la hora de actuar, sabiendo exactamente qué hacer para aliviar el dolor de la princesa lo más pronto posible.

Hago que se recueste sobre una almohada y sin perder un segundo me pongo a trabajar. Extraigo del botiquín un pequeño frasco con aceite esencial y lo vierto en un cazo. Añado un poco de agua y luego enciendo el brasero. Meneando le potaje añado unos polvos medicinales y pronto la mezcla se espesa.

—Tengo mucha sed... —gimotea ella asustada.

—Es normal, nena. No te preocupes.

Mientras el ungüento termina de reducirse en el fuego, me vuelvo para darle de beber de la cantimplora. Haciendo un esfuerzo ella abre sus labios y de a

poco dejo caer el hilillo de agua sobre su lengua.

—Voy a curarte, te lo prometo, pero debes obedecer a cada una de mis indicaciones.

Ella asiente, sus ojos vidriosos y entornados, y su frente perlada de sudor. Joder, está volando de fiebre. Cuando el ungüento está listo, quito el cazo del fuego. Luego corto de un tirón trozos de una de mis camisetas térmicas y preparo las compresas. Me pongo en cuclillas y atraigo su rostro hacia mí. Mientras espero a que el ungüento se enfríe, la acaricio y abrazo mientras ella tiembla sin control. Examino mejor el color de sus quemaduras a la luz del brasero. No está tan mal como pensaba, aún estamos a tiempo. Con un poco de suerte el bálsamo la aliviará de inmediato. Levanto mis ojos al cielo en señal de agradecimiento, pues podría haber sido mucho peor.

Poco a poco Nadia se relaja en mis brazos y la oigo suspirar. Ya no tiembla.

—¿Mejor?

Ella asiente con la cabeza. Señalo el cazo con la barbilla.

—Arderá durante el primer minuto. Pero enseguida sentirás un gran alivio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Tras enjuagar mis manos en una vasija con agua empiezo aplicarle el remedio. Nadia da un respingo al sentir mi contacto. Mis dedos son demasiado grandes y ásperos, tengo problemas para esparcir el ungüento sin tocarla. Al oír sus gemidos de dolor retiro mis dedos de su cara y la miro seriamente a los ojos. Durante un momento nos miramos sin parpadear.

—No quiero herirte —digo finalmente.

—Lo sé —repone ella.

Y tras tomar aire coge mi muñeca con su pequeña mano y, mordiéndose el labio inferior, vuelve a acercar mi mano a su rostro. Gime cuando la yema de mis dedos vuelven a tocar su piel sensible. Su valentía es admirable y no dejo de mirarla a los ojos mientras esparzo la loción sobre las quemaduras de su frente. Cuando termino con su rostro, decido poner ungüento sobre su cuello porque está algo enrojecido. Ella ladea la cabeza para dejar que mi palma se mueva sobre su garganta. Ella entreabre los labios y no puedo evitar notar las pequeñas marcas que sus pequeños dientes han dejado sobre su labio inferior al morderlo. Desvíó la mirada y procuro concentrarme en la tarea. Pero la imagen de sus succulentos labios rojos permanece grabada a fuego en mi mente.

Cuando acabo de aplicarle el remedio ella cierra los ojos exhausta y hago que

se tumbé en la estera poniendo varios cojines bajo su cabeza.

—Gracias, jeque —sonríe mirándome a los ojos antes de cerrar los suyos.

Durante unos instantes permanezco a su lado sin poder despegar mis ojos de su rostro. Olvídate de ella, me digo negando con la cabeza, y tras asegurarme que duerme susurro.

—Buenas noches, princesa.

Cojo mi capa envolviéndome en ella y regreso a mi esterilla pensando en ella hasta volver a quedarme dormido.

Cuando vuelvo a despertar, incluso antes de abrir los ojos puedo sentir una extraña presión sobre mis labios. Es una sensación de tibieza muy suave que reconozco como... ¿un beso? No, no puede ser eso. En un acto reflejo alargo una mano y cojo un puñado de cabello. Tiro suavemente de él hasta que puedo ver el rostro de Nadia que se separa de mí haciendo una mueca de dolor.

—¡Ay, eres un bruto!

Soltando un taco me incorporo apoyándome sobre un codo. Parpadeo confuso. Noto que el brasero se ha apagado y la tienda apenas está iluminada por la incipiente luz de la madrugada. ¿Cuántas horas habrán transcurrido desde que me acosté?

Miro a la princesa con el ceño fruncido.

—¡Acabarás matándome del susto! —siseo enfadado—. ¿Qué cojones haces aquí?

La princesa se pone rápidamente en pie y le echo un vistazo de arriba abajo. Solo lleva su camisón y al ver la forma en que la examino se estira la falda nerviosamente sobre sus muslos mientras tímidamente se mira la punta de los pies desnudos.

—Es que no podía dormir...

La miro con preocupación.

—¿Te duelen las quemaduras?

Niega con la cabeza.

—¿Entonces qué tienes?

—No lo sé —dice soltando un suspiro de frustración.

Al ver que pone morritos ladeo mi cabeza mirándola con curiosidad.

—Estabas besándome,

¿verdad?

A pesar de la escasa luz puedo ver que se sonroja intensamente. Cuando pienso que no se atreverá a confesarlo, me sorprende al levantar su cabeza y

enfrentarme con su mirada desafiante.

—Eres mi futuro esposo. ¿Acaso no me quieres?

Aprieto los labios y mis músculos se contraen dolorosamente al oír sus palabras.

Me paso una mano por el pelo alborotado. Joder, me conozco y sé que la voy a cagar.

—No sabes lo que dices...

No tiene idea de lo afortunada que es. No le he tocado un pelo porque nunca será mi esposa. Si fuera mi prometida de verdad ya sabría a estas alturas cómo un jeque del desierto trata a su mujer, y dudo seriamente que su educación palaciega la haya preparado para ello.

Ella se acerca un paso hacia mí y levanta su barbilla.

—Te besé porque pensé que me deseabas—. Permanezco en silencio respirando con dificultad. Su actitud desafiante solo consigue enardecer aún más mis ansias—. Descuida, no volveré a intentarlo...

En un abrir y cerrar de ojos mi capa vuela por los aires y estoy encima de ella respirando anhelante sobre su boca mientras mi cuerpo ardiente la aplasta contra la esterilla de paja. ¡Maldita sea! Soy un hombre de sangre caliente y sus provocaciones han resultado demasiado para mí. Ignoro sus quejas porque ya no puedo detenerme y me posiciono de forma de hacerle sentir la fuerza de mi excitación, aprisionando sus muñecas en mis manos y dejándola completamente a mi merced.

Mirándola directamente a los ojos sujeto sus manos por encima de su cabeza a la vez que su camisión se abre revelando sus senos blancos y redondos. Al verse expuesta de este modo gime mortificada al tiempo que el rubor empieza a expandirse hasta el nacimiento de su pecho. De un tirón termino de abrir el camisión haciendo volar los pequeños botones nacarados en todas direcciones.

—¡Déjame, me haces daño!

La aplasto aún más con el peso de mi cuerpo, una pared de músculos bajo la cual se revuelve su cuerpo menudo y lleno de curvas sensuales. Para controlar la presión de mi fuerza sostengo mi peso sobre mis bíceps hinchados por el esfuerzo y cierro los ojos sintiendo la suavidad de su piel bajo mi dominio. Rozo la punta de mi nariz con la suya teniendo cuidado de no tocar las partes lastimadas por el sol, y mi respiración se vuelve tan pesada como mi cuerpo.

—¿De veras quieres que te suelte?

Ella traga saliva sin apartar sus ojos de los míos. Humedezco mis labios con

mi lengua y la miro con voracidad.

Mis manos empiezan a recorrer su cuerpo reclamándolo para mí, las palmas ásperas haciéndose dueñas de cada centímetro de su piel. La siento erizarse y estremecerse como si fuera la primera vez que un hombre la toca. La forma en que la princesa responde a mis caricias es intoxicante. Jamás pensé que podría llegar a ser tan débil frente a una mujer. ¿Qué tiene ella de especial? ¡Es solo otra mujer, maldita sea! Un objeto para tu placer momentáneo.

¡Eso es! Un objeto sin valor... Si la tratas como tal, entonces no cambiará en nada tu plan. Mañana continuaremos viaje como si nada y esto no habrá significado más que un alivio necesario para un hombre después de días sin la compañía de una mujer.

Aspiro el aire por la nariz y me fuerzo a mirar a Nadia con desprecio. Abro sus piernas con brusquedad y gruñendo las fuerzo a pasar alrededor de mi cintura. Entonces meto una mano dentro de sus bragas.

—Déjame sentir el coño de una zorra —le digo con toda la intención de humillarla.

Ella abre los ojos sorprendida y luego se revuelve chillando, pero logro sujetarla con firmeza mientras toco su centro mojado con mis dedos y separo sus pliegues para introducir el dedo índice buscando el punto oculto que la haga gritar mi nombre.

De inmediato siento cómo sus muslos se tensan y tiemblan apretándose contra mi cintura. Pero de repente me quedo muy quieto porque mi dedo no puede avanzar. Su canal es demasiado estrecho. Joder, se siente tan apretado que mi dedo no puede siquiera... Increíble me vuelvo hacia ella frunciendo el ceño. ¿Acaso podría ser...? ¡No, es imposible! Un príncipe la ha repudiado precisamente porque ya no es virgen...

Tengo que asegurarme. Vuelvo a intentarlo y me detengo con el corazón a mil respirando pesadamente. La miro directamente a los ojos.

—¿Aún eres...? —pregunto con mi voz enronquecida pero no puedo acabar la frase porque ella voltea la cabeza avergonzada, rehuyendo mi mirada. La fuerzo a mirarme y veo que una lágrima cae por su mejilla.

Confundido retrocedo y lentamente me incorporo separándome de su cuerpo. ¡Por Alá, no puede ser cierto! Me quedo allí de pie con la vista perdida mientras la cabeza me da vueltas. Esto no puede ser cierto.

Cuando ella vuelve a levantar su mirada suplicante hacia mí, trago saliva y me quedo sin palabras al reconocer la verdad en sus ojos.

Capítulo 7

NADIA

—No me rechaces, por favor...

Le miro a los ojos y tiendo mi mano hacia él. Me da tanta vergüenza admitirlo que apenas puedo sostener su mirada, pero me obligo a hacerlo porque no soportaría que Ibriel me diera la espalda. Sus ojos dorados están algo oscurecidos, como si una sombra se hubiera posado sobre ellos. Igual está enfadado por haber descubierto que aún soy pura y ya no me quiere como esposa.

Por eso me quedo en silencio cuando él toma mi barbilla en sus manos exigiéndome que confirme con mis palabras que soy virgen. Me limito a parpadear nerviosa sin saber qué hacer. Se suponía que ser virgen era algo que los hombres deseaban en sus prometidas. Pero Ibriel se comporta como si con ello acabara de arruinar mis posibilidades de matrimonio.

Cada vez más descorazonada le veo alejarse de mí y comenzar a pasearse de un lado a otro de la tienda maldiciendo entre dientes. Finalmente me incorporo en mis codos y con la voz llena de rabia le grito.

—¡Solo porque aún no me he acostado con nadie no tienes derecho a tratarme así! —me pongo en pie respirando con agitación y le enfrento con la barbilla alzada—. ¡Y ten por seguro que tampoco lo haré contigo!

Antes de darle la posibilidad a un hombre de que vuelva a repudiarme, prefiero ser yo quien le rechace. Él ladea la cabeza mirándome con curiosidad, como si de golpe me hubiese convertido en un bicho raro. A continuación hace algo que me llena de inquietud. Se lleva el dedo que introdujo dentro de mí a la boca y lo chupa cerrando los ojos como si estuviera disfrutando de un chupa chup. Hago una mueca de asco al ver su expresión golosa. Él frunce el ceño y enderezo mi cabeza poniéndome seria porque no quiero hacerle enfadar.

—Nena, no tienes ni puñetera idea de lo bien que sabes.

Muerta de vergüenza abro los ojos como platos.

—¡Calla, eso no es cierto!

Le oigo ronronear entre dientes.

—Joder, sabes como los dioses...

Mis mejillas arden y tratando de retroceder trastabillo en la semioscuridad. Tuerzo la boca esperando el porrazo contra el suelo, pero de repente me siento flotar en el aire porque los fuertes bíceps de Ibriel sujetan mi cuerpo y

lo levantan sin ningún esfuerzo. Me deposita sobre la estera pero él desciende conmigo y sin darme tiempo a reaccionar me aplasta con su gran cuerpo. Apenas consigo moverme y cuando lo hago siento sus pectorales rozar contra mis pezones endurecidos provocando un shock eléctrico en mi piel sensible. Decido quedarme quieta y después de un momento nuestras respiraciones parecen sincronizarse. Solo entonces él se despegas de mí para besarme entre los pechos y continuar bajando por mi cuerpo con su boca. Al llegar a mi vientre se detiene unos momentos para restregar su nariz en él haciéndome sentir unas cosquillas que me estremecen de arriba abajo, antes de poner su boca entre mis piernas y empezar a soplar bocanadas de aire caliente justo en el sitio donde acaba de meterme el dedo. ¡Mi Dios! Intento cerrar mi piernas para detenerle, pero él vuelve a abrirlas con sus fuertes manos sin dejar de soplar su aliento sobre mí. Me revuelvo enloquecida porque jamás he sentido algo semejante. ¡Es casi una tortura! Solo me da un respiro durante unos instantes mientras descansa su mejilla en el interior de mis muslos. Con su voz enronquecida me advierte.

—Como no te quedes quieta, recibirás un castigo.

Al volver a sentir su aliento caliente sobre mis partes íntimas empiezo a retorcerme de nuevo como un pescado en su anzuelo. Entonces abro los ojos como platos porque su boca se posa sobre mí tocándome de la manera más obscena.

—¡No, por favor!

No quiero que vuelva a poner su boca allí donde estoy empapada porque me provoca un bochorno indescriptible. Jamás se me hubiera ocurrido que un hombre pudiera hacer algo así con una mujer... ¡y que además pareciera disfrutarlo tanto! No quiero que se lleve una mala impresión de mí, no quiero que me encuentre desagradable. ¿Y si no le gusto y me devuelve a casa de mi padre? Suspiro confundida por un millón de sensaciones contradictorias. Maldición, yo solo quería que me besara, ¡pero no de esta manera!

Sin mostrar ni un atisbo de misericordia, el jeque me sujeta por las caderas clavándome en mi sitio para impedirme todo movimiento. Siento la paja de la esterilla arañándome la espalda y jadeante levanto mi cabeza para suplicarle que por favor se detenga. Pero él se limita a mirarme con sus ojos oscurecidos y con un gruñido me ordena que vuelva a tumbarme. Obedezco suspirando avergonzada porque sé que de todas maneras él pondrá sus labios allí abajo. Gruñendo palabrotas que jamás me atrevería a repetir vuelve a inclinarse entre mis piernas. Abro los ojos cuando siento la punta de su

lengua sobre mi centro mojado. Estremecida hasta los huesos gimo cuando le oigo succionar mi carne sensible dentro de su boca.

—Mierda —le escucho decir con su voz grave apenas audible, como si hablara consigo mismo—. Estás tan mojada por mí, nena. Me vuelves loco... Mi corazón parece detenerse y ya no respiro porque su lengua serpentea en mi interior y una tensión insoportable crece en mi vientre provocándome espasmos y sin poder contenerme empiezo a gritar de placer. Enseguida tapo mi boca con mis manos y me quedo allí tumbada con la respiración agitada mientras Ibriel hace conmigo lo que quiere. Su lengua se mueve sin respetar mi intimidad y sus dientes blancos y afilados mordisquean mi carne arrancándome unos gemidos profundos.

En un movimiento reflejo arqueo mi espalda levantando mis caderas desesperadamente en busca de que aquellas sensaciones se vuelvan más intensas. Me asusta lo que siento porque no puedo controlarlo. Es como si una llama me quemara las entrañas por dentro. Me desgañito sin importarme que puedan oírme desde fuera. Él pone una mano abierta sobre mi estómago para indicarme que no levante tanto la voz. Ladeo mi cabeza y ahogo mis gritos mordiendo contra una almohada. ¡Madre mía, necesito un alivio! Si esto continúa así creo que moriré aquí mismo.

Ahora puedo oír el ruido líquido que él hace con su lengua al devorarme y escucharle solo acelera mi agonía. ¡Definitivamente esto no es lo que creía que significaba hacer el amor! Cuando mis hermanas mayores hablaban conmigo de sexo jamás mencionaron algo así. No imaginé que sería tan... obsceno. ¿Será el jeque tan bruto y salvaje que no sabe hacer el amor como los príncipes civilizados? ¿Estará haciéndome el amor como lo hacen los animales? ¡Espero que no!

Como sea, las sensaciones en mi cuerpo se vuelven casi intolerables. Levanto mi boca de la almohada para suplicarle por favor, porque necesito un alivio con urgencia. Mi sexo está tan hinchado y sensible que me duele cada caricia. La presión en mi interior se ha vuelto tan grande que si Ibriel continúa haciendo esto conmigo temo que acabaré estallando en mil pedazos.

En ese momento, como si pudiera leerme el pensamiento detiene su acometida y levanta la cabeza para mirarme con sus sensuales ojos entornados. Tiene el pelo negro algo revuelto y luce guapísimo. Agitada, le miro a mi vez con la boca entreabierta y anhelante.

—Por favor, jeque... —suplico casi sin voz y él desliza su cuerpo enorme sobre el mío hasta que la punta de nuestras narices se tocan. Está tan cerca de

mí que el olor de su colonia termina de nublar mis sentidos.

—Quiero que digas mi pueñetero nombre...

Abro los ojos de par en par. ¿Que quiere que diga su nombre? Vale, eso es fácil. ¡Lo que sea para acabar con esta tortura! Mirándole fijamente dejo caer las palabras de mis labios como si se dijeran solas.

—Ibriel... Ibriel, por favor, haz algo... Alíviame...

—Aún no, princesa. Me divierte tanto ver cómo te sofocas de placer... — susurra en mi oído antes de morder mi oreja haciendo que grite con fuerza mientras mi centro se contrae con espasmos violentos.

En ese momento él toma mi boca con brusquedad abriendo mis labios con la presión de su lengua. Gimo con desesperación contra su boca apretando mis labios contra los suyos con anhelo.

—Sabes como los dioses —vuelve a repetir en susurros y su voz es tan grave que siento sus palabras vibrar muy dentro de mí. Madre mía, abro los ojos de golpe al darme cuenta que el sabor acre y dulce que siento en mi lengua es el de mi propio sexo. ¡No me lo puedo creer! Se siente algo pecaminoso, pero a la vez es de lo más excitante que he hecho en mi vida. Me bebo sus besos con ansias, abrazándome a él y arañando su espalda. Justo en el instante en que parece que ya no soportaré más la tensión, el nudo en mis entrañas se desata y es como si las compuertas de un gran dique se abrieran de repente. Gritando de placer me aferro con todas mis fuerzas a su cuerpo tan duro y grande que parece inabarcable. Estoy segura que si me soltara de él caería al vacío infinito que se ha abierto directamente bajo nuestro lecho.

El jeque continúa besando mi cuello con un hambre salvaje, como si quisiera apropiarse de mi alma, y me rindo a su vehemencia mientras me domina por completo. Cuando jadeante se aparta de mí, observo que el sudor ha oscurecido aún más la línea de vellos negros que cruzan su pecho y bajan por su estómago perfecto hasta más allá de donde me atrevo a mirar. Nunca antes había visto a un hombre desnudo, y jamás pensé que podía haber hombres tan grandes y fuertes que no fueran los feos bárbaros del norte.

Parpadeo confundida al verle levantarse a toda prisa y alejarse hasta su esterilla para coger su ropa. Desconsolada le veo vestirse con su uniforme y salir de la tienda sin decir ni media palabra. No me atrevo a llamarle, mucho menos a seguirle. Al verme sola y desnuda dentro de la tienda oscura, el corazón se me encoge y me meto bajo las mantas.

¿Por qué se ha ido y no me ha mirado ni siquiera una vez? ¿Tan insignificante le parezco?

Me cruzo de brazos tiritando y sintiendo que el frío me cala los huesos. Después de lo que acabamos de hacer lo menos que esperaba es que se tumbara a mi lado y estar juntos durante las horas que faltan antes de volver a ponernos en marcha. Pero en cambio se ha comportado como si yo no existiera...

Una lágrima de frustración cae por mi mejilla y enseguida me la limpio enfadada conmigo misma por creer que de verdad podría importarle a un hombre como él.

Oigo su voz allí fuera y presto atención haciendo un esfuerzo por escuchar. Al parecer ha despertado a sus soldados antes de lo previsto y está dando órdenes a voz en grito preparando todo para reanudar la marcha. Bostezando me pongo en pie y empiezo a vestirme.

Debo saber qué siente Ibriel o me volveré loca. Pero tendré que esperar a la noche siguiente para volver a estar a solas con él dentro de la tienda. Entonces le dejaré las cosas claras y le demostraré que no soy como mi padre. ¡Yo no soy su enemiga!

Capítulo 8

IBRIEL

La jornada de hoy ha sido difícil. Una tormenta de arena, el calor abrasador y la voz de Mujib como un maldito zumbido recordándome a cada paso que debemos darnos prisa.

Por supuesto, no le he dicho nada acerca de lo que ha ocurrido entre mi prometida y yo. Pero es algo en lo que pienso constantemente.

Nadia... Suspiro repitiendo su nombre al ritmo de las zancadas de Belfos. Meneo la cabeza porque pienso en ella de una forma en la que no debería y me maldigo por ello. No puedo seguir viajando con ella a mi lado. Lo que estoy haciendo es demasiado peligroso. Y quien juega con fuego...

Bajo la mirada hacia mi cintura y veo sus pequeñas manos agarrándome con fuerza. Tensando mi cuerpo hago detener a Belfos y antes de desmontar cierro los ojos y me paso una mano por la frente. Esto no puede seguir así. Está decidido. Mañana daré la orden para que la princesa viaje en uno de los coches. Aduciré motivos de seguridad y ella no podrá negarse. Después de todo estamos en tierra de nadie, un sitio dominado por tribus rebeldes. Claro que ellos jamás se atreverían a atacar al jeque de Naan, pero Nadia no tiene por qué saberlo.

Mis soldados se miran entre sí sorprendidos porque he detenido la marcha una hora antes de lo previsto. Superviso a mis hombres que empiezan a montar el campamento y de reojo vigilo a Nadia mientras da de beber a Belfos que relincha sacudiendo la cabeza encantado con tanta atención.

No creo en las casualidades. Por algo la princesa me ha sido entregada virgen. Igual mi destino es hacerla mía y permanecer con ella...

¡No, eso es absurdo! Es irracional pensar así. No me reconozco y eso me preocupa. Admito que jamás una mujer ha tenido tanta influencia sobre mis estados de ánimo como la que ejerce Nadia sobre mí. Por eso debo ser extremadamente cuidadoso. Mientras ella esté a mi cargo la considero mi mujer, y como tal la protegeré a muerte. Pero de ninguna manera me dejaré engatusar por ella. Mi plan es mucho más importante de lo que pueda sentir por una mujer.

¡Joder Ibriel! ¡Despierta de una vez y demuéststrate que puedes manejarla!

Cabreado conmigo mismo pongo rumbo a la tienda de campaña, necesito estar a solas durante un rato y poner en orden mis pensamientos. Niego con la cabeza burlándome de mis estúpidas ideas. Con que mi destino es estar con

ella, ¿eh? Hago una mueca sardónica. ¿Qué chorradas son esas? Lo que tú quieres es encontrar un pretexto para hacerla tuya sin culpas, me reprocho con una sonrisa amarga en los labios.

Que no se te olvide, esta mujer es apenas un instrumento de tu venganza y debes ser capaz de dominarte.

Sin excusas.

Antes de encerrarme en la tienda, le pido a uno de mis hombres de confianza que vigile a la princesa mientras ella termina de alimentar a Belfos. Enciendo el brasero y me siento en la esterilla con un montón de carpetas y folios. He decidido revisar algunos informes financieros que traje conmigo para tratar de despejar mi mente y me pongo a ello cuando Mujib asoma su cabeza preguntando si estoy disponible para hablar.

Aprieto los labios porque sé muy bien acerca de qué quiere hablar, pero de momento discutir con él es lo último que me apetece. Con un gesto de impaciencia le despacho prometiéndole que más adelante hablaremos. Mi consejero asiente a regañadientes y se marcha dejándome más nervioso que antes. Maldición, ya no falta tanto para llegar al palacio y no puedo seguir postergando las cosas. Un día más, me digo, es lo que necesito para aclarar mis ideas.

Fijo mi vista en las hojas de cálculo intentando concentrarme en los gráficos de evolución financiera trimestral, pero las cifras y las fechas se mezclan sin sentido y debo volver a leer cada línea del informe al menos tres veces para comprender lo que pone. Mi mente usualmente fría y calculadora está llena de pensamientos ardientes. Finalmente quito los folios de mi vista con un manotazo y me pongo en pie paseándome de un lado a otro como una fiera enjaulada. ¡Me cago en la leche! Me resulta imposible no conjurar la imagen de Nadia aullando de placer, el sabor de su sexo en mi lengua... ¿Cómo se supone que pueda trabajar de esta manera? ¡No me he sentido así desde que era un adolescente!

Levanto mis ojos al techo y suspiro. ¿Qué cojones te está pasando, Ibriel?

Pero entonces oigo pasos fuera y enderezo la cabeza poniéndome alerta. Debe ser ella, pienso y me doy prisa en regresar a mi esterilla juntando del suelo los puñeteros folios mientras la oigo entrar. No la miro y ella me saluda con timidez.

—Disculpa, ¿estás ocupado?

Gruño como toda respuesta sin apartar mis ojos de los informes financieros. Tras unos momentos la oigo desenrollar su estera y luego revolver el interior

de su bolsa con un gemido de frustración.

—Jolín...

—¿Qué ocurre? —siseo impaciente.

—Es que me he quedado sin ropa limpia en la bolsa. Tendré que ir hasta el coche a sacar más ropa de las maletas...

La interrumpo con brusquedad.

—Tú no sales de aquí.

Ella no responde, pero puedo oír que chasquea la lengua y luego resopla sonoramente. Me muerdo la lengua forzándome a volver a mis papeles.

Después de unos minutos siento su presencia tras de mí y cuando rodea mi pecho con sus brazos me tenso y cierro los ojos gruñendo.

—Eres un verdadero ogro, ¿sabes? Tan grandullón y hosco, pero a mí no me intimidas—puedo oír su sonrisa en sus palabras y respiro profundamente para tratar de alejar mis demonios, pero entonces ella añade—. Deseaba volver a estar contigo a solas.

Puedo sentir que hunde su nariz fría en mi cuello y bosteza. Me remuevo inquieto, sintiendo la incomodidad de mi erección presionando contra mi muslo.

—Será mejor que te vayas a dormir —gruño con la voz enronquecida.

—No quería hacerlo sin antes darte las buenas noches...

Aprieto mis labios, sé que estoy a un tris de perder los papeles y me destesto por ello. Intento razonar conmigo mismo diciéndome que me he ganado el derecho a darme ciertos permisos. Un poco de placer no tendría por que interferir con mi venganza. De hecho, usar a la princesa para desfogarme y saciar mi lujuria me devolvería cierta claridad mental.

Me cruzo de brazos hoscamente y desde atrás ella ríe juguetonamente mientras acaricia mis bíceps con sus finos dedos. La suavidad de su tacto hace que cierre mis ojos cabreándome cada vez más conmigo mismo.

—Mañana viajarás en uno de los coches —anuncio en tono severo.

Ella detiene sus caricias.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo lo digo.

—Y yo digo que...

La corto antes de que pueda terminar la frase.

—Lo que tú digas aquí no importa. ¡Tú me obedeces a mí y punto!

Ella se despega de mis espaldas jadeando de indignación.

—¡Pues entonces te puedes ir a la mierda!

Me vuelvo para advertirla.

—No te pases, Nadia.

Ella me mira echando chispas pero tras unos segundos deja caer sus brazos a los lados.

—Pero es que quiero estar con Belfos... y contigo —al decirlo desvía su mirada al suelo y se sonroja.

Hago un esfuerzo por ignorarla. Me pongo en pie y empiezo a guardar mis papeles.

—Está decidido —afirmo.

La oigo refunfuñar y alejarse de mí. Mejor así, me digo. Pero enseguida escucho un roce de ropas y levanto una ceja. ¿Acaso se está desvistiendo? Echo un vistazo por encima del hombro y la veo junto al brasero tratando de quitarse su vestido por la cabeza. Me quedo mirando su vientre blanco desnudo bajo el resplandor de las llamas y cada fibra de mi cuerpo se tensa reclamando que tome a esta mujer para mí.

Tras sacudir mi cabeza a ambos lados con fuerza vuelvo a mirar hacia el frente irguiéndome en mi esterilla, pero mientras oigo sus movimientos a mis espaldas no puedo dejar de imaginar su cuerpo desnudo tan cerca...

La sangre circula a toda velocidad por mi cuerpo y aprieto los puños al sentir que vuelve a acercarse y se detiene junto a mí.

—¿Ibriel?

Esta vez no logro resistir la tentación, en cuanto siento su melena revuelta barrer la piel desnuda de mi cuello alargo una mano y la cojo de la muñeca para girarla y atraerla hacia mi pecho. Pero al hacerlo me detengo para mirarla con sorpresa. Trago saliva al ver que lleva puesta una de mis camisetas. La talla es demasiado grande y la cubre hasta las rodillas. Eso la vuelve aún más sensual. Verla con una prenda mía sobre su cuerpo provoca un impulso animal en mí. ¡Alá, ayúdame a controlarme!

Mosqueado alargo mi mano y tiro bruscamente de su camiseta.

—¿De dónde coño has cogido esto?

Ella baja su mirada apenada.

—Pensé que no te importaría...

La miro a los ojos y gruño al deslizar mis manos bajo su camiseta. Ella gime cerrando los ojos cuando siente mis palmas ásperas sobre su piel.

Se siente. Tan. Jodidamente. Sexy.

—Abre los ojos —le ordeno.

Ella sostiene mi mirada mientras exploro sus curvas de forma posesiva.

Entonces atraigo su cuerpo pegándolo al mío y adelanto mi boca para atrapar sus labios entre mis dientes. Lentamente los succiono sintiendo una sed feroz hasta arrancar varios gemidos de placer de su garganta. Tras ello aplasto mis labios contra los suyos invadiendo su boca con mi lengua. Ella responde anhelante, acariciando la punta de mi lengua que serpentea lentamente. Curvo mis manos debajo de sus senos levantándolos y amasándolos de forma brutal. La princesa grita contra mi boca cuando mis dedos pellizcan sus pezones endurecidos bajo el encaje del sostén y se abraza a mí con toda su fuerza.

Sin poder contener mi excitación me pongo en pie pasando un brazo bajo su trasero para levantarla en vilo. Rompo el beso para mirarla de arriba abajo, levantando el ruedo de la camiseta para admirar su pubis raso que se trasluce bajo las braguitas de encaje. Joder, me basta con adivinar su pequeño coño rosado, empapado de deseo por mí, para que mi juicio se nuble definitivamente.

Todo lo que deseo ahora es volver a poner mis labios sobre esa carne suave como la seda y chuparla tiernamente hasta provocarle el mismo dolor incómodo que siento dentro de mis pantalones.

La vuelvo a poner en el suelo y me cruzo de brazos atravesándola con una mirada severa.

—Quítate esa puñetera camiseta —ordeno masticando las palabras con los dientes.

Ella obedece al instante sacándosela por encima de la cabeza. De inmediato se la quito de las manos y me la llevo a la nariz aspirando con fuerza. Puedo distinguir claramente su olor mezclado con el mío, una combinación intoxicante. Cierro los ojos con fuerza y al volver a abrirlos veo que la princesa respira con agitación y su melena rubia cae sobre sus ojos. Mi corazón se detiene. Su belleza es tan arrebatadora que doy otro paso hacia ella sintiendo que estoy tan empalmado que apenas puedo moverme. Ella no retrocede y me devuelve la mirada con un brillo desconocido en sus grandes ojos violetas.

—Necesito saber si me quieres.

Al oír sus palabras me quedo de piedra. Me ha pillado por sorpresa, pero consigo ocultar mi turbación.

—Te he elegido. ¿Eso no te basta?

—Quieres que sea tu esposa solo para fastidiar a mi padre. No he dejado de ser la hija de tu enemigo, ¿verdad?

—Siempre hago mi voluntad. Y mi voluntad ahora es tenerte. Eso es todo.

Ella baja la cabeza tímidamente y apoya su frente en mi pecho suspirando.

—Creo que te quiero, Ibriel —levanta sus ojos hacia mí y tengo que apretar mis labios para no demostrarle cuanto me afectan sus palabras—. Pero temo que me abandones... Ya he sufrido demasiado.

Algo dentro de mí cede, puedo sentirlo. Mi instinto me llama a tomar su inocencia y es un impulso tan irresistible que me despojo de la chaqueta de mi uniforme y pego mi cuerpo al suyo para sentir su piel desnuda contra mi torso. Luego la beso con fuerza, ella jadea con el contacto de nuestras lenguas y entorna sus ojos mirándome sin resuello. No puedo esperar un segundo más para hacerla mía, mi instinto me urge a marcarla como mi propiedad.

Al romper el beso nuestros torsos desnudos se separan apenas y ella traga saliva. La miro seriamente mientras alarga su mano y recorre mis músculos abdominales trazando cada una de las concavidades y salientes que forman mi estómago plano y fibroso. Cierro los ojos aspirando el aire por la nariz y aferro sus muñecas alejando sus manos de mi cuerpo.

—No te acostumbres a mí, nena. Por tu bien, no lo hagas —susurro con mi voz grave.

Ella levanta la vista y me mira con ojos interrogantes. Me aparto lo suficiente para quitarme el cinturón de mis pantalones militares con una mano. Con la otra levanto los brazos de mi princesa extendiéndolos hacia arriba de su cabeza. Tras pasar el cinturón alrededor de sus muñecas aseguro sus manos a una de las varillas metálicas de la estructura que soporta la tienda. Hago un nudo lazo tan fuerte que ella jadea haciendo una mueca de dolor.

—Ahora me perteneces, ¿comprendes? Y obedecerás a tu jeque.

Ella parpadea sorprendida, pero tras un momento de vacilación asiente. Miro directamente a sus ojos violetas que brillan de curiosidad y es como si a través de ellos pudiera ver su alma. Su mirada me perturba tanto que busco a mi alrededor algo con que tapar sus ojos. Tras rebuscar en su bolsa encuentro un pañuelo negro. Esto servirá, me digo, y lentamente rodeo su cuerpo examinándola de arriba abajo hasta colocarme a sus espaldas. Al apoyar mi cuerpo sobre su trasero desnudo cierro los ojos y exhalo el aire tratando de controlar mis impulsos. Con cuidado cubro sus ojos con el paño atándolo por detrás y hundo mi nariz en su cabello.

—Te marcaré, nena —gruño con la voz enronquecida por el deseo—. Eres mía y de nadie más...

Camino a su alrededor para contemplarla desde todos los ángulos. Sus pechos redondos suben y bajan con su respiración. Humedezco mis labios al notar

que las aureolas de sus pezones están erizadas. Acercó mis labios a los suyos, que están hinchados y enrojecidos por mis besos, pero aunque ella adelanta su boca para besarme de nuevo, yo apenas los rozo y vuelvo a alejarme.

—¿Realmente deseas saber si te quiero? —pregunto ladeando mi cabeza y viendo como las aletas de su nariz tiemblan sin control. Acercando de nuevo mis labios a los suyos añado—. Mmm, eso depende... ¿Te apetece ser mía?

El tono sugestivo de mi pregunta hace que ella se estremezca y levante su barbilla entreabriendo sus labios para buscar mi beso. Me aparto justo a tiempo con una sonrisa cruel en los labios. Estoy disfrutando tanto de este juego...

Desvió la mirada hacia su pecho y aprieto uno de sus senos en mi mano observando como se hincha y se sonrosa antes de llevármelo a la boca. Succiono con tanta fuerza que ella chilló y jadea arqueando su espalda queriendo sentirme aún más. Me aparto y observo mi saliva brillando sobre el endurecido pezón rosado, y luego hago lo mismo con el otro seno. Lo succiono y mordisqueo sin tregua, oyendo sus gritos y gemidos desesperados. Enderezo mi espalda y vuelvo a acercar mis labios a los suyos, respirando mi aliento sobre su boca.

—No me has respondido —susurro—. Te he preguntado si te apetece ser mía.

La veo morderse el labio inferior ruborizada y abrumada por las sensaciones. Como si llegara flotando desde un sitio lejano, oigo su voz trémula y ahogada.

—Sí, por favor... Ibriel, te deseo... Deseo ser tuya.

—¡Dime cuánto lo deseas!

—¡Lo deseo como jamás deseé a alguien! No seas cruel, por favor...

Asiento sabiendo que a partir de este momento puedo hacer con ella lo que quiera. Está a mi merced y ello pareciera excitarle tanto como a mí. Manoseo su cuerpo de una manera brutal y ella se entrega a mis caricias con una sumisión absoluta. Su belleza inocente me deja sin aliento. Así es como siempre soñé que sería mi esposa, pero jamás pensé que sería posible verla salir de mis sueños para hacerse carne. Si tan solo fueran otras las circunstancias de nuestro encuentro... ¡Puñetera suerte!

Vuelvo a ajustar el cinturón alrededor de la varilla que sostiene el techo de la tienda y lentamente elevo su cuerpo hasta que sus pies ya no tocan el suelo y su rostro está casi a mi altura. Ella gime retorciéndose y me apresuro a levantar sus piernas y pasar sus pies sobre mis hombros. Respirando con

agitación pego mi frente a la suya. Ella repite mi nombre entre susurros y con una mano libero mi polla caliente para guiarla directamente hacia su centro. Al restregarme entre sus pliegues la oigo gemir con tanta dulzura que siento que el corazón se me sale del pecho. Embisto con mis caderas entrando en ella y un gruñido de satisfacción escapa de mi garganta. ¡Joder, la suavidad de su pequeño coño es algo increíble! Está tan apretado que debo reunir toda mi fuerza de voluntad para no correrme.

Aprieto sus nalgas con mis manos de forma posesiva intentando calmar mi deseo. Es una caricia íntima y ardiente, y ella se inclina para morder mi hombro lloriqueando de placer, reclamando con urgencia que alivie su cuerpo.

—Quítame la venda, déjame verte —dice de pronto con voz desfallecida.

—Aún no, nena —sonrío en su oído.

Cierro los ojos y me concentro en penetrarla muy lentamente. Poco a poco me hundo en ella aplastándola tiernamente para hacerle sentir todo el peso de mi cuerpo mientras tomo todo de sí.

Mi Nadia echa la cabeza hacia atrás regalándome la blancura de su garganta. Es un obsequio demasiado tentador y me inclino para hincar mis dientes sobre su tersa piel. Ella gimotea y abraza mi cuello enredando sus dedos en mi espeso cabello negro. Gimo y aprieto los labios al sentir la contracción violenta de mis testículos. Mis músculos se tensan al hacer el esfuerzo por contener mi simiente caliente. Aunque cada fibra de mi ser grite con desesperación, no debo dejarme ir todavía. Luchar contra el instinto es doloroso, pero consigo refrenarme.

Apenas me he adentrado en ella, por ahora eso es suficiente para marcarla a fuego. No obstante, sus caderas se mueven tratando de absorber más de mi masculinidad. La sujeto con mis manos porque aún no está preparada para recibirme por entero. Fascinado me quedo mirando el punto exacto donde nuestros cuerpos se unen y llevo una mano hacia abajo para jugar con su clítoris. Pronto sus espasmos se intensifican alrededor de mi miembro y se siente tan bien que gruño mordiendo su cuello. Es increíble cómo me pone esta mujer...

—No te contengas.

—¿Qué dices? —sorprendido vuelvo mi cabeza para mirar su rostro y me fijo en el temblor de sus labios.

—Toma lo que desees de mí —su voz suena como una súplica—. Quiero ser tuya, no te contengas, por favor...

Levanto una ceja con incredulidad y rápidamente quito la venda de sus ojos.
—¡Mírame! —le ordeno.

Ella levanta sus ojos empañados de deseo hacia mí. Un fuego especial brilla en ellos, una firmeza de carácter que no he visto en ninguna otra amante y que logra ponerme a cien. Trago el aire dolorosamente cuando mi polla es succionada desde el interior por sus músculos. La miro con sorpresa y ella me sonrío con picardía.

—Hazlo, no te contengas —me pide una vez más.

—Joder, Nadia...

Tomo aire y cierro los ojos. Luego la embisto con fuerza empujando con mis glúteos. Ella grita arañándose los brazos con sus uñas afiladas. Sé que estoy tensándola al máximo para abrirme paso. Mi princesa se desgañita de placer y no para de gritar mi nombre. Estoy seguro que hemos despertado a la mitad del campamento, pero me importa una mierda. Tenso los músculos al máximo cuando siento que la seda que envuelve casi toda la extensión de mi polla se estremece sin control. Es una tortura contenerme por más tiempo y acabo cediendo. Mientras me corro derramándome muy dentro suyo maldigo entre dientes porque no estoy acostumbrado a perder el control de esta manera con una mujer. Me doy prisa en separarme de su cuerpo. Sé que he traspasado un límite que no debía. Me he vaciado en sus entrañas hasta la última gota, ¡esto no debería haber pasado!

Cabreado conmigo mismo no dejo de pensar en los motivos que me han traído hasta aquí. Una vida de sacrificios de mi padre borrada de un plumazo por un rey arrogante y caprichoso. Buena parte de mi juventud dedicada a acumular poder para que nadie pudiera volver a pisotear el buen nombre de mi familia. Días interminables de tristeza y soledad, sintiéndome solo en el mundo sin que nadie pudiera comprender el fuego que me impulsaba a vengarme...

¡Y ahora estoy a punto de echar a perderlo todo por una chica a la que ni siquiera conozco!

Eres un insensato, me digo meneando la cabeza, ¿dónde te has dejado el sentido común?

Me enderezo de golpe porque un pensamiento acojonante acaba de cruzar mi mente.

¿Y si por accidente acabara haciéndole un hijo? ¡No quiero un hijo suyo! ¡Lo último que necesito es darle un nieto a mi enemigo!

—¿Ibriel?

Levanto la mirada y veo que Nadia está observándome con preocupación. Suspiro porque ella no tiene la culpa. ¡Nada de esto tiene que ver con ella sino con su maldito padre! Me estoy comportando como un malnacido y eso me carcome.

Aún sigue atada, sus brazos en alto, tan vulnerable... Ninguna de mis amantes se ha entregado a mí con tanta confianza y abandono. ¡Joder, es perfecta!

Mi prometida es la mujer perfecta...

Pero no es para mí.

Con ánimo sombrío empiezo a desatarla. No puedo dejar de atormentarme pensando que estoy fastidiándolo todo, tanto su vida como la mía. Luego la cargo en mis brazos para depositarla suavemente sobre las almohadas. Al intentar ponerme en pie ella protesta reteniéndome en su abrazo.

—Esta vez no me dejes sola —susurra.

Besa mi pecho y sonrío satisfecha. Algo dentro de mí se retuerce de dolor y culpa.

La situación no puede continuar así. Tengo que hacer algo antes de que sea demasiado tarde y ya no pueda volver atrás.

Capítulo 9

NADIA

—¿Puedes divisarlo?

Mi corazón da un salto al ver las cúpulas del palacio envueltas en bruma a través de los binoculares. Ese será mi futuro hogar... ¡allí viviré junto a Ibriel como reina de Naan! Me vuelvo hacia él con entusiasmo.

—¡Puedo verlo! Pero parece tan lejano aún...

Ibriel levanta la cabeza hacia el cielo y mira la posición del sol. Después baja la cabeza para mirarme con sus hermosos ojos dorados.

—Si nos damos prisa esta será la última jornada y por la noche podrás descansar en una cama de verdad.

Echo un último vistazo por los binoculares y hago una mueca. No puedo evitar que el corazón se me encoja al pensar que esta noche no volveré a dormir en la tienda junto a él.

—¿Estás seguro de ello? —pregunto juguetonamente y añado casi en un susurro—. Porque no me importaría pasar una última noche en el campamento contigo.

Él me mira seriamente mordiéndose el interior de la mejilla con una expresión enigmática que no me permite ver qué oculta.

—¿En qué piensas?

Ibriel se remueve sobre Belfos sin responder. Frustrada pongo morritos y levanto los brazos exasperada.

—¡Otra vez tan misterioso! ¡Me desespera cuando haces eso!

Él me mira perplejo.

—¿Hacer el qué?

Impaciente le señalo con un dedo como si fuera lo más evidente del mundo.

—¡Pues eso mismo!

Intento imitar su expresión enigmática pero todo lo que consigo es que él se eche a reír al ver mi cara. Definitivamente no soy buena para esto. Me abrazo a su cintura y apoyo mi mejilla sobre su espalda.

—No es justo, tú puedes leerme como un libro y yo tengo que adivinar cada uno de tus gestos. Eres un sádico, ¿lo sabías?

Él se encoge de hombros y sonrío de lado.

—Claro.

Me echo a reír aferrándome más a él.

—Pero estoy segura de que no te arrepientes de permitirme cabalgar contigo,

¿a que no?

—Bueno... —repite él mirándome de reojo con un brillo de malicia—. Creo que empiezas a leerme los pensamientos.

Detenemos la marcha durante unos minutos para estirar las piernas. Miro alrededor y no se me pasa por alto que los demás soldados nos miran con curiosidad. Me alegro porque a Ibriel ya no parece importarle que le vean conmigo de esta manera. Lo único que me perturba es la constante presencia del consejero de Ibriel, ese hombre llamado Mujib no me gusta nada. Cada vez que le sorprendo mirándome vuelve la cabeza rápidamente como si ocultara algo. Estoy segura que me espía, y quien sabe qué cosas le dirá al jeque cuando se reúne con él.

Ese hombre no me soporta, de eso estoy segura. Desearía que Ibriel se deshiciera de él, aunque prefiero no decir nada. Igual es una primera mala impresión y luego de conocerle el tío resulte ser una buena persona. Pero de momento tengo mis reservas.

Endezco mi espalda y suelto a Ibriel porque no quiero comprometerle. Seré su esposa y todos aquí lo saben, pero después de todo sus costumbres no son las mías y estas muestras de cariño en público podrían malinterpretarse muy fácilmente.

Al reanudar la marcha Ibriel hace que Belfos se separe de los demás caballos y pronto nos encontramos cabalgando bastante alejados de los demás. Su brazo envuelve mi cintura y su aliento caliente me eriza el cabello de la nuca, me recuesto sobre su pecho y su tacto posesivo me hace sentir que no existe nadie más que nosotros dos en el mundo. La sensación de intimidad y protección es tan envolvente que siento la necesidad de hacerle una confesión.

—Durante mucho tiempo pensé que estaba enamorada de mi primo.

—¿De Zadir? —pregunta él frunciendo el ceño y tensando los músculos. La presión de sus manos sobre mis caderas aumenta y me vuelvo hacia él para mirarle a los ojos poniendo una mano en su pecho para calmarle.

—Oye, que son cosas de niña. La única importancia que tiene es que la experiencia me ha servido para aclararme. Estos pocos días contigo me han enseñado que el amor no es un capricho sino algo mucho más profundo. No sé cómo explicarlo...

Al ver su expresión me doy cuenta que estoy diciendo una tontería y callo de golpe porque sé que de continuar acabaré metiendo la pata hasta el fondo. Mis mejillas arden tanto que debo estar como un tomate y giro mi cuerpo

avergonzada volviendo a mirar hacia el frente. ¡Dios mío, qué tonta he sido! No debí hablar de amor, pues lo nuestro es... demasiado prematuro. ¡Mierda! Me he dejado llevar por el momento y mis emociones han vuelto a traicionarme.

Mientras viajamos en silencio no dejo de darle vueltas a la cabeza. Sé que Ibriel me desea, ¿pero cómo saber si me quiere? Suspiro sabiendo que probablemente no tendré otra noche para tratar de descubrirlo, al paso que vamos llegaremos al palacio antes del atardecer. Y una vez allí, estaremos sujetos al protocolo real. Ibriel no podrá ni siquiera hablarme, y lo más seguro es que no tenga ocasión de volver a verle hasta el día de la boda. Suspiro resignada porque sé que estos días antes de la boda se me harán eternos sin él.

Para tratar de ahuyentar esos pensamientos cierro los ojos y con una sonrisa empiezo a imaginar mi vida como su esposa. A medida que las imágenes pasan por mi mente me sonrojo de gusto. He decidido que quiero casarme con este hombre. Confío en él y siento que somos el uno para el otro. Lo que no me queda claro es si él siente la misma felicidad de convertirse en mi esposo. Igual para él este es apenas otro paso en su carrera política...

Suspiro mirándole atentamente tratando de distinguir en su perfil tan masculino alguna señal de lo que siente por mí. Pero como casi siempre, cabalga serio y ensimismado, como si su mente estuviera muy lejos de aquí. ¿Pensará en mí de la misma forma en que yo pienso en él? Es un misterio absoluto para mí y me desespera no saber aún de qué forma penetrar su coraza de hombre duro.

El sol está cayendo en el horizonte y desde un punto en la distancia aparece de repente un grupo de jinetes. Me enderezo alarmada.

—¡Mira esto! —digo tendiéndole los binoculares. Él echa un vistazo breve y enseguida grita una orden en su dialecto que no logro entender. Los hombres que cabalgan a nuestra par azuzan sus caballos para ir al encuentro del grupo que se acerca a la velocidad del rayo.

—¿Ocurre algo malo?

Los ojos de Ibriel tienen un brillo especial. Poco a poco una sonrisa aparece en sus labios.

—Bienvenida a Naan, princesa.

¡Madre mía! ¿Ya estamos aquí? ¿Tan pronto? De golpe me pongo muy nerviosa y empiezan a sudarme las palmas de las manos. ¡Cómo me gustaría dar media vuelta y huir con Ibriel tierra adentro para perdernos juntos en el

desierto! Pero sé que debo volver a la vida de palacio. Me consuelo pensando que el de Ibriel es un palacio mucho más interesante y exótico que mi casa paterna.

Poco a poco nos vamos acercando a una especie de campamento que la gente de Naan ha levantado para recibirnos. Los jinetes que han salido a recibirnos se mezclan entre nosotros. Son unos hombres que llevan túnicas con la media luna roja. Ibriel me explica que son médicos y les observo mientras se ponen a revisar a los soldados heridos, ya que algunos de ellos se han accidentado con sus caballos o arrastran heridas mal curadas desde las primeras jornadas del viaje. Cuando uno de los médicos se acerca a mí con la intención de medir mis signos vitales para asegurarse de que no esté deshidratada o enferma, Ibriel le detiene cogiéndole del brazo antes de que pueda tocarme. El médico se disculpa haciendo una reverencia, pero Ibriel luce tan intimidante que el pobre muchacho da media vuelta y huye de nosotros con la cabeza gacha.

—Menudo carácter —murmuro mirando a mi prometido con la boca abierta. ¿Acaso está celoso? ¡No me lo creo! En el fondo me siento halagada pero trato de no demostrarlo. De todos modos está mal que trate de esa manera a la gente que quiere ayudarnos. Le dedico una mirada cargada de reproche. Ibriel se iergue desafiante en toda su estatura, tan orgulloso y arrogante como siempre, derrochando salud con su cuerpazo que parece una fortaleza. Frunzo el entrecejo y le señalo con un dedo.

—No tenías que tratarle así. Ese muchacho solo hacía su trabajo.

Él me observa intensamente y me pongo nerviosa porque es como si me estuviera haciendo un examen médico con sus ojos.

—He cuidado de ti muy bien durante el viaje. Ese tipo no tiene por qué tocarte —dice en un tono que no admite discusión—. Además, así soy yo. O te adaptas o te fastidias, es tu elección.

—¡Uff, vaya que eres peleón!

Me guiña un ojo.

—No te imaginas cuánto.

Indignada doy golpecitos a su pecho con un dedo.

—¿Tú siempre acabas saliéndote con la tuya, verdad?

El jeque cruza sus poderosos bíceps sobre su pecho afirmando con descaro.

—Siempre.

Le miro exasperada y bufo dando un pisotón en el suelo.

—Te odio —miento, y el muy cabrito se sonríe porque lo sabe.

—Me gusta que me odies.

Me cruzo de brazos a mi vez y levanto la barbilla orgullosa.

—¿Ah sí? Pues mirá qué bien, ahora no te daré el gusto.

El jeque ladea la cabeza fingiendo desilusión.

—¿Ya no me odias? ¡Qué aburrido!

Le miro durante un instante tratando de mantener mi expresión de enfado pero su respuesta me desarma y ya no puedo evitar echarme a reír de nuestra actitud tan infantil. Ibriel también ríe y con un gesto me indica que mire alrededor. Para mi sorpresa hemos sido cercados por unos animales con un aspecto tan feo que me abrazo a Ibriel asustada.

—No tengas miedo —susurra en mi oído con una sonrisa—. Son dromedarios y están domesticados.

Para demostrármelo, alarga una mano hacia ellos y los animales acercan su morro y empiezan a lamer su mano. Se vuelve hacia mí animándome a que haga lo mismo. Con un poco de aprensión acaricio la cabeza del que está más cerca de nosotros y observo que arrastran una especie de trineos que parecen especialmente fabricados para deslizarse sobre la arena. En ellos alguien ha amontonado víveres de todo tipo como si se aprestaran a servirnos un banquete.

Intrigada me vuelvo hacia Ibriel.

—¿Qué narices es todo esto?

Él me mira y se encoge de hombros como si tal cosa.

—Supongo que cenaremos aquí. ¿Tienes hambre?

Asiento con la cabeza y el jeque chasquea sus dedos. Tras unos momentos aparece un grupo de mujeres envueltas en túnicas y velos que comienzan a abrir las despensas y neveras portátiles. En unos pocos minutos acaban desplegando un verdadero festín en medio de los médanos blancos. Perpleja miro a Ibriel mientras los soldados se reúnen alrededor de las canastas repletas de manjares y se ponen a comer y beber entre bromas y risas. El cansancio parece haberse esfumado de sus rostros. Ibriel ríe y se pasea entre ellos dándoles la enhorabuena por el gran trabajo realizado. Le veo coger una pata de cordero de una de las bandejas antes de regresar a mi lado. Abro los ojos al verle dar un mordiscón tan grande que casi se la engulle de un solo bocado. Al masticar cierra los ojos y asiente con la cabeza como dando su aprobación al menú.

—Te ha quedado salsa en la comisura —digo sonriendo mirando su boca sin disimulo.

Él se lame los labios con un gesto tan sensual que echo un vistazo a mi alrededor para comprobar que nadie nos esté observando. ¡Madre mía, lo que daría por probar esa salsa directamente de sus labios! Pero en ese preciso momento una mujer con el rostro cubierto se acerca a mí con una bandeja cubierta por un lienzo. Lo que sea que lleve allí huele delicioso. La mujer destapa la comida haciendo una reverencia muy elegante y lo primero que veo son unas confituras cubiertas en almíbar que tienen una pinta estupenda. La mujer me dice algo en un idioma que no comprendo. Ibriel traduce a medida que ella habla.

—Es una de mis cocineras y dice que ha estado amasando y horneando para ti durante todo el día porque está muy feliz de que su jeque haya decidido sentar cabeza con una princesa tan hermosa como tú.

Me sonrojo mirando a Ibriel porque no sé si está bromeando conmigo o en verdad la mujer ha dicho todo eso. De todas maneras le doy las gracias y ella me mira como esperando a que pruebe la comida. Cojo uno de los bollos y con el primer bocado gimo al saborear el dulce especiado. Dentro lleva una jalea de higo con castañas asadas que se deshace en mi lengua. Madre mía, todo está tan exquisitamente condimentado que le da un sabor que no puedo comparar a nada de lo que haya probado antes.

—Mmm, esto está muy bueno —levanto la mirada hacia Ibriel y añado con una sonrisa—. ¡Jolín, si esta es una muestra de la comida que sirven en tu tierra fijo que saldré rodando por estas dunas!

Entre los dos acabamos con los bollos en pocos minutos. No dejamos ni las migas y la mujer se despide de nosotros satisfecha por el éxito que ha tenido su comida. Chupándome los dedos aún, miro al jeque que me observa con una sonrisa cargada de malicia.

—¿Qué tengo? —digo preocupada y me limpio la boca con el dorso de la mano.

Al ver que aún se me queda mirando le empujo juguetonamente, entonces él me coge de la cintura con brusquedad y se inclina sobre mi oído.

—Que eres una golosa...

Al ver su expresión pícaro comprendo que lo que me dice tiene un doble sentido. Me pongo como un tomate y miro a nuestro alrededor. Las mujeres encargadas de juntar los restos del festín nos miran de reojo, al parecer escandalizadas por nuestra conducta casi adolescente, y los soldados se codean entre ellos sin duda cotilleando acerca de nosotros.

Alzo la cabeza para mirarle.

—¿No te incomoda que tu gente nos vea comportarnos así?

—¿Así cómo?

Me mira con expresión perpleja, como si de verdad no se diera cuenta de cuanto más relajado está desde que estamos juntos.

—Así... tan cariñosos.

—Pues no.

Su mirada seria me parece tan sensual que me hace estremecer. ¡Son esta clase de gestos los que me hacen adorarlo! Sonríe radiante y le cojo de la mano. Él observa mi pequeña mano y la acuna entre sus dos manazas morenas. Su contacto me hace gemir por dentro y meneo la cabeza tratando de ahuyentar mis pensamientos pecaminosos. Él sonrío como si supiera lo que estoy pensando. ¡Por supuesto que lo sabe! ¡Si parece saberlo todo de mí! Pero esta vez consigo no sonrojarme y aprieto su mano feliz de verle tan a gusto conmigo.

Después de comer toca despedirse de Belfos, y lo hago con muchos besos y mimos. Un coche especial llega para recogerlos y nos lleva directamente a la ciudad. Al llegar allí veo algo que me deja con la boca abierta. La gente se agolpa en las calles coreando mi nombre y el del jeque con tanto afecto que tengo que hacer un esfuerzo para no echarme a llorar de la emoción. Me trago las lágrimas y miro a Ibriel con un nudo en la garganta.

—Mi gente desea conocer a su futura reina —me dice guiñándome un ojo.

¡Dios mío, qué fuerte es recibir el amor de miles de personas! A pesar de ser princesa y estar acostumbrada a las formalidades, nunca en mi vida una multitud tan grande me había vivido de esta manera. En realidad desde hace ya bastante tiempo que ocurre lo opuesto. Durante los últimos años nuestro pueblo se ha mostrado cada vez más descontento con las políticas de mi padre y son muchos los comentarios que me han llegado acerca de que el rey Saúl ya no sirve para gobernar y que sus ministros hacen lo que se les antoja sin que nadie les ponga un freno. Todo esto ha deteriorado la imagen de nuestra familia a los ojos de una gran parte del pueblo. Por eso me sorprende tanto semejante muestra de cariño hacia un gobernante.

Ibriel debe de estar haciendo las cosas bien, me digo mirándole con orgullo. Él se muestra solemne y calmo, y sin cortarse en lo más mínimo acaricia mis mejillas con ternura, haciendo que mi corazón galope a mil por hora.

—Todo esto es para ti, disfrútalo —me dice al oído.

—Gracias, eres increíble —susurro a mi vez emocionada.

Al llegar al palacio descendemos del coche y caminamos juntos sobre una

alfombra alargada de seda roja, mientras que una interminable fila de fotógrafos dispara sus cámaras como si fuésemos estrellas de cine. Jamás pensé que mi llegada suscitara tanta atención. Intento esconderme lo mejor que puedo tras Ibriel, abochornada por mi aspecto. ¡Después de días en el desierto debo estar hecha un desastre! Mi mano tiembla en la suya y él me la aprieta reasegurándome. Al llegar a las enormes puertas de entrada del palacio alcanzo a notar las altas cúpulas doradas que se recortan contra el cielo de la tarde y brillan imponentes con los últimos rayos del sol.

Tomo aire y miro a Ibriel antes de trasponer las enormes puertas de entrada al palacio. Pero él desvía su mirada y avanza arrastrándome consigo. Las puertas se cierran tras de mí con un ruido que parece un trueno. Lo primero que siento es el cambio brusco de temperatura, tanto es así que la piel de los brazos se me eriza. Es como si el inmenso salón oscuro y silencioso en el que ahora nos encontramos estuviera ubicado en el Polo Norte.

Ibriel se detiene en seco y me suelta la mano.

—Adiós, nena.

Parpadeo confundida porque sus ojos dorados de golpe se han vuelto muy distantes. El momento siguiente todo es confusión. Un grupo de personas se interponen entre nosotros, los hombres llevándose al príncipe en una dirección y las mujeres arrastrándome a mí en la dirección opuesta.

—¡No! ¿Dónde me llevan? —intento resistirme pero soy conducida con firmeza por un séquito de mujeres tapadas de la cabeza a los pies.

Me vuelvo para mirar a Ibriel y le veo caminar con la cabeza en alto en medio de un grupo de hombres de aspecto severo con turbantes negros y trajes de firma. No tarda en desaparecer bajo el arco de una gran puerta negra, sin volverse ni una sola vez hacia mí.

Capítulo 10

IBRIEL

El día de la boda se aproxima peligrosamente y vaya cacao mental que tengo. ¿Qué coño ha pasado con el Ibriel frío y calculador, el hombre con las ideas tan claras que no existía nadie en el mundo que pudiese desviarle de sus objetivos?

Es que ahora por culpa de Nadia el objetivo ya no está nada claro y eso me pone muy nervioso.

Algunos invitados ya están alojados en el palacio, entre ellos el capullo de Zadir que ha llegado junto a su familia. Hago una mueca de disgusto porque más temprano que tarde tendré que bajar a recibirles.

Llevo casi una hora bajo la ducha dándole vueltas a la cabeza. Apenas he pegado ojo en toda la noche. Afortunadamente los potentes chorros de agua que impactan en mi cuerpo desde todas direcciones me despejan lo suficiente para afrontar este día que no será como cualquier otro. Muy lejos de ello, suspiro preocupado. Una vez delante del espejo, me pongo mis ropas occidentales: una camisa blanca de lino, pantalones negros con su cinturón, unos zapatos cómodos y estoy listo para lidiar con el mundo.

Pero de camino al salón principal sucede algo inesperado. Mujib me ataja en uno de los pasillos y sin preámbulos se pone a hablar acerca de nuestro plan. De inmediato le hago callar y frenético miro a mi alrededor para asegurarme que no le hayan oído. Un par de sirvientes pasan lo bastante cerca de nosotros como para haberle escuchado. La sangre se me agolpa en las sienes y aprieto mis puños con rabia.

—¡Qué cojones crees que haces! —siseo enfurecido—. ¿Acaso te has vuelto loco?

Mujib se queda tieso al darse cuenta que ha metido la pata, y al ver mi cabreo se disculpa bajando la cabeza en señal de sumisión.

Respiro hondo tratando de calmarme. Mierda, me había olvidado de mi consejero por completo. ¿Qué coño voy a decirle ahora? ¿Que de golpe me han venido las ganas de casarme? ¿Que unos días en el desierto han transformado mi personalidad? ¡Suena demasiado absurdo! El plan está llegando a su fase culminante y es comprensible que Mujib esté ansioso por recibir órdenes, después de todo es un profesional y solo está haciendo el trabajo que yo mismo le he encargado. Pero aún así, su diligencia en vez de complacerme no hace más que repugnarme.

Le miro tratando de ocultar mi desprecio y siseo.

—¡A mi puto despacho! ¡Ahora!

Obediente asiente con la cabeza y echa a andar hacia la planta superior. Resoplo con resignación desviando mi camino hacia mi oficina con los labios apretados y los nervios de punta. Verle ahora es lo último que deseo, pero no puedo dejarle vagar por el palacio como un alma en pena. Debo inventar cualquier excusa para quitármelo de encima y ganar tiempo. ¿Pero qué puedo decirle?

Al llegar a la puerta de mi despacho él se hace a un lado y nervioso espera mi permiso para entrar. Le hago pasar y tras cerrar con un portazo, le fulmino con la mirada.

—No vuelvas a hablarme en público acerca de ese asunto.

—Alteza, es que no he tenido noticias tuyas y estaba muy preocupado. —Me mira con su cara de pajarraco codicioso—. ¿Todo está bien?

Resoplo impaciente.

—Sí, todo bien. Pero no quiero que nos vean juntos. Como comprenderás es un momento muy delicado.

Él parece no escucharme porque insiste.

—Pero la mujer no sospecha nada, ¿verdad?

El estómago me da un vuelco y siento náuseas por el modo en que se refiere a Nadia. Habla de ella como si fuera una mujer cualquiera. Me pesa en la conciencia saber que ahora mismo ella está durmiendo como un angelito dentro de mi palacio, confiada y vulnerable, sin sospechar que la boda no es más que un pretexto.

Cierro los puños con furia deseando que Mujib diga la palabra incorrecta para golpear su horrible rostro.

Él se da cuenta de mi disposición hostil hacia él y se retira unos pasos esperando mis órdenes.

—Mujib, no tengo tiempo ahora para darte detalles. Espérame en las caballerizas donde podremos hablar sin que nadie nos escuche.

—No se preocupe, alteza, allí estaré.

Me tiende la mano, pero yo me limito a mirarle con frialdad aguardando a que se retire. Finalmente él da media vuelta y sale sin decir más.

Me vuelvo hacia la ventana bufando y me quedo mirando el desierto más allá del gran parque verde que circunda el palacio. Mierda, la situación es delicada, mucho más de lo que me temía...

En ese momento suena el interfono.

—Alteza, siento molestarle —dice mi secretaria.

Pongo los ojos en blanco. ¿Ahora qué cojones sucede?

—Dígame.

—El jeque de Nueva Abisinia desea verle. Es la tercera vez que insiste.

Furioso me paso una mano por el pelo y cierro los ojos apretándolos con fuerza. Trato de borrar las palabras de Nadia de mi mente. Sé que lo que sintió por él no fue más que un juego de niños. No debo darle más importancia de la que tiene. El problema es que mi parte racional puede aceptarlo civilizadamente, pero es muy difícil aquietar mi parte animal, aquella que reclama a la princesa como mía y que no dudaría un instante en enfrentarse y aplastar a cualquier hombre que osara acercarse a ella.

Salgo de mi despacho y bajo las escaleras con un humor de perros. Ya imagino por qué Zadir ha venido tan pronto. El aliado de mi enemigo quiere asegurarse de que no le haga daño a su prima. ¡Menudo morro, meter las narices donde nadie le ha llamado!

Debo serenarme si no quiero traicionar mis emociones.

A través de la cristalera puedo verles en la galería, sentados en poltronas, bebiendo y conversando al resguardo del sol. Su esposa es una pelirroja muy bella, y la niña que les acompaña supongo que será la sobrina del jeque. Se les ve tan felices, hacen una familia envidiable. Frunzo el ceño. ¿Desde cuándo envidias la vida familiar de otros jeques? Meneo la cabeza pensando que definitivamente la princesa me ha trastornado. Me recuerdo que debo tener mucho cuidado. Imagino que Zadir se ha vuelto cien veces más engreído desde que asumió el poder como jeque de Nueva Abisinia. Haré lo posible para que nuestro intercambio sea lo más breve posible.

Al verme llegar, Zadir se pone en pie y viene a mi encuentro con su típica sonrisa displicente, que más que sonrisa parece una mueca de desprecio. Mi rostro permanece inexpresivo y me limito a recibirles de acuerdo con el protocolo. No hay calidez ni respeto entre nosotros, solo una cortesía distante.

—Zadir, tanto tiempo sin vernos... Te doy la bienvenida a mi hogar, tanto a ti como a tu familia.

Zadir entrecierra sus ojos con suspicacia.

—Exactamente nueve años desde la última vez. Y si no fuera por la locura de mi tío, tú y yo no nos volvíamos a ver jamás, eso te lo aseguro.

Levanto una copa de la mesa esbozando una sonrisa de hielo.

—Entonces propongo un brindis por la locura del viejo Saúl, que ha acabado

reuniéndonos a pesar de nosotros.

Zadir endereza la cabeza poniéndose alerta.

—No te pases, Ibriel —me advierte y enseguida baja la voz para que su esposa no pueda escucharle—. Te estaré vigilando de cerca, cabronazo.

Por fuera mi expresión es un témpano, pero por dentro mi sangre hierve con impulsos agresivos. ¡Cómo disfrutaría golpeando su arrogante cara! Pero soy el anfitrión y debo comportarme como tal.

Me vuelvo hacia su esposa que luce una gran barriga de embarazada y me inclino con una breve reverencia. Ella me devuelve el saludo mirando a su esposo como pidiendo su permiso para dirigirse a mí. Zadir no dejará que me acerque a sus mujeres. De manera que doy por finalizado nuestro breve encuentro.

—Espero que todo sea de vuestro agrado. Por favor hacerme saber si necesitáis algo.

Dicho esto giro sobre mis pies y me alejo de ellos perdiendo de inmediato la sonrisa. Maldita sea, debo resolver la situación con Mujib cuanto antes. No quiero que haga nada que pueda herir a mi princesa. Solo pensar en ello provoca que se me revuelva el estómago y que la bilis suba hasta mi garganta.

Pero tampoco puedo cancelar el plan así como así. Cierro los ojos y suspiro. Madre mía, esta vez la he hecho buena.

Decido tomar el camino más largo, rodeando el estanque, porque necesito un momento de soledad para pensar o mi cabeza acabará por estallar. Con el sol pegándome en la cara aspiro el aire por la nariz y visualizo qué sucedería si decidiera poner en marcha la última fase del plan y Mujib procediera con el secuestro. Las imágenes que se suceden por mi mente me aterran. Cuando la princesa era una figura anónima, sin rostro ni personalidad, concebir este secuestro me resultaba incluso divertido. Había encontrado una válvula de escape para mi odio en cada detalle del plan y en imaginar la reacción del rey Saúl a cada una de mis maniobras. Sutilmente le dejaría saber que era yo el culpable, pero él no podría probarlo legalmente, y eventualmente no le quedaría más remedio que declararme la guerra para recuperar a su hija. Entonces le tendría jugando directamente mi juego. Con su ejército comprometido en combate contra mi reino, el pueblo y sus opositores no tardarían en derrocarlo acabando de un plumazo por fin con su reinado.

Sí, me consolaba cada noche pensando que pondría a mi viejo enemigo en semejante dilema. Pero resulta que ese dilema no tiene ni punto de

comparación con el dilema en que me ha puesto el destino.

Nadia ha pasado de ser esa princesa sin rostro, una simple pieza más en el juego de estrategia, a ser la mujer que me ha entregado su confianza y su inocencia sin pedirme nada a cambio, la mujer a la que protegería con mi vida si hiciera falta.

Joder, la sangre empieza a hervir en mis venas de solo imaginar que esos bandidos que Mujib ha contratado pudieran poner sus mugrosas manos encima de mi esposa.

Parpadeo al darme cuenta de las palabras que acabo de utilizar. No he dudado en llamarla mi esposa.

De golpe me doy cuenta que en verdad no tengo nada que decidir porque mi corazón ya lo ha hecho sin consultarme.

No puedo volver atrás el tiempo, no puedo hacer que la princesa no provoque en mí esta necesidad animal de poseerla, de hacerla mi esposa y tenerla a mi lado para siempre.

Cuando mi padre hablaba de mi madre solía decir que él tardó demasiado tiempo en reconocer que esa mujer era especial y tenía el poder de cambiar su vida para siempre. Me decía que la mayoría de los hombres somos demasiado estúpidos para darnos cuenta a tiempo de una cosa así.

Una a una, las palabras olvidadas de mi padre vuelven a mí desde un rincón perdido de mi infancia. “Cuando esa mujer única llegue a tu vida te hará vibrar y sentirte vivo como nadie más en el mundo puede hacerlo.”

¡Joder, Nadia es esa mujer!

Y su destino es estar conmigo. No se puede contrariar el destino sin pagar las consecuencias.

Además, ¿a quién cojones pretendo engañar? ¡La quiero y no permitiré que nada se interponga entre los dos, ni siquiera mi estúpida venganza!

Quiero hacerla mía para siempre. Casarme con ella y que nuestra noche de boda sea el inicio de una larga serie de noches apasionadas. Quiero que lleve en su vientre a cada uno de mis futuros hijos.

Estas últimas palabras hacen que me detenga en el medio del parque boquiabierto y sin aliento, como si acabara de recibir un sartenazo en la cara.

Mis sentimientos por Nadia son mucho más profundos de lo que me atrevía a admitir hasta ahora. Meneo la cabeza incrédulo. Mierda, no tenía idea que se podía estar tan colado por una mujer...

Miro mi reloj preocupado. A estas horas no debería haber nadie pululando cerca de las caballerizas. Los mozos de cuadra se han llevado los caballos a la

pista y los empleados de limpieza no deberían llegar hasta después del mediodía. Con las ideas más claras que nunca y determinado a acabar con esta situación de una vez por todas, voy al encuentro de Mujib dando grandes zancadas entre los fardos de heno.

Al ver a mi consejero niego con la cabeza. ¿Qué clase de consejos podría darme un tío así? ¡Por Alá, qué ciego he sido! Pienso despedirle en cuanto todo esto termine. Me recibe con su típica sonrisa arratonada y yo permanezco serio como la muerte.

—No lo haremos —digo sin más.

Sus ojos de pronto se vuelven demasiado grandes y parpadea sin comprender.

—Lo siento, alteza —tartamudea confundido—. Debe... debe haber un error.

Le miro echando chispas por los ojos y con un gesto impaciente de la mano le indico que se aleje de mí.

—El error ha sido escucharte a ti, Mujib. Ya me has oído, el plan se suspende y la boda se llevará a cabo normalmente —le miro y añado con severidad—. Más adelante te citaré para discutir el contrato que te une a mi reino.

Mujib intenta protestar.

—Pero habíamos acordado que...

Sin dejarle acabar doy media vuelta y me alejo a toda prisa de allí. Pero antes de salir siento su mano fría sobre mi hombro. Irritado me vuelvo quitándomelo de encima.

—No vuelvas a tocarme —siseo furioso.

—¡Está cometiendo un grave error, señor!

Frunzo el ceño al oír que me llama “señor” y no “su alteza”, el trato habitual.

—¿Qué coño dices?

—¡Es que he trabajado en esto durante meses, no podemos echarnos atrás justo ahora!

Amenazante me acerco a él elevándome sobre su escuálido cuerpo.

—¡He dicho que lo suspendas todo! ¿Acaso estás sordo?

Mujib retrocede amedrentado pero advierto que su expresión ha cambiado tornándose más oscura.

Le cojo por el cuello de su túnica y le obligo a mirarme a los ojos.

—¿De acuerdo?

Su vista es esquiva y farfulla su respuesta.

—Como usted diga, su alteza —dice y acentúa las dos últimas palabras de forma irónica.

Le fulmino con la mirada antes de soltarle. No puedo perder más tiempo con

este sujeto. Salgo de las caballerizas con un mal presentimiento que me persigue durante el resto del día.

Debo cuidar a Nadia, me repito. A partir de este momento ella es mi única prioridad. Daré la orden para que sea vigilada las veinticuatro horas, al menos hasta el día de la boda.

Después de la ceremonia Nadia será mi esposa y ya no volveré a separarme de ella.

Capítulo 11

NADIA

Sonriente pongo mi mano encima del vientre de Luana, la esposa de mi primo Zadir.

—¿Niño o niña?

Ella me mira a su vez con una sonrisa radiante.

—Ninguna de las dos opciones.

Ladeo la cabeza mirándola intrigada. Ella ríe divertida por mi confusión.

—Niños... —finalmente anuncia ella enfatizando el plural, y yo me quedo a cuadros, tanto que Luana tiene que sacudirme por el hombro para que reaccione. Sin poder evitarlo, mis ojos se llenan de lágrimas de alegría y abrazo a Luana con fuerza, plantándole un beso sonoro en la mejilla.

—¡Enhorabuena, preciosa! ¡Tú y mi primo os merecéis todas las bendiciones del mundo!

Zadir sonrío orgulloso y abraza a su mujer por detrás con sus grandes brazos. Es tan posesivo con su esposa que me recuerda a Ibriel. Es justo en ese momento cuando Hami, la pequeña sobrina de Zadir, se acerca a mí para mirarme con curiosidad.

—¿Estás enamorada, verdad?

Abro los ojos como platos.

—¿Perdón?

—Es que tienes la misma mirada de mi tía —miro a Luana alzando una ceja. Madre mía, ¿tanto se me nota que estoy pillada por Ibriel?

—Esta niña debe tener algún poder psíquico —sonrío acariciando su melena color azabache.

Luana también sonrío mirándola.

—Ten cuidado porque Hami es tan perceptiva que puede leerte los pensamientos más íntimos —dice y enseguida levanta sus ojos para dedicarle a Zadir una mirada llena de amor mientras añade—. En eso tiene a quien salir.

Mi primo se encoge de hombros fingiendo inocencia y levanta a la niña para sentarla sobre sus hombros. Al verles juntos es innegable que son dos gotas de agua.

Hace un día precioso y permanecemos en el jardín disfrutando de nuestro encuentro. Son pocas las ocasiones que tenemos para vernos, y poder compartir con ellos mi felicidad es un verdadero regalo.

En un momento Zadir me aparta del grupo para poder hablar conmigo a solas. Tiene el ceño fruncido y su voz trasluce preocupación.

—¿Estás segura que deseas hacer esto? —Por un momento le miro desorientada y él resopla irritado—. ¡Me refiero a Ibriel! Mira que basta con que me digas una palabra para suspender de inmediato esta farsa.

Me cruzo de brazos mosqueada y alzo la barbilla mirándole con los ojos entrecerrados.

—Oye primito, que mi boda no es ninguna farsa —le advierto.

Él me mira como si no se lo pudiera creer.

—¿Tú eres consciente de que estás a punto de casarte con el enemigo de tu padre, verdad?

Aquí vamos otra vez, pienso y levanto los brazos bufando con impaciencia.

—¡Tú no le conoces! No seas injusto con él. Para Ibriel yo no soy simplemente la hija de su enemigo, soy la mujer que ha elegido.

Me quedo mirándole con los brazos en jarra, desafiándole a que se atreva a decir una sola palabra más en contra de mi prometido, y la cara que pone es un poema. Abre la boca pero no dice nada, se le ve tan confundido que me echo a reír empujándole por el hombro cariñosamente.

—No tienes de qué preocuparte, tonto. Estaré segura junto a él. ¿Recuerdas lo que me dijiste aquella vez? Pues tenías toda la razón.

Zadir levanta una ceja interrogante.

—¿Qué te dije?

—Aquello de que encontraría al hombre indicado a quien pudiera amar. ¿Acaso ya te has olvidado?

Zadir suelta una carcajada irónica.

—Joder, ¿y tenía que ser Ibriel?

Me encojo de hombros.

—¡Pues sí, es él aunque a ti no te guste! Creo que por primera vez en mi vida estoy haciendo lo correcto.

—¿Solo lo crees? ¡Vaya!

Niego con la cabeza enfadada porque no me gusta que me tomen el pelo.

—¡Tú no entiendes! Lo siento aquí —me llevo una mano al corazón.

Zadir no parece muy convencido, pero por el momento parece aceptarlo. Sé que para él debe ser una situación difícil. Ha sido todo tan repentino que a veces me pregunto si no será otro de mis caprichos esto que siento por el jeque. Sé que no tengo experiencia con otros hombres, pero lo que siento por él es demasiado fuerte. También es riesgoso, lo sé, y me muero de miedo de

cometer otro error, pero por una vez en la vida debo ser valiente y confiar en lo que siento.

La reunión familiar continúa plácidamente extendiéndose hasta pasado el mediodía. Charlo animadamente con Luana mientras Hami y mi primo juntan flores para hacer un ramo gigante. Cuando la niña corre hacia Luana con el ramo ella se emociona abrazándola y besándola como si fuera su propia hija. Trago el nudo que siento en la garganta y me alegro de ver a una familia tan unida y feliz. ¿Tendré una familia tan bonita junto a Ibriel? Suspiro porque eso es algo que me hace muchísima ilusión.

Cuando los tres se retiran a descansar a sus habitaciones yo me quedo dando vueltas por el palacio con la esperanza de ver a Ibriel. ¡Dios mío, le echo tanto de menos! Me pregunto si él se acordará de mí en medio de sus reuniones y asuntos de gobierno. En el palacio hay una ebullición que pocas veces he visto en mi casa. A decir verdad, en mi reino no sucede gran cosa, y cuando lo hace, todo tiene un tono solemne y cansino. ¡Si allí hasta las bodas parecen funerales!

Aquí, en cambio, se toman los preparativos de la ceremonia muy a pecho. ¡Si hay tanto movimiento y color que hasta parece carnaval! La alegría se puede respirar en el aire. Lleno mis pulmones y sonrío. Vaya, por lo visto será una fiesta por todo lo alto.

Atravieso el salón de baile y a mi paso los diseñadores, arquitectos e interioristas detienen su faena para mirarme con curiosidad. Muchos de ellos me hacen una reverencia al reconocermé. Los pocos que se atreven a saludarme, se dirigen a mí con un respeto excesivo. Su alteza esto, su alteza lo otro... Hago una mueca al oírles porque no me gustan esos tratos tan formales, menos ahora que dejaré de ser una princesa de mi reino para convertirme en la esposa del jeque. Debo pensar como quiero que me llamen a partir de entonces. Desde niña he deseado que la gente me llamara por mi nombre. Es un nombre bonito, pero solo por tener el título de princesa nadie lo usa para referirse a mí. Solo Ibriel lo hace, pienso con una sonrisa de oreja a oreja y el corazón me da un vuelco al pensar en él. ¡Ay, qué ganas de verle! Miro mi reloj. ¿Estará aún en el palacio?

Casi sin proponérmelo llego al ala oeste y subo las escaleras que llevan a la planta donde se encuentran las oficinas reales. Aún no he visto su despacho y temo que en cualquier momento salgan un par de hombres fornidos de algún rincón y me ordenen regresar a mis aposentos. Porque he notado que hay personas que me siguen discretamente allí donde vaya. Ahora mismo no he

visto a nadie detrás de mí, pero me jugaría el pescuezo a que me están vigilando.

Por aquí todas las puertas se parecen. Ninguna tiene letreros o números y la mayoría están cerradas. Sería un milagro que mi Ibriel anduviera por aquí. No desesperes, ya falta poco para la boda, me digo sonriendo para darme ánimos. Al final del pasillo veo una hilera de puertas entreabiertas. Curiosa me detengo y miro a mi alrededor. Al no haber moros en la costa me acerco con cuidado y asomo la cabeza por una de ellas. Nada. Pruebo con otra, y luego con otra más, pero salvo por alguna mesa de trabajo y estanterías llenas de gruesos volúmenes forrados en cuero, todas las oficinas parecen desiertas.

Al empujar la última de las puertas alguien a mis espaldas me llama por mi nombre y pego un bote sobresaltada. Con el corazón en la boca me vuelvo pensando que tendré que pedir disculpas por ser tan entrometida. Una mujer bajita con una amplia sonrisa me saluda haciendo una reverencia. Pero al ver mi expresión de sorpresa pierde la sonrisa y se apresura a disculparse.

—¡Oh, lo siento, su alteza, no ha sido mi intención asustarla! Permítame presentarme, soy la jefa de modistas y al verla por aquí se me ocurrió que igual sería un buen momento para tomarle las medidas del vestido... Pero si está usted ocupada mejor lo dejamos para otro día...

—No, has hecho bien —le aseguro con una sonrisa de alivio—. La verdad es que estaba algo aburrida y solo daba vueltas por el palacio para matar el tiempo.

—¿Entonces le interesaría conocer nuestro trabajo?

—¡Desde luego, me encantaría!

A la mujer se le ilumina el rostro y sin perder un instante me conduce escaleras abajo poniendo rumbo a los talleres de corte y confección. Ella va charlando acerca de los preparativos para la boda y no parece cortarse como los demás trabajadores. Me trata con respeto, pero no con esa reverencia tan impostada, y debo admitir que eso me gusta. Aunque en el fondo de mi mente no puedo dejar de preguntarme qué estaba haciendo ella en la planta de oficinas. ¿Me habría visto en el salón y seguido mis pasos hasta allí arriba? Lo cierto es que me parece algo extraño, pero de momento prefiero no decir nada. De todas maneras en cuanto entro en los talleres y conozco a las demás modistas, mis dudas pronto se evaporan.

Decenas de mujeres trabajan sentadas frente a sus máquinas de coser, confeccionando prendas de todo tipo y color, cortinados, ropa de cama, paños de cocina, vestidos y trajes, todo se hace aquí artesanalmente utilizando una

infinidad de telas exóticas.

Algunas de las modistas me han reconocido de las revistas del corazón y casi se desmayan al verme llegar. Por mi temperamento siempre rehuí las reuniones sociales y preferí refugiarme en mi soledad y en mis caballos. Aún así no he podido evitar que la prensa rosa se inmiscuyera en mi vida después del escándalo con el príncipe Fausto. ¡Quién sabe lo que estas mujeres han leído de mí!

Después de superar la incomodidad inicial, pronto entramos en confianza y me muestran un montón de bocetos que han hecho especialmente para mi vestido de novia y que me dejaron encantada. Mientras paseamos entre las estanterías, la jefa de modistas va sacando de los estantes rollos de tela enseñándome varias clases de texturas y explicando las virtudes y defectos de cada una. Yo lo miro todo fascinada como una niña en una tienda de dulces.

—Todas son preciosas, de verdad no sabría con cuál quedarme.

—No se preocupe por ello, alteza. Tiene una figura estupenda y cualquier cosa que se ponga lucirá —sonríe abiertamente contagiándome su buen humor—. Podría tomarle las medidas ahora mismo, allí están los vestidores, ¿qué le parece? —añade señalando una de las puertas—. No nos tomará más de un minuto.

—Vale —apruebo con una sonrisa y ella me abre la puerta a una sala llena de tocadores iluminados por luces cenitales y me hace subir a una pequeña tarima forrada de terciopelo frente a una pared cubierta por espejos.

Estamos a solas y casi no puedo oírle por el ruido constante de las máquinas en el salón contiguo. Tras mirar por sobre su hombro hacia la puerta, la jefa de modistas repentinamente cambia su expresión y me mira con preocupación.

—Su alteza, debe escucharme porque esto es urgente —dice a toda velocidad, casi atragantándose con las palabras—. Le recomiendo que salga de aquí lo más pronto posible. ¡Se lo digo por su bien, ni se le ocurra quedarse dentro de este palacio!

Un frío recorre mi espina y la miro alarmada. Ella levanta las palmas de sus manos pidiéndome calma.

—¡Por favor no se asuste! Estoy arriesgando mi puesto al decirle todo esto, créame que tengo más miedo que usted. El jeque... planea secuestrarla. Le ha tendido una trampa. Su único propósito es iniciar una guerra contra su padre, el rey Darío.

La interrumpo con un gesto negando con la cabeza.

—¡Eso es una locura! Ibriel sería incapaz de hacer algo así.

Pero ella me coge de las manos y con voz temblorosa me urge.

—¡No hay tiempo, señorita! Debe darse prisa si quiere evitar una tragedia. Me han encargado que le comunique esto y he cumplido con mi parte. Me quedo en paz con mi alma, pero no me gustaría que le suceda nada malo a una persona tan joven como usted.

La mujer parece sincera, pero podría estar loca de atar. No puedo dar crédito a sus palabras.

—No se preocupe por mí. En serio, estaré bien —digo forzando una sonrisa incómoda.

Rápidamente regresamos al salón junto a las otras modistas y me excuso despidiéndome de ellas abruptamente. Al llegar a mi habitación cierro la puerta tras de mí y asustada pego mi espalda contra la pared, temblando agitada y tratando de tomar aire por la boca. Algo mareada me deslizo dejándome caer en el suelo lentamente.

¡Esto no tiene pies ni cabeza! ¡Lo que ha dicho esa mujer no puede ser verdad! Debo hablar con Ibriel, confío en que él me lo aclarará todo. ¿Por qué habría de mentirme?

Me quedo pensativa y tras unos segundos entrecierro los ojos con suspicacia. ¿Y por qué no? ¿Acaso no tiene sobrados motivos para querer hacerle daño a mi padre? Si decidiera atacarle empezaría por donde más pudiera herirle. Su familia, sus hijas...

¡Dios mío! ¿Qué hacer? No puedo acudir a él. Si fuera cierto que me ha mentido hasta el momento, ¿por qué habría de decirme la verdad ahora? Lo negará todo hasta que consiga lo que quiere.

La pregunta es, ¿qué es lo que realmente quiere? Sinceramente no lo sé.

Un escalofrío recorre mi espina.

¡Mi primo, eso es! Zadir es el único que puede ayudarme en este momento. Tengo que avisarle a él. Es el único que puede ayudarme en una situación así. Intento volver a levantarme sobre mis pies pero me tambaleo sosteniéndome de la pared. Tomo aire y consigo reponerme. Maldita sea, me siento como una pieza de un retorcido tablero de ajedrez. Estoy temblando y sorbo por la nariz limpiándome la cara con una mano porque las lágrimas han empezado a correr por mis mejillas.

Debo aclarar esto cuanto antes o...

...o coger mis cosas y marcharme de aquí... antes de que vuelvan a romperme el corazón.

Capítulo 12

IBRIEL

Maldigo mientras intento bloquearle el paso a la furgoneta que ha venido a llevarse a mi Nadia. El chófer hace sonar el claxon dos veces para que me salga del camino, pero permanezco quieto en medio de la avenida de entrada con los brazos en jarra.

Cuando intenta dar un rodeo doy un paso al frente advirtiéndole.

—Tú te quedas donde estás.

El chófer saca la cabeza por la ventanilla para tratar de explicarse.

—Pero es que tengo órdenes...

—¡Aquí el único que da las órdenes soy yo!

El chófer se queda tieso con las manos sobre el volante sin saber qué hacer.

—¡Ibriel, no lo pongas más difícil!

La voz a mis espaldas pertenece a Zadir. Me vuelvo para verle junto con su esposa y su sobrina. Los sirvientes van detrás arrastrando las maletas. Y tras ellos, casi escondiéndose de mi mirada, la veo a ella que pasa junto a mí sin atreverse a levantar sus ojos.

Su rechazo es como un guantazo en pleno rostro y me hiere tanto que doy un puñetazo sobre el capó del vehículo haciendo pegar un bote al chófer.

Zadir se adelanta hacia mí señalándome con un dedo para advertirme que no me pase. Durante unos momentos ambos tensamos los músculos mirándonos cara a cara, atentos al mínimo movimiento del otro. Los ánimos se han caldeado tanto que Luana se ve obligada a interceder antes de que las cosas pasen a mayores, arrastrando a su esposo del brazo hacia el interior de la furgoneta.

Me paso una mano por la cara, tratando de entender cómo he podido dejar que las cosas se fueran al garete. ¿Por qué demonios no detuve a Mujib en cuanto sospeché que algo se traía entre manos? El muy bastardo debió continuar con el plan de todas maneras porque los secuestradores estaban ocultos dentro del palacio, esperando su momento para atacar. Zadir los ha descubierto trabajando en el ático con todas sus herramientas. Sogas, ganchos, mordazas y una escalera escamoteable enganchada a la pared de una de las terrazas. De inmediato envié a mis hombres a interrogar a los secuestradores sabiendo que mi destino acababa de sellarse. Los tres malnacidos han dicho lo mismo. Que yo les había contratado para secuestrar a mi prometida.

Lo peor es que en ningún momento han nombrado a Mujib. ¡El maldito les ha adiestrado muy bien! Si su intención era fregarme, pues lo ha conseguido de sobra.

Y por supuesto, eso ha sido suficiente para que Zadir decidiera llevarse a su familia de aquí cuanto antes, mi Nadia incluida.

—Las chicas tienen miedo, Ibriel. No empeores las cosas —dice Zadir.

Miro a Nadia consternado pero ella rehuye mis ojos. ¿Mi princesa me teme? Me siento el peor de los hijos de puta. Retrocediendo permito que suban al vehículo.

¿Cómo he podido llegar a esto? Cierro los párpados sintiendo que las lágrimas me escuecen los ojos al tiempo que oigo los cuatro portazos de la furgoneta. Al abrir los ojos de nuevo me desespero porque no puedo dejar que se marche así. Con el corazón a mil por hora rodeo la furgoneta buscando a Nadia. A través de una de las ventanillas veo su melena rubia, está sentada con la espalda vuelta hacia mí y pongo mis manos abiertas contra el vidrio para llamar su atención. Tan cerca, y a la vez tan lejos. Necesito tocarla, necesito saber que no me odia, necesito confesarle lo que siento por ella.

—¡Nadia! —la llamo desesperado golpeando el cristal de la ventanilla. — ¡Maldita sea, tienes que escucharme!

Lentamente se vuelve hacia mí y me doy cuenta que su cara está arrasada en lágrimas.

—Tú y yo no tenemos nada más que hablar. ¡Nunca debí confiar en ti! Por favor aléjate de mí.

Y tras decir esto se aparta de la ventanilla dándome la espalda y yo me quedo allí, sin saber cómo reaccionar ante aquellas palabras, con mi orgullo herido y el corazón roto, mientras con impotencia oigo el motor de la furgoneta ponerse en marcha.

El chófer me suplica para que les deje ir. Destrozado, bajo mis brazos lentamente y doy la orden para que mis hombres despejen la salida. Ella ha sido lo bastante clara, no hay más que hablar.

Me quedo allí de pie, aturdido, observando el coche salir de la villa y luego desaparecer tras las inmensas puertas. Cuando éstas terminan de cerrarse, tengo la sensación de haber quedado enjaulado en mi propiedad.

Me dejo caer lentamente y cojo un puñado de tierra del suelo que aprieto en mi mano, incapaz de moverme o pensar. Solo deseo desaparecer, que me trague la tierra, porque sin mi princesa no soy nada.

Mis hombres me rodean preguntándome si me encuentro bien, y yo les

ahuyento con un gesto de la mano. Deseo estar solo, ¿acaso no comprenden que he arruinado mi vida? Sin ella me siento vacío. Sin mi princesa mi vida no tiene sentido.

¿Pero a quién quiero engañar? Nadia nunca ha sido mía y nunca lo será, porque me he comportado como un cobarde que se ha callado cuando tenía que hablar. Debí sincerarme, confiar en ella de la misma forma en que ella confió en mí. Admitir que me movía la ira y la venganza, y no el amor. Al menos fue así al comienzo, hasta que me di cuenta de lo que sentía verdaderamente por ella. ¡Qué irónico! Creí tenerla a mi merced, pero era yo quien había caído rendido a sus pies. Y con ello lo único que he logrado ha sido alejarla. Pero ahora es demasiado tarde para lamentos.

Permanezco sentado perdido en mis pensamientos hasta que algunos ministros llegan a pedir instrucciones. Me preguntan qué deben hacer con Mujib y los secuestradores. Me endezco con los ojos encendidos por la furia al oír mencionar a esos bastardos. ¿Qué hacer con ellos? ¡Pues ahora mismo les cogería a los cuatro juntos y les daría la paliza de sus vidas!

De repente un alboroto estalla a las puertas de la villa y con una mano me cubro del sol tratando de divisar qué cojones ocurre por allí. Mis hombres desenfundan sus armas pero yo les tranquilizo con un gesto. Al ver que el revuelo es en la caseta de la guardia me pongo en pie. Uno de los guardias deja su puesto y viene hacia nosotros corriendo a toda prisa. Jadeando me da el parte.

—Alteza, es el jeque de Nueva Abisinia... Ha regresado y está furioso... Insiste en hablar con usted. Ha tratado de evadir los controles pero le hemos detenido provisoriamente hasta recibir nuevas órdenes de vuestra majestad.

Frunzo el ceño y aparto al guardia para dirigirme hacia la caseta. Efectivamente allí está Zadir discutiendo con los demás guardias que le sujetan entre cinco para que no traspase las puertas. Al verme llegar me señala con fiereza.

—¡O les dices que me suelten o aquí se lía parda!

Miro con fijeza a Zadir.

—¡Venga, dejarle en paz! —ordeno a mis hombres finalmente.

En cuanto le sueltan Zadir sale disparado como una flecha directamente hacia mí. Me pongo en guardia listo para intercambiar golpes con el aliado de mi enemigo. Pero al ver mi actitud él me mira sorprendido y levanta las manos en son de paz.

—Oye, que no he venido a hacerte la guerra.

Levanto una ceja intrigado y lentamente bajo mis puños. Él menea la cabeza y palmea mi espalda como si de repente nos hubiéramos convertido en viejos amigos.

—Déjame decirte que la has cagado, Ibriel. Esta vez has metido la pata hasta el fondo. Si fueras cualquier otro tío te habría dado una lección por hacer sufrir a mi prima, pero he visto algo en ti.

Le miro con suspicacia.

—¿Qué has visto?

—Que no eres mal tipo. Solo un chaval con demasiado poder y algo confundido. A decir verdad, me recuerdas bastante a mí hace unos años. Sé que no has tenido mala leche al actuar de la forma en que lo hiciste y estoy dispuesto a ayudarte si dejas de hacer el capullo.

Le vigilo con atención. Al parecer no está bromeando ni se está burlando de mí. Puedo ver que me habla con sinceridad y acabo por relajarme y asentir con la cabeza.

—Vale, necesitamos hablar.

Al tomar asiento en mi despacho, él carraspea tratando de romper el silencio incómodo. Le observo expectante. Hace el gesto de empezar a hablar, pero se interrumpe y me mira, finalmente niega con la cabeza y resopla.

—Sabes que lo último que deseo es negociar contigo. Pero las circunstancias me obligan a hacerlo. Hay que encontrarle una solución a esto, pues está en juego la felicidad de mi prima.

Le miro con curiosidad. Su frente se ha arrugado en un gesto de esfuerzo. Aparentemente hablar acerca de esto no resulta fácil para ninguno de los dos.

—No tienes por qué hacerlo. Probablemente ella será más feliz sin mí.

Él chasquea la lengua con impaciencia.

—No digas tonterías. Las has cagado y juro que te mataré si lo vuelves a hacer una segunda vez... pero sería una idiotez de mi parte negar que entre vosotros hay algo más. Claramente mi prima está sufriendo por amor.

Al oír aquello me adelanto apoyando mis brazos sobre el escritorio.

—¿Qué sabes de ella?

Él levanta la vista y me examina con severidad.

—¿Tú la amas realmente?

Me quedo en silencio mirándole, debatiendo con mis demonios internos, pues hasta ahora no me he atrevido siquiera a admitir a mí mismo mis emociones más profundas. ¿Y ahora mi enemigo espera que admita una cosa tan íntima en voz alta?

Zadir se exaspera al notar mi reticencia.

—Oye, comprendo muy bien cómo te sientes porque compartimos temperamento. Lamentablemente en algunos aspectos soy muy parecido a ti. Pero si no quieres colaborar, creo que no tengo más que hacer aquí.

Zadir se pone en pie y se vuelve hacia la puerta dispuesto a retirarse.

Nervioso me paso una mano por el pelo y espero hasta el último segundo antes de detenerle.

—Vale, tú ganas —al oírme Zadir se vuelve para mirarme por encima de su hombro. Con un gesto le pido que regrese a su asiento—. Seré franco contigo.

Él se cruza de brazos a la espera de que empiece a hablar. Miro por la ventana hacia el desierto que se extiende más allá de mi propiedad, como buscando las fuerzas que me faltan en ese paisaje tan querido, y solo entonces aclaro mi garganta.

—Nadia está hecha para mí —digo con una resolución que no admite discusión—. Desde el momento en que la vi he sentido en mis entrañas que ella es mi destino. He tardado en darme cuenta de ello pues el odio me cegaba. Pero el odio ya no existe en mi vida y ahora puedo ver claramente. Aunque no la merezca, aunque seamos tan distintos y choquemos con frecuencia, de alguna extraña manera Nadia y yo somos perfectos el uno para el otro.

Zadir arruga el ceño mostrándose impaciente.

—Aún no me has dicho si la amas.

Inspiro el aire por la nariz.

—La amo con todo mi corazón. Y deseo protegerla y cuidar de ella por el resto de mis días.

Zadir parece aflojarse de repente, recostando su peso en el respaldo de la silla y cruzándose de piernas. Cuando inesperadamente suelta una carcajada me enderezo mirándole y sintiendo que la furia congestiona mi cara.

—¿Acaso te burlas de mí?

Rápidamente levanta sus manos para tranquilizarme.

—No es eso. Es que me veo tan reflejado en ti que me hace gracia. Hasta hoy no me había topado con nadie que pudiera superarme en cabrón. Enhorabuena, tú lo has conseguido.

Por unos instantes le miro serio como la muerte, aunque enseguida me sonrío sin poder evitarlo.

—¿A que tengo razón? —ríe él.

—Quizás haya algo de eso —acepto.

Zadir asiente volviendo a adoptar su aire severo.

—Corrígeme si me equivoco. Pensabas secuestrarla y hacer que el viejo se viera obligado a declarar la guerra contra tu reino. Esto haría que su poder se debilitara dándoles una oportunidad única a sus rivales políticos para que pudieran dar un golpe y derrocarlo definitivamente, dejándole en la ruina y el exilio. ¿Me acerco a la verdad?

Aprieto los labios porque prácticamente lo ha adivinado todo. Será cabrón. Está claro que mis planes no eran tan secretos como yo pensaba. Pero ahora todo eso es una cosa del pasado. Si quiero redimirme, no puedo seguir manteniendo secretos.

—Lo has bordado —admito—. Es verdad, quería humillar al rey Darío para vengar a mi padre. Era mi propósito en la vida, el plan que le daba sentido a mis días vacíos —digo con una sonrisa triste, avergonzado por tantos años de rencor, tanto tiempo perdido en ideas que ahora me parecen absurdas.

Zadir se sonríe de lado y asiente pensativo reconociendo el esfuerzo que estoy haciendo al desvelar una parte tan oscura de mi ser.

—Pero conocer a una mujer como Nadia... —continúo sintiendo un nudo en la garganta al nombrar a mi princesa—. Eso sí que no entraba en mis planes. En pocos días y sin darme cuenta de lo que sucedía, mi complot tan cuidadosamente construido empezó a desmoronarse. Sin darme cuenta ella había comenzado a llenar ese vacío tan profundo que sentía en mi alma.

Zadir sonríe de lado pensativo.

—Créeme, sé exactamente a qué te refieres.

Desvió la vista al suelo y suspiro.

—Hoy sé que la venganza jamás podrá llenarme. Lo único que me llenará es tener a mi princesa de vuelta conmigo —levanto la cabeza mirando a Zadir con ojos vidriosos—. Aunque no lo creas mi intención en todo momento ha sido protegerla, pero he fracasado y la culpa me carcome.

—Creo en lo que me dices, Ibriel, porque lo he visto con mis propios ojos.

Interesado ladeo mi cabeza.

—Por favor explícate.

—He pillado a tu consejero con las manos en la masa —dice Zadir y hace una pausa para medir mi reacción a sus palabras. Atónito le miro apremiándolo para que continúe—. Así es, le he oído hablar con una modista acerca de mi prima. Baste decir que lo que escuché ha sido suficiente para que el estómago se me revolviere y he debido refrenar el impulso de

liquidarle con mis propias manos.

Le miro sacudiendo la cabeza incrédulo y chasqueando la lengua le pregunto.

—¿Por qué coño no me lo dijiste en ese momento? Habría podido detenerle antes de que Nadia se enterase.

Zadir sonrío enigmático y en sus ojos aparece un brillo de malicia.

—Porque quería ponerte a prueba, pedazo de cabrón. También a mí me hubiera gustado ahorrarle el disgusto, pero siento que no podía ahorrártelo a ti. Era hora de que alguien te hiciera escarmentar.

Nervioso empiezo a caminar de un lado a otro del despacho. No puedo culpar a Zadir porque en verdad me merecía el escarmiento. ¡Vaya si lo necesitaba! Pero Nadia no se merece estar sufriendo de esta manera.

—Tengo que verla —digo deteniéndome de golpe frente a la ventana—. Confesarle de una vez todo lo que siento por ella. Pedirle perdón... Y luego traerla de regreso a mi palacio a tiempo para la boda.

Zadir consulta su reloj.

—Pues tendremos que darnos prisa. ¿En cuánto tiempo puedes arreglar un vuelo en helicóptero?

Sin perder un instante cojo el radio para hablar con el mecánico. Zadir me mira expectante mientras doy las órdenes. Al colgar un nuevo brío anima mi alma.

—¡Salimos en diez minutos!

Capítulo 13

NADIA

¿Por qué las cosas tienen que acabar tan mal para mí? ¿Será todo siempre así? Suspiro apoyando la cabeza contra el respaldo de mi asiento. Pues si será así siempre, entonces no tiene sentido buscar la felicidad. Si de cada intento de matrimonio saldré hecha trizas prefiero meterme a monja y olvidarme para siempre del condenado asunto.

A mi lado Luana se vuelve para observarme. Se la ve preocupada pero me coge de la mano sonriéndome para animarme. Sonrío débilmente y sorbo por la nariz. No quiero seguir llorando, a estas alturas debo de tener la nariz como un tomate y los ojos hinchados. Luana aprieta mi mano.

—Intenta dormir, preciosa. ¿Vale?

Miro a Hami que se ha quedado dormida en el asiento trasero.

—Lo intentaré —digo con un tono de voz apagado.

Echo un vistazo a la ancha carretera que cruza el desierto y pienso que este será un viaje demasiado largo.

¿Qué pensará mi padre? Conociéndole, sé que primero se echará la culpa de todo y luego hará lo posible por limpiar su buen nombre. Mis hermanas jamás le dieron esta clase de disgustos. En cambio yo he fracasado ya dos veces, y dos fracasos seguidos es casi una condena. Nadie querrá acercarse a mí, ¡eso seguro!

Al menos durante un tiempo no intentarán casarme con nadie más. ¿Qué será de mi vida entonces? Condenada a estar sola de por vida, tiemblo solo de pensarlo.

El chófer pone la radio para intentar cortar con el ambiente de zozobra que hay dentro del vehículo, pero Luana rápidamente le hace un gesto para que apague la música y nos volvemos a hundir en un pesado silencio. Suspiro. Lo dicho, un viaje demasiado largo...

Pero la monotonía se interrumpe de repente porque a poco de andar Luana jadea sorprendida y se lleva una mano a la boca. Al ver su reacción, alarmada enderezo la espalda.

—¿Qué ocurre?

—¡Dios mío, mira! ¡Allí arriba!

Me inclino hacia delante y levanto la vista hacia donde ella señala con un dedo. Abro los ojos como platos al ver un helicóptero blanco flotando delante de nosotras.

Luana se pone de rodillas sobre su asiento y volviéndose hacia mí con entusiasmo exclama.

—¡Son ellos, estoy segura que son ellos!

Hami despierta y viene a sentarse entre nosotras desperezándose.

—¿Es mi tío?

Mi voz se convierte en un hilillo atragantado.

—Oh, Dios mío. No puede ser...

Al reconocer el emblema del reino de Naan mi corazón da un vuelco.

El chófer se ve obligado a disminuir la marcha. Con una expresión de pánico echa un vistazo sobre su hombro hacia nosotras.

—¡Aparca en el arcén! —le ordena Luana y de inmediato salimos de la autopista. Casi al mismo tiempo el helicóptero toca tierra a pocos metros de nosotros. Cuando la nube de polvo se dispersa veo el rostro del piloto del helicóptero y siento un nudo en la garganta. ¡Es él! ¡Tengo que huir de aquí!

—Qué narices... —dice Luana asombrada y sale del coche. Riendo Hami salta de su asiento para seguirla fuera. Antes de cerrar la puerta Luana me mira levantando una ceja.

—¿Tú no vienes?

Mortificada niego con la cabeza mirándome las uñas. ¡Madre mía, estoy temblando sin control!

Tomo aire y me fuerzo a mirar a mi amiga a los ojos.

—Lo siento, pero no estoy preparada para volver a verle...

Ella pierde su sonrisa pero asiente comprensiva.

—Oye, Nadia, no tienes nada que temer. Recuerda que no estás sola, estamos contigo.

Tras apretar mi mano asegurándome que todo saldrá bien, Luana y la niña echan a andar en dirección al helicóptero. Cuando ven a Zadir bajarse de un salto, corren a su encuentro y los tres se abrazan como si no se hubieran visto en meses.

Me remuevo incómoda en mi asiento porque de golpe los tres se vuelven a mirar hacia la furgoneta y sé que están hablando de mí. Mi corazón se acelera solo de pensar en volver a hablar con Ibriel, ¡es que no sé cómo reaccionaré! Una vez más siento la quemazón de las lágrimas en mis ojos y no sé durante cuánto tiempo podré retener el llanto. Me abrazo a mí misma tiritando, como si dentro del coche hubiera comenzado a helar. Me siento sola y desvalida. No puedo pensar con claridad y eso me desespera. Me vuelvo hacia el chófer de repente.

—¡Quiero que estés listo para salir pitando! Si te doy la señal tú arranca, ¿de acuerdo?

Despavorido el chófer gira su cabeza hacia mí.

—Pero, alteza, no puedo hacer eso...

—¡Sí que puedes, lo haces y ya! Recuerda que ahora yo estoy al mando.

Intimidado por mis palabras, el pobrecillo asiente con la cabeza y vuelve a mirar hacia el frente santiguándose.

Sin poder evitarlo mis ojos vuelven a fijarse en Ibriel. No puedo saber si me está mirando porque lleva unas gafas oscuras de aviador. Nerviosa me retuerzo las manos cuando le veo quitarse el micrófono del radio y abrir la portezuela para salir del helicóptero.

¡Ay no, ya sale! Muerta de nervios miro al chófer sin atreverme a dar la orden. Luego miro hacia la carretera. Los coches que pasan cerca se detienen para mirar la escena tan curiosa. Se han juntado tantos que temo provoquemos un accidente. Zadir y Luana vienen hacia aquí y doy un respingo en mi asiento sin saber qué hacer. ¡Debes ser fuerte!, me repito una y otra vez con el corazón a mil por hora. El chófer se vuelve para mirarme con ojos de carnero degollado, seguramente temiendo que de un momento a otro le dé la orden para partir.

—¡Aún no! —siseo con los nervios de punta.

En ese mismo instante Zadir asoma su cabeza por la ventanilla y me mira seriamente.

—Quiere hablar contigo.

Jadeo y retrocedo en mi asiento temblando.

—¡Dile que no quiero verle!

—Por favor, prima. Estas cosas deben enfrentarse. Te aseguro que merece la pena.

Niego con la cabeza sorbiendo por la nariz. El gesto de Zadir se suaviza al ver que estoy al borde de un ataque de nervios.

—Oye, sabes que no te dejaremos sola, pero tienes que escucharle. Luego puedes mandarle a tomar por culo si eso decides. Nosotros estaremos aquí sin importar lo que suceda.

Alterno mi mirada entre mi primo y Luana que pacientes aguardan mi decisión. Confío en ellos, pero ya no puedo confiar en Ibriel. ¡Y lo peor de todo es que ni siquiera confío en mí misma!

—Si no lo haces, te arrepentirás durante el resto de tu vida. Te quedarás con la espinita de lo que podría haber sido.

Luana asiente sonriente a las palabras de su esposo.

—Escucha a tu primo, que aunque sea algo gruñón sabe lo que dice y quiere lo mejor para ti.

Me guiña un ojo y yo estoy a punto de soltar las lágrimas porque sé que ambos tienen razón.

Hami se agarra de la ventanilla de la furgoneta con sus manitas y salta para asomarse y mirarme con sus tiernos ojos negros.

—Por favor, tía, hazlo por mí.

Acaricio su cabecita despeinando su cabello y suelto todo el aire de repente.

—Vale, lo haré —digo por fin—. ¡Pero nos os alejéis de mí!

Luana pasa su brazo a través de la ventanilla haciendo sonar sus pulseras y me coge la mano, reasegurándome, hasta que logro calmarme lo suficiente para salir del coche.

Luana se vuelve a su esposo.

—Está lista.

Zadir asiente y echa a andar hacia el helicóptero.

Me vuelvo hacia la furgoneta una última vez y puedo ver que detrás del vidrio el chófer forma con sus labios una palabra.

Suerte.

La necesitaré, pienso.

Zadir permanece unos momentos hablando con Ibriel, luego se gira y nos hace una señal con la mano.

—Venga, preciosa —me dice Luana y caminamos juntas en dirección al helicóptero.

Según me voy acercando mis pasos se vuelven cada vez más erráticos. Mi mente está en blanco y no sé qué demonios le diré. Apenas me atrevo a mirarle, se ve tan grande y majestuoso, y yo me siento tan pequeña a su lado... Mis rodillas tiemblan cada vez más hasta que al fin me detengo, incapaz de continuar avanzando. Entonces Luana se inclina sobre mí y me da un beso en la mejilla.

—¡Ánimo, niña!

Luego retrocede dejándome sola y yo tomo aire sin atreverme a mirar hacia delante donde Ibriel espera por mí. Paralizada en mi sitio, solo puedo temblar y mirar el suelo delante de mis pies. En cuanto veo aparecer su sombra sobre la tierra aprieto los labios. La veo hacerse cada vez más grande a medida que avanza y cuando su sombra me ha cubierto por entero no me queda más remedio que levantar la cabeza.

Al principio estoy segura que me desmayaré, pero como me sucede cada vez que le tengo tan cerca, no puedo evitar sentir su colonia y recordar el sabor de sus besos en mi boca. Es un sabor tan intenso que borra los otros recuerdos dolorosos... incluso el de su traición.

¿Qué estoy haciendo?, me reprocho recordando que no debo dejarme engañar por mis emociones. Mi corazón aún le quiere, pero lo que quiero es muy diferente de lo que debo hacer. Recuerda que a él no le ha temblado el pulso al momento de engañarte y utilizarte. ¡No puedo mostrar debilidad frente a un tío así!

Me fuerzo a mirarle a los ojos sin desviar la vista y me cruzo de brazos tratando de aparentar indiferencia.

Por un momento ninguno de los dos abre la boca. Sus ojos dorados ejercen una atracción irresistible sobre mí, es como si me jalaran hacia él, y levanto la barbilla haciendo un esfuerzo mayor por no dejarme intimidar. Pero con un movimiento repentino él me coge por sorpresa, y antes de que pueda rechazarle, mi mano izquierda está entre las suyas mientras él la observa como si sostuviera una rosa delicada entre sus dedos. Su toque es tan íntimo que al instante siento que a nuestro alrededor se forma una burbuja, y a partir de ese momento no existe nadie en el mundo más que nosotros dos.

Trago saliva pero mi garganta está tan reseca que me duele tragar. Él me mira y una arruga se profundiza en su ceño.

—Nena, he metido la pata hasta el fondo —su voz grave resuena en mi interior haciendo que todo mi ser se estremezca—. Y jamás me lo perdonaré si no logro que tú me perdones... —Hace una pausa y puedo ver el dolor en sus ojos, como si algo dentro suyo cediera. —Eres la persona más importante en mi vida y te necesito más que al aire.

Atragantada por las lágrimas niego con la cabeza soltándome de su mano. No esperaba que sus palabras me afectaran tanto, son dardos que han dado en la diana y siento que debo protegerme de él porque lo que aún siento por este hombre es demasiado fuerte.

—Me has usado y engañado —le reprocho con amargura—. ¡Tú no me quieres como esposa! ¡Solo quieres acabar con mi familia por motivos egoístas! ¡No eres más que un bastardo rencoroso!

Me sorprendo de mis palabras porque han salido con tanta bilis que es como si estuviera sacando todo el veneno de mi sistema. En verdad no siento las palabras que le he dicho, pero me ayudan a desahogarme, a aliviar mi enorme sufrimiento.

Sé que mis palabras le han afectado y mucho, porque veo como su rostro se contrae de dolor, apretando la mandíbula con fuerza para contener las lágrimas. Es la primera vez que le veo sufrir de esta manera y el corazón se me encoge.

Él toma aire antes de hablar.

—Tienes razón en pensar eso de mí —confiesa mirándome a los ojos y me enderezo escuchándole con atención—. Hasta que te conocí yo era tal como me describes, pero tú me has transformado. Tu padre tenía razón en que soy un bruto, un líder arrogante y no tengo maneras para tratar diplomáticamente con la gente... Pero se ha equivocado en el resto, porque no soy un desalmado como dicen, ni está en mi naturaleza causar daño a las personas que quiero. Mi corazón es noble y ahora te pertenece por completo a ti.

—Ibriel, yo...

—Nadia, necesito que estés en mi vida.

Abro la boca sin saber qué responder, pero él cierra mis labios con un dedo. No hacen falta más palabras porque él es capaz de transmitírmelo todo con su mirada. De inmediato siento que seguimos conectados, que lo que teníamos entre nosotros no se ha roto, y lágrimas calientes empiezan a correr sin control por mis mejillas.

Él me aferra rodeando mi cintura con sus fuertes brazos y me atrae hacia su cuerpo sobre el que me recuesto.

Eres débil, me digo aspirando nuevamente su colonia tan masculina, estás cediendo a una ilusión. Te ha convencido con unas cuantas palabras bien escogidas. ¿Es el mismo hombre que iba a secuestrarte! ¿Quieres estar junto a alguien tan retorcido? ¿Acaso has perdido la cabeza?

Armándome de valor me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y le miro fijamente.

—Quiero saber toda la verdad, aunque me duela.

Ibriel mira al cielo durante unos instantes mordiéndose el interior de la mejilla como si estuviera debatiéndose. Finalmente asiente con la cabeza.

—Mi error ha sido no decírtelo a tiempo. Es cierto, había planeado tu secuestro antes de la boda, pero jamás pensé en hacerte daño. Había dispuesto que te llevaran al desierto, a un sitio seguro y confortable de mi propiedad hasta que tu padre me declarara la guerra y sus propios enemigos internos acabaran con él.

Me llevo la mano al pecho horrorizada. Ibriel baja su mirada.

—Es horrible, lo sé, y estoy avergonzado de ello, pero gracias a ti ahora

puedo ver que estaba enfermo de odio. Nadia, tú me has quitado la venda de los ojos. Mi vida estaba tan vacía, nena. No lo supe hasta que llegaste a mí y te volviste el centro de mi existencia.

Levanto la cabeza y le miro temblando entre sus brazos.

—Por favor no sigas...

Pero él me aprieta contra sí de forma posesiva y aprieta su boca en mi oreja. Su voz sale a borbotones, imparable como un volcán de sentimientos.

—Ya no quiero tomar venganza, solo te quiero a ti. Quiero que me pertenezcas únicamente a mí para siempre. Hacerte mía en cuerpo y alma. Quiero ser el único hombre en tu vida y lucharé hasta la muerte para conseguirlo. Es la primera vez en mi vida que me siento completo. ¿Puedes comprenderlo, nena? Solo me siento completo junto a ti. Jamás me había sucedido algo así.

Hundo mi cara en su pecho y lloro desconsoladamente. ¡Claro que lo comprendo! A mí me sucede lo mismo, junto a él me siento completa. Pero nunca imaginé que él sintiera tanto por mí...

Suspiro porque desearía poder decirle que él es el único hombre con quien deseo pasar el resto de mi vida. Pero callo, pues le he entregado mi confianza y él la ha pisoteado. Tengo miedo de que vuelvan a hacerme daño, tengo miedo de ser humillada nuevamente. ¡Si tan solo pudiera volver a confiar! ¡Si tan solo pudiera creerle esta vez...!

—Lo siento —digo finalmente—. Pero no puedo arriesgarme a que vuelvas a herirme.

Ibriel aprieta los labios y aparta la vista. Sus ojos están vidriosos y hay tanto sufrimiento en ellos que se me encoge el alma. Estamos causándonos tanto dolor... Esto no puede continuar así. Bruscamente me suelto de su mano y me aparto de él. Vuelvo a sentir el impulso irresistible de echar a correr lo más lejos posible de aquí.

Él da un paso hacia mí y yo retrocedo otro sin atreverme a mirarle.

—No puedo obligarte a confiar en mí, nena. Solo puedo darte mi palabra de que jamás volveré a herirte. Es todo lo que tengo.

Agacho la cabeza y le miro durante lo que me parece una eternidad, mientras mi interior se desgarraba en jirones. ¡Dios mío, tanto dolor es inhumano!

En ese momento oigo la voz de Zadir a mis espaldas.

—Yo puedo dar fe de que Ibriel dice la verdad.

Giro mi cabeza sorprendida para ver que él se ha acercado hasta donde Ibriel y yo nos encontramos. Pronto se acercan también Luana y Hami, y mi primo

las abraza sin dejar de mirarme.

Ladeo la cabeza confundida.

—¿Cómo has dicho?

Una luz de esperanza empieza a latir en mi pecho, pero no me atrevo a ilusionarme. ¿De verdad existe una posibilidad de que las palabras de Ibriel sean ciertas?

Con un gesto animo a mi primo a hablar. Él mira a Ibriel por un momento y luego vuelve a centrar su atención en mí.

—Este hombre te quiere, prima. Y todo lo que ha dicho es verdad—mi cara debe reflejar mi estado de ansiedad porque él se apresura a añadir—. ¿Sabes cómo lo sé? Sorprendí a su consejero en el momento exacto en que instruía a la jefa de modistas para que te advirtiera sobre el secuestro. Le oí decirle que necesitaba que tú supieras que el jeque te había engañado y te traicionaría antes de la boda. Ibriel no tiene nada que ver en todo ello. Mucho antes él había dado la orden de suspender el plan porque deseaba casarse contigo — en ese momento se vuelve para señalar a Ibriel —. Prima, sabes muy bien que este hombre no es santo de mi devoción... pero debo reconocer que me he equivocado con él.

Miro a Ibriel que levanta su rostro para mirarme con sus ojos dorados y veo arrepentimiento sincero en ellos.

Zadir me coge del brazo para llamar mi atención.

—Te prometí que había un hombre especial para ti, que cuando te viera se daría cuenta de lo que vales, y que te amaría de verdad. Solo debías tener paciencia y no perder nunca la fe. Pues le has encontrado.

Tímidamente miro a Ibriel y todo mi ser me dice que este es el hombre de mi vida. ¡En verdad creo que le he encontrado! Tomo aire reprimiendo las ganas de correr a abrazarle. Esbozando una sonrisa cómplice vuelvo la vista hacia mi primo y hacia Hami.

—Está claro que vosotros dos sois unos brujos.

Hami levanta la cabeza para mirar a su tío y le sonrío mientras él pasa un brazo por sus hombros abrazándola. Luego se vuelve hacia su esposa y los dos se miran con complicidad antes de volverse hacia mí.

—Pues si no corres a darle un beso a ese pobre hombre —dice Luana señalando a Ibriel—nos veremos obligados a empujarte hacia él.

De inmediato me vuelvo hacia mi jeque, que nervioso cambia el peso de su cuerpo de un pie al otro esperando mi decisión.

Tú no eres ninguna cobarde, me digo. Y este hombre será tu esposo. ¿A que

esperas entonces?

Obedeciendo por fin a mis impulsos echo a correr hacia él colgándome de su cuello y llenándole la cara de besos mientras él me aferra contra sí.

—¡Yo también me siento vacía sin ti! —le miro a los ojos sonriendo emocionada—. ¡Te perdono y quiero estar a tu lado para siempre!

Nos miramos durante unos instantes antes de mover nuestras cabezas al unísono para besarnos como posesos. Nuestras bocas hambrientas se devoran sin vergüenza haciendo que el beso se vuelva demasiado profundo y apasionado, tanto que la gente desde sus coches aparcados empieza a silbar y aplaudir animándonos. Al romper el beso y darme la vuelta veo que Luana está tapándole los ojos a Hami y me guiña un ojo sonriendo radiante. Me echo a reír y vuelvo a mirar a Ibriel que aún mira mis labios con deseo.

Le oigo susurrar con su voz enronquecida.

—No te olvides que tenemos una noche de bodas pendiente, nena.

Me sonrío.

—Y a ti se te olvida que antes de la noche de bodas viene la boda.

—¡Cierto, qué tonto!

Tras decir esto pone una rodilla en la tierra mientras yo le miro desconcertada. Él me sonrío y toma mi mano entre las suyas—. ¿Te casarías conmigo, princesa?

A mis espaldas puedo oír los suspiros sonoros de Hami y Luana. Miro a Ibriel directamente a sus ojos resplandecientes como dos soles y tras limpiarme las lágrimas alargó mi mano para acariciarle una mejilla.

—Claro —digo riendo con alegría—. ¡Será un honor ser tu esposa!

Capítulo 14

IBRIEL

Estoy impaciente y no puedo parar de moverme. El mar ruge unos metros debajo del acantilado y la vista desde aquí quita el aliento. Pero lo único que me importa ahora es ver a Nadia de una vez por todas.

Vuelvo a mirar mi reloj y a mi lado Zadir me indica que me tranquilice. ¿Cómo demonios quiere que me tranquilice cuando estoy a punto de hacer mi esposa a la mujer más maravillosa del mundo?

Miro hacia el camino regado de pétalos blancos por donde debe aparecer mi Nadia. ¡Ya es la hora y debería estar aquí! Apenas resisto el impulso de ir a averiguar si mi princesa se encuentra bien. Resoplo y miro a Zadir sin poder disimular mi preocupación.

—¿Habrá sucedido algo?

—No te preocupes, esto es normal entre chicas. Estoy seguro que es Luana la que está demorándolo todo con su manía detallista.

—Pues como no se den prisa, iré a por mi mujer y la traeré hasta aquí cargada sobre los hombros como un cavernícola.

Zadir me guiña un ojo.

—Sé exactamente como te sientes, amigo. Bienvenido a la vida en matrimonio. Es casi tan estresante como gobernar un país, pero te aseguro que es lo mejor que te puede pasar.

En ese momento oímos un alboroto al otro extremo de la multitud de invitados y volvemos nuestra atención hacia allí. La gente se ha puesto en pie para ver entrar a la novia. Empiezan a sonar las cítaras, arpas y clavelines de los músicos tradicionales y respiro aliviado. Cuando la veo aparecer entre los invitados con su vestido blanco siento que el corazón se detiene en mi pecho. ¡Es la imagen más hermosa que jamás he visto! Lleva una tiara de cristal con brillantes y un velo de seda cubre su rostro. Humedezco mis labios mientras recorro con mis ojos su sensual figura. Sus curvas apretadas deliciosamente por el corsé hacen que me empalme y solo piense en tenerla entre mis brazos. Falta poco, en menos de una hora le estaré quitando el vestido de novia en nuestra suite nupcial.

Cuando por fin llega hasta mí, Luana y Hami la cogen de la mano para presentarla ante el altar. Me acerco a mi mujer que alarga una mano hacia mí que de inmediato yo estrecho y sin poder contenerme la atraigo pegándola a mi cuerpo acercando mi boca a su oído.

—Estás para comerte, nena.

El oficiante abre los ojos sorprendido y niega con la cabeza reprobando mi conducta. Zadir me da un codazo y se inclina hacia mí.

—¡No puedes sujetar a la novia de esa manera!

Frunzo el ceño y me vuelvo hacia el oficiante con recelo. Al darme cuenta que el hombre no dará inicio a la ceremonia hasta que yo no suelte a mi Nadia, gruño una grosería por lo bajo y lentamente quito mis manos de su cintura.

¡Joder, cómo detesto estas ceremonias!

El oficiante da un discurso tras otro mientras la gente suspira emocionándose con cada frase que lee. A mí me da igual lo que este tío diga. Las únicas palabras que logran emocionarme hasta los huesos son las de mi amada princesa.

Después de varios minutos de lo mismo, empiezo a zapatear con impaciencia hasta que el oficiante carraspea dándose cuenta que si no se da prisa se quedará sin empleo. Motivado por esto, interrumpe sus frases y ademanes ampulosos para indicarme con premura que le coloque el anillo a la novia. Con una expresión muy concentrada saco los anillos y cojo su pequeña mano colocándole la alianza que nos unirá para siempre. Ella hace lo mismo poniendo el otro anillo en mi dedo. Mi corazón late con fuerza porque estoy haciéndola mía por fin, reclamándola ante todos como mi mujer, y eso me complace.

—¡Yo os declaro marido y mujer!

Antes de que el oficiante pueda dar la señal para que bese a mi esposa me vuelvo inesperadamente hacia ella, levanto su velo y luego tomo su barbilla entre mis dedos presionando delicadamente con mi pulgar sobre su labio inferior, mirando fijamente cómo se enrojece antes de succionarlo dentro de mi boca para seguidamente devorarla con mis labios. El beso, quizás demasiado ardiente, se extiende más de lo debido y el oficiante empieza a carraspear incómodo. Cuando al fin logramos apartarnos me quedo mirándola a los ojos diciéndole tantas cosas sin hablar que solo los aplausos ensordecedores que suenan detrás de nosotros logran sacarnos del trance. Al girarme, compruebo que la mayoría de los invitados nos miran boquiabiertos. Miro a mi esposa que sorprendida me sonríe con sus ojos llenos de lágrimas y abrazados atravesamos el pasillo entre la multitud bajo una lluvia de granos de arroz.

He decidido que hoy no habrá fiesta de boda, pero antes de llevarme a mi

esposa a la habitación y hacerla mi prisionera durante días, decido darles a los invitados un poco más de espectáculo. Con una sonrisa maliciosa me vuelvo hacia Nadia y señalo el ramo de flores que lleva en la mano.

—Cuidado con el ramo, nena.

Ella abre sus ojos mientras la levanto en vilo con la cola de su vestido colgando casi hasta el suelo, y con ella en brazos empiezo a bajar por los peldaños de roca que descienden por la montaña hasta la cabaña donde hemos decidido pasar nuestra luna de miel.

¡Sí, señor, ahora con mi esposa en brazos me siento mejor! ¡Este es mi estilo de ceremonia! Exclusiva y privada, solo mi mujer y yo. Cruzamos los jardines y pronto nos encontramos en el interior de la cabaña, subiendo las escaleras de madera hacia la segunda planta y recorriendo el pasillo de paredes de tronco hasta el dormitorio especial que nos han preparado. Al llegar al pie de la inmensa cama con dosel me detengo y miro a mi esposa que suspira observándome expectante con sus ojos brillantes.

—Haré que te corras tantas veces que me pedirás clemencia.

Ella me mira entrecerrando los ojos a modo de reproche y golpea mi pecho juguetonamente, pero se sonroja intensamente sin poder ocultar su deleite ante mis palabras.

—Eres un bestia, Ibriel.

—Tú me inspiras, nena.

La deposito en la cama y ella aterriza sobre el colchón boca arriba dando un chillido divertido, luego abre los brazos para sentir la suavidad de las sábanas de cien hilos. Verla tumbada de esa manera es una tortura, pero disfruto de la anticipación, así que empiezo a desvestirme muy lentamente, prenda por prenda, y ella se incorpora en la cama apoyándose sobre sus codos y endereza la cabeza interesada, sin quitarme los ojos de encima ni un momento, siguiendo cada uno de mis movimientos, como hipnotizada por mi cuerpo desnudo. Al quitarme los calzoncillos de un tirón ella aspira una bocanada rápida de aire. Sus ojos están abiertos de par en par. Al seguir la dirección de su mirada hasta mi propio cuerpo, advierto que mi miembro está demasiado hinchado. Madre mía, es una erección pulsante, cruzada a lo largo por gruesas venas, y tan grande que ella empieza a retroceder hacia el cabecero preocupada.

La miro a los ojos sonriendo de lado.

—¿Te impongo?

Nadia me sostiene la mirada.

—Mucho... —responde con la voz desfallecida.

En sus ojos entornados puedo ver el fuego que la consume. ¡Fogosa y preparada para mí, tal como la quiero! Joder, es una mujer simplemente perfecta. Y es toda mía.

Me acerco a ella deslizándome lentamente a cuatro patas sobre el colchón mientras la gran cama se sacude y cruje bajo el peso de mi musculatura. Al alzarme sobre ella me doy cuenta de lo pequeña y frágil que parece a mi lado. Ella alarga sus brazos y toma mi rostro entre sus manos. Sus ojos violetas relucen con un brillo irresistible. Después de mirarme durante unos segundos susurra.

—Ten cuidado, por favor.

Sus palabras están cargadas de deseo y temor, y siento mi sangre hervir y circular por mi cuerpo a toda velocidad. Desciendo lentamente sobre ella y mis fosas nasales se dilatan al sentir el contacto de su piel bajo mi cuerpo. Mi torso aplasta sus senos redondos y puedo sentir sus duros picos presionar contra mi piel.

—Eres tan endemoniadamente suave... —mascullo entre dientes mientras trazo una línea con mis ásperas manos sobre sus costillas hasta las caderas, y cuando ella se abraza a mí con sus piernas gruño de placer. Mi polla tiembla con cada latido y el dolor que siento al empalmarme es delicioso.

Maldita sea, quiero demorarme en su cuerpo durante horas, tocarla, saborearla, apretujarla entre mis grandes manos y morderla sin darle respiro. Pero antes lo que ambos necesitamos y merecemos es un alivio inmediato a tanta tensión. Mierda, he estado esperando este momento durante lo que me ha parecido una eternidad. Deslizo una mano por su entrepierna y advierto que ya está mojada para mí. Empiezo a untar su néctar por su pequeño coño y siento cómo su vientre se encoge bajo mi caricia brusca.

—Estás empapada, mi amor.

Ella jadea buscando ansiosamente mi boca, pero yo me aparto de golpe y acaba aplastando su mejilla contra mi hombro gimiendo desesperada contra mi piel.

—Por favor, mi amor...

Me pone a cien que me suplique. Controlo mis ganas de hundirme en ella. Debo ser muy cuidadoso e ir lo más lentamente posible. Con suavidad, me recuerdo. Nunca se me ha dado bien ser suave en la cama, pero estoy dispuesto a practicar durante todas las horas que sean necesarias para complacerla. Dios mío, es tan delicada que temo aplastarla con mi peso.

Cuando pruebo a penetrarla primero apenas con el glande ella se remueve debajo de mí gimiendo de gusto.

—Me gusta tenerte a mi merced, nena. No tienes idea de todo el placer que te daré...

Mi Nadia ronronea unas palabras tan dulces que ya me resulta imposible seguir esperando. Contrayendo los glúteos la embisto empujando cada vez más adentro hasta tocarnos tan íntimamente que mi respiración se acelera al tiempo que sus uñas largas y afiladas se clavan en mis hombros. Tras permanecer unos segundos dentro de su calor más profundo vuelvo a salir de ella y, una vez fuera, acaricio sus pliegues con mi ardiente longitud embebiéndome de sus jugos antes de volver a penetrarla. Nunca antes he estado tan hinchado y me cuesta esfuerzo volver a entrar en ella. Empujo con mis caderas y aspiro el aire cerrando los ojos cuando siento que su pequeño coño logra tomar mi tamaño por entero. Me muevo lentamente dentro suyo estirándola y llenándola tanto que sus chillidos se vuelven ensordecedores. De inmediato me detengo con el sudor corriendo por mi pecho. Nadia levanta su mirada hacia mi rostro.

—Por favor, Ibriel... No te detengas...

Tomo aire antes de intentar volver a moverme dentro suyo. ¡Dios mío, está estrangulando mi inmensa polla! El placer es tan intenso que temo correrme como un adolescente.

—Nena, estás tan apretada, me encanta... —susurro sin aliento.

Ella echa la cabeza hacia atrás arqueando su cuerpo haciendo que mi polla vuelva a deslizarse dentro suyo. Aprieto los dientes tratando de controlarme.

—Muy bien, nena. Ahora estate quieta o harás que me corra. Déjame manejar esto a mí.

Sujeto sus caderas con mis dos manos y me muevo lenta y profundamente dentro de ella mientras ella jadea revolviendo su melena sobre las almohadas. Cuando a sus quejidos de placer le sigue otro chillido de dolor me detengo, esperando a que su cuerpo vuelva a adaptarse a mi tamaño.

No puedo negar que invadirla de esta manera me excita como nada más ha logrado hacerlo jamás. La forma en que su cuerpo responde a mis embates, la intensidad con la que se agarra de mí como si temiera salir volando de la cama en cualquier momento...

—Eso es, nena, lo estás haciendo estupendo —susurro con mi voz enronquecida—. Pronto tendrás toda mi polla dentro. ¿La quieres toda, verdad?

Como toda respuesta ella clava sus pequeños dientes sobre mi hombro derecho ahogando un gemido largo y desesperado. Vuelvo a empujar dentro suyo tocando sus resquicios más íntimos. Estoy seguro que ella puede sentir cada uno de los latidos de mi polla en su interior. El contacto íntimo de nuestras carnes más sensibles se siente como haber llegado al paraíso.

Nadia es mi paraíso terrenal. Y nadie podrá apartarme de ella.

Jamás.

Vuelvo a deslizar un brazo hacia abajo y capturo su clítoris entre mis dedos. Lo presiono y masajeo para exprimir más de su néctar. Durante varios minutos la estimo de esta forma y su cuerpo pronto empieza a estremecerse de forma violenta pidiéndome más.

Joder, la fricción que provoca el movimiento de sus caderas sobre mi polla es tan deliciosa... Muy lentamente retiro mi miembro caliente acariciando toda la extensión de su apretado canal haciéndola gemir como una gatita, para luego volver a introducirme en ella haciendo chocar mi glándula contra su fondo. Sus gritos de placer atruenan la habitación y su boca desesperada busca mis besos salvajes. La complazco de inmediato, disfrutando del sonido líquido de nuestras lenguas. Embisto contra ella haciendo chocar mi estómago duro contra su vientre redondo y empiezo a abandonarme a mi placer. Sus dedos rasguñan mi espalda y me excito aún más al sentir sus uñas de gata marcando mi carne. Según voy aumentando el ritmo, Nadia cada vez se estremece más, moviendo sus manos con desesperación ahora sobre mis brazos y espalda, ahora agarrando y pellizcando mi trasero, exigiéndome que acometa contra ella más velozmente y con más fuerza.

—¡Tus deseos son órdenes, nena! —gruño sobre su oído.

Elevo mi pecho perlado de sudor mientras acometo con la fuerza de un toro. Una y otra vez, sin piedad. Al sentir que el primer orgasmo barre con su cuerpo la pego contra mí y me adueño de sus senos mordiendo y lamiendo sus pezones. Me bebo cada uno de sus gemidos como un caminante bebe de un oasis después de llevar días perdido en el desierto.

Yo soy ese caminante, me digo sonriendo. Estaba perdido pero he encontrado la salvación en mi princesa.

Durante varios minutos continúo dándole placer sin aflojar el ritmo, permaneciendo muy profundo dentro suyo porque quiero prolongar sus orgasmos hasta el infinito, haciendo que se corra una y otra vez, sin misericordia. Quiero que se emborrache de mí, y que jamás olvide esta noche mágica.

Cuando siento que mi clímax está cerca, y ya no tiene caso retener mi semilla por más tiempo, vuelvo a embestir haciendo que la cama cruja sobre sus patas.

Nadia me abraza y gime en mi oído.

—Más... por favor, Ibriel... Te necesito, mi jeque... No te contengas, usa todo mi cuerpo para aliviarte...

Al oír sus sensuales palabras mi éxtasis se completa. Tensando mis músculos hasta lo imposible me quedo quieto de golpe, mientras me derramo dentro de su cuerpo estremeciéndome hasta los huesos, aliviándome según la voy llenando con mi simiente caliente.

Me quedo un rato largo dentro de ella, disfrutando de la sensación de poseerla por completo. Luego me derrumbo exhausto a su lado y la atraigo hacia mí pegándola a mi pecho sudoroso, aspirando el aroma de su cabello.

Ella me mira agotada.

—Te has salido con la tuya, mi amor. Has tomado de mí todo lo que querías...

Apoyo una mano abierta en su vientre apenas redondeado y lo aprieto suavemente. Es una caricia posesiva cargada de significado. Ella gime y levanta sus cejas interrogante. Entonces me inclino para susurrar en su oído.

—Falta poco para saberlo.

Ella se endereza mirándome confundida.

—¿Para saber qué?

—Si realmente he tomado de ti todo lo que quiero.

Nadia esboza una sonrisa confusa.

—¿Acaso no sabes lo que quieres?

Sin dudarle ni un segundo respondo.

—Sé exactamente lo que quiero, nena. Y tengo la impresión de que ya lo he tomado. Pero de todos modos tendremos que esperar para confirmarlo.

Ella entrecierra los ojos empezando a comprender.

—¿Eso que tanto quieres es...?

—Sí, un hijo, mi amor. Nuestro primogénito. Mi heredero.

Su rostro se ilumina con la sonrisa más bella que jamás he visto en una mujer. Sin mucho esfuerzo puedo imaginarla jugando con nuestros futuros hijos en el parque, contándoles cuentos junto a la chimenea, y canturreando su canción favorita para hacerlos dormir... Será la madre perfecta, de eso estoy seguro.

Con ojos soñadores ella se acaricia el vientre mientras una lágrima rueda por

su mejilla. Al comprobar que está llorando de alegría se echa a reír.

—¡Me haces tan feliz, mi jeque!

Cojo su mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Me quedo en silencio contemplando su vientre blanco que pronto albergará a nuestro primogénito. Trago el nudo que se me ha formado en la garganta y luego me fijo en nuestras alianzas de casamiento brillando una junto a la otra. Miro sus ojos y me aclaro la voz antes de decir:

—Nuestro compromiso es por siempre.

—Por siempre, mi amor —afirma ella.

Tras besarnos tiernamente se arrebujaba en mi pecho y pronto se queda dormida. Durante un largo rato la observo sonriendo y luego cierro mis ojos satisfecho. Me quedo soñando despierto con las risas de nuestros niños corriendo por el palacio, con una familia numerosa y unida para siempre.

Y pronto estoy durmiendo profundamente junto a mi esposa.

Capítulo 15

NADIA

Salto de la cama y me pongo el albornoz de seda mirándole con reproche.

—¡Al menos bajemos a desayunar! Me da tanta vergüenza que nadie nos haya visto el pelo desde que llegamos al hotel. ¡Deben de estar pensando lo peor!

Mi esposo me mira con una sonrisa divertida en sus labios. Está recostado en la cama tamaño rey con sus manos detrás de la cabeza. Me encanta que nos alojemos en la exclusiva suite presidencial de un hotel cinco estrellas, pero nuestra luna de miel no puede consistir únicamente en... bueno, en “eso”.

—¿Y acaso no es verdad? —pregunta Ibriel. —Déjales que piensen lo que quieran. De todas maneras en mi mundo solo existes tú.

Resoplo tratando de ocultar la sonrisa. ¿Por qué siempre tiene que decir estas frases tan bonitas que acaban convenciéndome de todo?

—Va, solo lo dices para endulzarme. ¡Venga, a tomar un poco el aire! —exclamo juguetona cogiéndole de la mano e intentando tirar de su cuerpazo para que se baje de la cama.

Él se estira desperezándose como un león y luego rueda de la cama apoyando sus pies descalzos sobre la alfombra.

—Vale, vale. Tomaremos el desayuno y de paso ordenaré una gran comilona para el mediodía.

Junto mis manos sobre mi pecho emocionada.

—¡Espléndido! Estoy famélica con tanto ejercicio.

Él se sonríe con picardía y me guiña un ojo, tan encantador como siempre. Mientras se pone una camisa blanca yo corro a enfundarme en un vestido de verano y calzarme las sandalias de tiras. Con mi bolso apretado entre mis manos me vuelvo con entusiasmo hacia él sonriendo y girando sobre mis pies.

—¿Cómo estoy?

Él me mira de arriba abajo comiéndome con los ojos.

—Luces radiante. No veo el momento de volver a meterme contigo bajo esas sábanas.

Le tiro un beso con la mano.

—Gracias, mi amor. Tú también estás guapísimo.

Bajamos cogidos de la mano al coqueto salón. Al vernos llegar el gerente en persona sale a recibirnos. Tras acomodarnos en el sitio más exclusivo del

restaurante cojo el menú y me vuelvo hacia Ibriel suspirando de felicidad. Él pone una mano sobre mis piernas y ese gesto posesivo hace que me sienta deseada y protegida a la vez. Miro a mi alrededor y observo a las demás personas ocupadas en sus asuntos, llevando su vida normal ajenos a nuestro romance y vuelvo a mirar a mi esposo. Una vez más, me parece estar dentro de una película. Esto que estamos viviendo es un sueño hecho realidad y no puedo estar más agradecida a la vida por ello.

Una pareja sentada a una de las mesas más cercanas a la nuestra me llama la atención. Les observo con curiosidad durante unos instantes antes de quedarme tiesa y llevarme una mano al pecho. ¡Joder, no! ¡No puede ser! Enseguida escondo el rostro tras la carta mirando a Ibriel con los ojos como platos.

—¿Qué ocurre, cielo? —pregunta él.

—Que no puedo tener tanta mala suerte —murmuro incrédula. Preocupado, Ibriel sigue la dirección de mi mirada.

—¿Y quién cojones es aquel tipo?

—¡Es él! —siseo nerviosa.

Los ojos de mi esposo cambian de expresión y me doy cuenta que se ha enterado. Frunciendo el ceño echa un vistazo a la mesa donde el príncipe Fausto desayuna lo más campante. La mujer que le acompaña es muy joven y va pintada como una puerta.

—¿Estás segura?

Afirmo con la cabeza varias veces. Ibriel me hace un gesto con la mano para que me calme. En ese momento vemos que Fausto llama al gerente y se pone a discutir con él, aparentemente protestando por el servicio. En un momento se pone en pie y bruscamente coge del codo a su pareja para marcharse dejando al gerente con la palabra en la boca.

Al verle así no puedo evitar preguntarme si estará borracho. Me estremezco interiormente al recordar aquella fatídica noche. Mosqueada le sigo con la vista y le veo dirigirse hacia los ascensores. Aprieta el botón y luego se queda en silencio mirando las luces que indican la posición del ascensor, mientras que la mujer permanece detrás suyo con expresión aburrida.

Miro de reojo a mi esposo. Sus ojos se han vuelto una línea amenazante y permanecen fijos en el príncipe. Su expresión se oscurece cada vez más y tiemblo al recordar su reacción el día que le conté el episodio del repudio en detalle. Recuerdo que se quedó en silencio, paseándose de un lado a otro de la habitación con los puños apretados. Recuerdo que sus bíceps sobresalían

hinchados bajo las mangas de su camisa y su expresión era la de un guerrero a punto de entrar en batalla. Ahora le veo y vuelvo a ver esa misma expresión ensombrecida en su rostro y temo que se levante de repente, coja al príncipe de las solapas del traje y le muela a palos delante de toda esta gente. Ibriel es un bruto, tiene sangre de guerrero, y podría ocurrir un desastre si llegara a poner sus manos sobre el escuálido príncipe.

—No le golpees, cariño. No merece la pena que te ensucies las manos por ese canalla.

Él me mira levantando una ceja. Sus ojos tienen un brillo de malicia, como si se le acabara de ocurrir una travesura.

—Descuida, nena. Aunque no me faltan ganas, no le daré una paliza. Tengo planes más interesantes para él. Dime, ¿aún deseas vengarte de esa rata?

Le miro seriamente. Por mi mente vuelven a pasar las imágenes de aquella noche terrible en la que no solo me humilló a mí sino a mis padres. Lentamente asiento con la cabeza.

—Aquella noche me juré que el día que tuviera la oportunidad le haría pagar todo el mal que ese malnacido nos ha hecho a mi familia.

Ibriel me mira con resolución.

—Pues ni una palabra más. ¡Que empiece la función!

La campanilla del ascensor suena de repente y las puertas se abren. El príncipe Fausto desaparece de nuestra vista junto a su acompañante. En ese mismo momento mi esposo se levanta de la mesa con toda calma, y tras pedirme que permanezca en mi sitio, va en busca del gerente. Desde aquí les veo conversar. El gerente asiente a cada una de las palabras de mi esposo y de repente veo aparecer una sonrisa cómplice en el rostro de ambos. ¿Qué narices están tramando?

El gerente se ha puesto a hablar con alguien por el radio mientras que Ibriel me llama con la mano. Rápidamente recojo mi bolso y le sigo intrigada.

—Todo arreglado —anuncia.

—¿Dónde vamos?

—He reservado un palco preferencial para la gran actuación que dará ese bufón para nosotros.

Levanto una ceja y antes de que pueda abrir la boca para averiguar más él cierra mis labios con su dedo índice.

—Es una sorpresa. No puedo desvelar nada aún.

Subimos hasta la segunda planta, un conserje nos da la bienvenida y abriéndonos las puertas cristaleras que dan a una terraza preciosa que

sobresale de la fachada del hotel, nos pide que tomemos asiento para disfrutar del espectáculo. Me vuelvo hacia Ibriel intrigada y él ríe guiándome hacia los sillones con su mano sobre mi espalda baja.

Aquí fuera se está muy bien. El aire cálido de la mañana me pone de buen humor. Sonriente cojo la mano que me tiende mi esposo y se la aprieto mirando cómo nuestras alianzas doradas relucen al sol. En tanto un maestro coctelero está preparándonos unos mai-tais en la barra del bar tiki instalado sobre el deck de madera junto a la piscina de la terraza.

Mi esposo me guiña un ojo.

—Como verás lo he arreglado todo para pasarnos un momento inolvidable.

—Ya lo veo. Pero tengo mucha intriga y me da rabia que no pueda sacarte ni media palabra.

—Arruinaría la sorpresa y se perdería la gracia —repone besando mi mano, y tras consultar su reloj, añade—. Ya casi. Ten un poco de paciencia.

La vista desde aquí arriba es preciosa, por un lado la masa de rascacielos cubriendo el horizonte de la ciudad, y por el otro el mar azul profundo repleto de embarcaciones. Miro en todas direcciones sin saber hacia dónde se supone que debo dirigir mi atención. Estoy nerviosa y, conociéndole, espero que mi esposo no se pase con el escarmiento.

Es entonces cuando Ibriel endereza la espalda y señala hacia la calle con un dedo.

—Allí abajo, nena. ¡No pierdas detalle!

Miro hacia la calle y veo un gran revuelo de maletas que alguien está arrojando sobre la acera. Una mujer pega unos alaridos tan agudos que debo taparme los oídos con las manos. El desfile de maletas parece no tener fin. Una de ellas se abre en el aire desparramando un montón de prendas por toda la acera. Me llevo una mano a la boca ocultando una sonrisa al reconocer la silueta del príncipe Fausto dándose prisa para intentar recoger sus camisetas y calcetines del suelo antes de que se las lleve el viento. Los peatones se detienen a mirarle con curiosidad y él les echa de mala manera haciendo unos ademanes enloquecidos. Mientras tanto las maletas siguen volando y entonces reconozco a la pobre mujer que acompañaba a Fausto en el restaurante. Se para en el bordillo y extiende un brazo llamando a un taxi que enseguida aparca a su lado. Al advertirlo, Fausto corre desesperado por tratar de alcanzar a la mujer, pero es demasiado tarde, ella ya está dentro del coche que arranca a toda prisa dejando al príncipe cabreado e insultando a todo el que se acerca con la intención de echarle una mano.

Boquiabierta me vuelvo hacia Ibriel.

—¡Dios mío, le han echado como a un perro!

Sonriendo con picardía Ibriel se asoma a la barandilla y silba con fuerza para llamar la atención del príncipe que desorientado empieza a mirar a su alrededor hasta que por fin nos descubre aquí arriba. Aturdido se queda mirándonos durante unos segundos sin reconocernos, pero en un momento sus ojos se abren como platos reconociéndome por fin. De inmediato empieza a dirigirse a mí a voz en grito, aunque desde aquí solo puedo verle gesticular como loco. Me limito a encogerme de hombros y alzar mi copa hacia él de forma burlona. Le veo agitar su puño furioso y no puedo evitar soltar la risa. Mi esposo me coge por la cintura y me atrae hacia su cuerpo.

—Me he asegurado de que su nombre se incluya en la lista negra de indeseables de las mejores cadenas de hoteles cinco estrellas.

—¿Puedes hacer eso?

—Puedo hacer lo que se me antoje, nena, sobre todo cuando se trata de complacerte. Puedes tener por seguro que por aquí nunca volveremos a cruzarnos con ese capullo.

—¡Gracias, mi amor! —digo besando sus labios y enredando mis manos en su pelo—. Ha sido el escarmiento perfecto. A partir de ahora se acordará de mí y de mi familia cada vez que intente hacer una reserva.

Ibriel me mira con sus ojos dorados oscurecidos por el deseo.

—Mmm... Y por cierto, ése ha sido un beso perfecto. Pero me he quedado con ganas de más. ¿Qué te parece si regresamos a nuestra habitación?

—¡Oh, no!—digo en tono de broma—. ¡Creo que sin querer he vuelto a despertar a la bestia!

Él ruga como un oso atrapándome entre sus brazos y chillo riendo mientras me lleva hasta la suite y me arroja en la cama. Me sonrojo al comprobar que el personal del hotel aún no ha acabado de salir de nuestra habitación. Cuando la puerta se cierra me vuelvo a mi esposo y le arrojo una almohada al pecho reprochando su conducta.

—¡Eres un salvaje!

Él se zambulle en la cama tumbándose junto a mí.

—Y eso es lo que te vuelve loca de deseo por mí.

—¡No es cierto!

Muerta de risa forcejeo con él hasta que logra sentarme sobre su regazo, mi espalda apoyada contra su torso, y empieza a hacerme unas cosquillas deliciosas que comienzan como un juego y acaban en unas caricias de lo más

eróticas. La respiración de ambos se ha vuelto pesada y cuando él desliza su mano por mis muslos y sube hacia mi centro le detengo de repente y me vuelvo hacia él para mirarle a los ojos.

—Mi amor... antes necesito hablar unas palabras contigo.

Pero él frunce el ceño y niega con la cabeza forzando su mano debajo del encaje de mis braguitas. Cierro los ojos aspirando el aire y echo la cabeza hacia atrás gimiendo de placer al sentir que sus dedos pellizcan mi centro y me sacudo con una sensación de electricidad en mi piel.

—Mi amor, por favor... —mi voz suena de repente muy ronca— no quiero que te comportes como un cavernícola.

—¿Quieres que deje de tocarte?

—Sí —miento.

Él entrecierra los ojos sin creerse una palabra de lo que digo.

—¿Ni siquiera aquí?

Abro los ojos como platos cuando presiona su áspero pulgar contra mi clítoris, causando un maremoto en mi centro. Echo mi cabello hacia atrás y entreabro los labios mientras él me sube la falda hasta el estómago para arrodillarse luego entre mis piernas tomando mi zona más íntima con su boca. Succiona con fuerza metiendo mi carne sensible dentro de sí, y me retuerzo en la cama gimiendo como loca mientras él continúa hostigándome sin piedad.

Rápidamente llego a la cumbre de mi placer y me quedo allí, como haciendo equilibrio en el borde de un acantilado, disfrutando de su lengua en mi interior, con los ojos cerrados y mi boca entreabierta, hasta que ya no puedo tolerar tanto placer y me desplomo cayendo en el abismo infinito de mi orgasmo.

Me corro de manera brutal cubriéndome la boca para no desgañitarme, escuchando el sonido líquido y feroz de su lengua entrando y saliendo de mí.

Abochornada y sin aliento ladeo la cabeza cuando él se tumba a mi lado. Le observo durante minutos en silencio, admirando la belleza de este hombre tan masculino y poderoso. ¡Aún no puedo creerme que sea mío! Me acaricio el anillo de casada pensando, ¿y si todo es un sueño? Cuando él advierte mi gesto, me atrae hacia sí en un abrazo posesivo y suspiro con el íntimo contacto de su piel. Definitivamente esto no es un sueño, me sonrío arrebujiándome en su calor protector.

No existe en el mundo nada más real que este hombre.

Es el momento oportuno, me digo armándome de valor.

—Oye, mi amor... Hoy me he hecho la prueba de embarazo.

De golpe aparta su cabeza para mirarme a los ojos y atrapa mi cara entre sus manos con ternura. Parpadeo varias veces intentando contener la emoción.

—Te daré un hijo —le digo al fin y él se queda sin palabras durante unos segundos que se vuelven eternos porque él no dice nada y me preocupa que pueda no sentir la misma dicha que siento yo.

Pero entonces veo algo que nunca antes vi.

¡Sus ojos están brillando con una emoción desbordante! Este hombre tan fuerte y tan hosco, tan misterioso y cerrado, se abre a mí expresando su emoción más profunda, una emoción de padre.

Las lágrimas de alegría ruedan sin control por mis mejillas. Él susurra en mi oído con su voz áspera casi atragantada.

—Eres mía y te amo, mi cielo.

—Y yo te amo a ti —susurro a mi vez abriendo mi corazón a este hombre que me hace tan feliz—. ¡No sabes cuánto, mi amor!

Acerco mi boca a sus labios y él me toma con sus dientes blancos, lamiendo y hostigando mi labio inferior antes de tocar la punta de mi lengua con la suya. Le beso profundamente y siento que nuestras almas se conectan. El futuro se abre ante nosotros repleto de promesas y yo cierro los ojos para perderme en un beso tierno, largo y delicioso, sintiéndome amada y protegida por el hombre más bruto y más maravilloso que jamás he conocido.

Epílogo

IBRIEL

Ocho meses después...

Me cago en mi puta suerte. ¿Por qué acepté asistir a esa maldita reunión tan lejos de mi Nadia?

Es verdad que no podría saber que el niño se adelantaría tanto, pero da igual. Es mi culpa. Mi hijo está de camino y yo aquí, en mitad de un puñetero atasco en hora punta, cuando debería estar en la clínica junto a mi esposa y mi peque, protegiéndoles.

Desde el asiento delantero Zadir me mira preocupado, él ha llegado especialmente para el nacimiento del niño y resulta que ninguno de los dos estamos con Nadia. Bufo y me remuevo inquieto sintiéndome como un tigre enjaulado.

La puñetera fila de coches se pierde a lo lejos y mientras el chófer mira alrededor buscando un sitio por donde colarse, yo vuelvo a darle al botón del móvil intentando comunicarme con Luana. Ya han pasado unos cuantos minutos desde su último parte y necesito saber cómo se encuentra mi esposa. ¡Mierda, no sé por qué Luana ha dejado de coger mis llamadas! Me exaspero tirando el móvil sobre el asiento.

—Tranquilo —Zadir se gira hacia mí poniendo una mano sobre mi hombro —. Mi Luana está junto a Nadia en la sala de parto y es normal que no lleve el móvil encendido. No te preocupes, en minutos estaremos con ellas.

Resoplo nervioso y miro mi reloj.

—¿En minutos? ¡Si hace casi una hora que estamos dando vueltas en este maldito coche sin encontrar una salida!

Zadir mira preocupado a su guardaespaldas y con un gesto le indica que le acompañe fuera del coche.

—Veré qué puedo hacer para deshacer el puto atasco —me dice antes de salir.

Levanto una ceja al ver que el jeque de Nueva Abisinia sale del coche hecho un basilisco y se pone a dar órdenes y pegar gritos a los demás vehículos para que se aparten de nuestro camino. A pesar de sus esfuerzos lo único que recibe es una pitada de conductores tan furiosos como él.

Mierda, me digo, esto no puede estar ocurriendo ahora. Todo lo que puedo ver en mi mente es la imagen de mi Nadia tumbada en una camilla de

hospital. Aprieto el móvil en mi mano y vuelvo a marcar pero no hay forma de comunicarme.

Cuando me doy cuenta de que nuestro coche no irá a ningún sitio, empiezo a quitarme la chaqueta y los pantalones del traje ante la mirada atónita del chófer. Abro el maletero para coger la bolsa del gimnasio donde tengo mis pantalones de yoga y una camiseta sin mangas para hacer deporte. Me visto a toda prisa y salgo dando grandes zancadas. Zadir y su guardaespaldas continúan yendo de coche en coche, amenazando a los conductores que se quedan de piedra al reconocer al mismísimo jeque de Nueva Abisinia. Al verme fuera del coche y con estas pintas, el guardaespaldas abre sus ojos como platos e intenta detenerme.

—Pero majestad...

—¡Aparta! —le advierto al pasar a su lado—. ¡Haré lo que sea para ver a mi esposa!

Él me deja pasar rascándose la cabeza y mirando a su jefe. Zadir se acerca corriendo a mí al ver que echo a andar entre los coches aparcados en medio de la calzada.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo?

—¡Ya ves, me largo de aquí! —digo mirándole sobre mi hombro.

Zadir niega con la cabeza y suelta un taco.

—¡Vale, pero me llamas en cuanto llegues a la clínica!

—Descuida —digo entre dientes pero él ya no puede oírme.

Corro a toda pastilla como si mi vida dependiese de ello. Media hora después, entro a la recepción del hospital dando órdenes sorprendiendo a las enfermeras que enseguida me conducen hasta el ala de maternidad. Agitado y limpiándome el sudor de la frente, estoy por entrar en la habitación de mi esposa cuando un médico me detiene cogiéndome del codo.

—¡Enhorabuena, Alteza! El niño ha nacido sano y ya está con su madre.

Le aparto porque lo único que quiero es ver a mi Nadia y a mi niño. Pero él se interpone y mirándome de arriba abajo me advierte que antes necesito ponerme una ropa especial antiséptica. Protesto echando chispas por los ojos, pero el joven médico es intransigente y solo después de verme enfundado en una bata blanca, con unos guantes blancos y una ridícula cofia en la cabeza, me permite el paso.

Luana está sentada junto a la cama y al verme salta de su asiento como un resorte.

—¡Ibriel, enhorabuena!

La aparto porque en este momento solo tengo ojos para mi mujer y mi bebé. Al ver a mi Nadia sonriente mi ceño se relaja y respiro aliviado. Me inclino sobre mi princesa que está con mi pequeño hijo sobre el pecho.

—¡Mi amor! ¿Cómo te encuentras?

—El parto se ha adelantado pero todo ha salido perfecto. Mi peque solo estaba un poco ansioso por conocer a sus papis, ¿verdad, corazón? —dice ella mirando a nuestro hijo con una sonrisa radiante.

Observo al niño sin poder creérmelo y trago saliva dándome cuenta de la importancia de lo que estoy viviendo. ¡Por fin soy padre! Me inclino sobre el niño y agradeciendo al cielo beso sus piernecitas.

—Soy tu papá, precioso —susurro con ternura—. Te prometo que serás muy feliz junto a nosotros.

Al oír mis palabras Nadia ríe emocionada y sorbe por la nariz. Me vuelvo para mirarla y al ver sus lágrimas tomo su carita de ángel entre mis manos. Ella parpadea y sonrío de oreja a oreja.

—Mira que dices unas cosas... ¡Te has vuelto un experto en hacerme lagrimear!

Seco sus mejillas con mi pulgar.

—Nena, estás preciosa. Serás la mejor madre del mundo.

Una enfermera entra sin anunciarse interrumpiéndonos. Me vuelvo hacia ella aspirando por la nariz con impaciencia.

—Permiso, su majestad.

La enfermera carga al niño en sus brazos para llevárselo ante mi mirada feroz. Nadia me coge del brazo con una sonrisa serena.

—Tranquilo, mi amor. El doctor ya me ha avisado de que el niño necesitará pasar las primeras noches en una incubadora, estará muy bien allí.

Gruño con una mueca de frustración al ver que se llevan a mi bebé. Luana sale detrás de la enfermera, soplándole un beso a Nadia antes de cerrar la puerta tras de sí. Me vuelvo a mi esposa con un gesto dolido.

—No quiero estar sin él. Tampoco sin ti. ¡Os quiero conmigo siempre!

Ella me quita uno de los guantes riendo y coge mi mano acariciándola suavemente.

—Y siempre nos tendrás a tu lado. Eres el mejor esposo.

Chasqueo la lengua y niego con la cabeza.

—Soy el rey de los idiotas porque me he perdido su nacimiento.

Ella imita mi gesto burlándose tiernamente.

—Sí que eres el rey de los idiotas, ¿pero sabes por qué?

La miro perplejo. Ella vuelve a reír.

—Porque aún no te has dignado siquiera a darme un beso. ¿Acaso no me lo merezco? —pregunta poniendo morritos y mis ojos permanecen fijos en sus carnosos labios.

—Dios mío, nena, me vuelves loco...

Me inclino sobre su cuello para oler su piel y mi pulso se acelera. Es un aroma tan femenino, tan suyo... ¡Joder, me he vuelto adicto a esta mujer! Con delicadeza la cojo por la nuca y la atraigo hacia mí tomando su boca con tanta pasión que pronto ella está gimiendo mi nombre. Al romper el beso mi Nadia me mira con adoración y siento un subidón de adrenalina. Su amor me vuelve un hombre completo. Además de un reino próspero, ahora tengo una familia a la que proteger. Temo que tanta felicidad no me quepa en el pecho. Miro a mi esposa a los ojos y de repente siento la necesidad de decirle todo esto que siento dentro de mí, pero mis sentimientos por ella son tan intensos que no encuentro las palabras adecuadas para expresarlos.

Finalmente cierro los ojos y dejo que las palabras fluyan directamente de mi corazón.

—Mi amor, me has dado todo lo que tengo. Quiero que sepas que te amo como jamás amé a nadie en la vida y quiero que estés a mi lado para siempre. Ella me abraza fuerte.

—¡Te amo tanto, Ibriel!

La pego aún más a mi cuerpo.

—No creo que tanto como yo a ti, mi princesa.

—¡Gracias, mi amor! Gracias por hacerme tan feliz.

FIN

(Da la vuelta a la página porque aún hay más...)

¿Te apetece seguir leyendo la historia de Ibriel y Nadia?

Hay un epílogo adicional donde cuento qué ha sido de la vida de los protas diez años después. ¿Habrán tenido más hijos? ¿Seguirán siendo felices? ¡Descúbrelo hoy mismo en este epílogo exclusivo solo para suscriptores de la lista de correo de la serie!

Puedes suscribirte gratis a la lista de correo aquí:

http://eepurl.com/c-n_SD

DOS CAPITULOS COMPLETOS

¡También puedes leer más de Nadia en *La secretaria del jeque!*

Lee el comienzo de la historia de Luana y Zadir a continuación:

Capítulo 1

LUANA

Bufo intentando recogerme en un moño los largos rizos rebeldes que se niegan a permanecer en su sitio a la vez que sostengo el tubo del teléfono con el hombro contra mi oreja cuando la voz al otro lado de la línea vuelve a chillar con estridencia.

—¡Prometo no meterte en problemas si me pones con Zadir! —aprieto el boli entre mis dientes y pongo los ojos en blanco suspirando porque mi nuevo puesto de secretaria rápidamente se está volviendo el trabajo más estresante del mundo—. ¡Te lo suplico por lo que más quieras! Solo déjame hablar un momento con él...

—Lo siento, alteza —respondo tratando de adoptar una voz distante y profesional—. Pero ya hemos hablado acerca de esto.

Doy unos golpecitos nerviosos con el boli y miro las luces de la centralita. Estoy tentada de cortar la comunicación, pero es mi trabajo atender cada una de las llamadas. He perdido la cuenta ya de cuantas princesas han llamado en lo que va del día suplicando para que las ponga con el jeque. Y la verdad es que la paciencia se me empieza a agotar. Echo un vistazo a mi alrededor. La sala está repleta de administrativos, todos ellos con las narices metidas en sus ordenadores, ajenos a los malabares que debo hacer para aplacar a estas mujeres...

Vaya día he tenido, hoy sí que esto se me ha hecho eterno. Por fortuna no falta tanto para que acabe mi turno y llegue mi reemplazo. Qué ganas de salir de aquí, encerrarme en mi cuarto, tumbarme en el sofá con un libro en las manos y leer hasta quedarme dormida.

—Debes hacer una excepción conmigo—insiste la princesa.

Suspiro largamente.

—Conoces las reglas, sabes que no puedo poner en contacto a su majestad con ninguna princesa.

—¡Pero yo no soy cualquier princesa, soy la prima de Zadir!

Cierro los ojos porque no sé qué más decirle. Cuando acepté el puesto de secretaria mi idea acerca de lo que involucraría era muy distinta. Pero las cosas han cambiado en el reino desde que el príncipe Zadir se ha convertido en jeque y ha anunciado que pronto tomará esposa. Si quiero permanecer aquí y no volver a mi país, esto es lo que toca.

—Lo siento, pero el jeque lo ha dejado claro. No quiere ver a ninguna

princesa, ni siquiera a su prima —digo con voz cortante pero al instante me arrepiento de haber sido tan directa. Me muerdo el labio inferior cuando oigo su gemido de pena y cuando empieza a sorberse la nariz a punto de romper en llanto, me apresuro a añadir—. Oye, sé lo difícil que debe ser para ti esta situación, pero créeme que no puedo hacer nada.

—¿Crees que lo sabes? ¡Pues déjame decirte que tú no tienes ni puñetera idea! Y te puedes considerar afortunada por ello, porque ser una princesa no es tan guay como parece. Si tan solo supieras lo estresante que puede llegar a ser...

Suspiro para mis adentros pensando si tan solo supieras quien soy en realidad... pero no puedo decírselo a ella ni a nadie porque estoy aquí de incógnito. Y sí, estoy de acuerdo en que ser una princesa en estas tierras puede ser una condena. Como heredera del reino de Nueva Macedonia estoy destinada a casarme mediante un matrimonio arreglado, igual que lo han hecho mis hermanas. Pero me resisto a ello. Soy un espíritu libre y el día que me case quiero estar enamorada de un hombre que me quiera por lo que soy, y no por razones de estrategia política.

Por eso en cuanto vi la oportunidad de salir de mi casa paterna no la desperdiicé. Cumplidos mis veintiún años pedí permiso a mis padres para tomar un empleo fuera del reino. Naturalmente se opusieron rotundamente, no está bien visto que la hija de un rey renuncie a sus privilegios. Por otra parte siempre he amado el arte y mis padres me han animado desde niña a que desarrolle mis talentos artísticos. Así que decidí aplicar a la escuela de Bellas Artes de Lederland, la más prestigiosa de la región. En cuanto mi aplicación fue aceptada, a mis padres no les quedó más remedio que dejarme marchar. ¡Tenía un año para vivir mi vida a mi aire, sin condicionamientos ni ataduras!

Sin decirle nada a mis padres, en el último momento cancelé mi matrícula en la escuela y en cambio decidí arriesgarme a venir a una entrevista de trabajo a Nueva Abisinia para un puesto de secretaria que, para mi sorpresa, finalmente obtuve.

Ser secretaria de un jeque sonaba exótico y excitante, lo opuesto de mi vida en casa. Pero aquí estoy, ¡haciendo de celestina entre el jeque y sus pretendientes! Vaya ironía. Al parecer no puedo huir de los dramas amorosos. Miro el teléfono con un suspiro. Me pregunto qué cara pondría Nadia si le dijera que soy una de las suyas...

—Comprendo, alteza, pero órdenes son órdenes —digo en cambio, y del otro

lado de la línea puedo oír el gemido de frustración de la princesa.

—¿De verdad él no te ha hablado de mí?

Me quedo en silencio sorprendida por su pregunta. Carraspeo antes de responder en el mismo tono impersonal de antes.

—Lo siento, pero las secretarias no tenemos permiso para hablar con su majestad.

O al menos eso creo, pues yo nunca lo he hecho. En lo que llevo trabajando aquí apenas le he visto una vez, y eso porque era la ceremonia de su asunción al trono. Recuerdo que yo estaba en la última fila, más atrás imposible, pues era el sitio que se nos había indicado a los administrativos. Pero el problema es que soy tan bajita que ni siquiera en puntillas alcanzaba a distinguir lo que sucedía allí delante. Al ver mi frustración, Dumar, el jefe de guardias, se apiadó de mí e hizo que le siguiera hasta uno de los palcos reservados para los visitantes extranjeros. Y al llegar allí aluciné, pues el palco estaba justo arriba del escenario y el príncipe estaba tan pero tan cerca que me parecía que si alargaba el brazo podría tocarle.

Estaba sentado en un trono antiguo rodeado de su guardia real y se veía tan grande y musculoso que, aún sentado, su figura conseguía empequeñecer a todos los demás hombres que estaban a su lado. El joven príncipe se había ganado su reputación luchando codo con codo con los guerreros más feroces del reino, y podía entender su fama, porque en verdad su sola presencia imponía y transmitía una fuerza descomunal. Sus amplias espaldas y su pecho macizo hacían que la seda de su túnica negra se tensara hasta con su movimiento más leve. Era una pared de músculos y cuando se levantó para recibir la corona de manos de su madre, sentí que las rodillas se me aflojaban y el pulso se me disparó de tal forma que me vi obligada a aspirar el aire por la nariz para no desmayarme. Cada uno de sus pasos resonaban como truenos en la inmensidad del salón silencioso. El público parecía hipnotizado a la espera de sus palabras. Y cuando por fin habló, su voz grave y profunda vibró estremeciendo mis entrañas.

Madre mía, no era así como yo me imaginaba a los reyes en mi infancia, cuando mi nana me contaba las historias de príncipes andantes de modales suaves y refinados. Este hombre no tenía nada de refinado, ¡y mucho menos de suave! Todo lo contrario, se rumoreaba que el príncipe era un cavernícola sin escrúpulos, un bruto que cuando quería algo lo reclamaba para sí arrebatándolo sin miramientos. ¡Y además tenía la boca más sucia que una letrina! Eso lo sabía yo porque una vez le oí discutir con alguien cuando una

de las líneas telefónicas quedó abierta por accidente. ¡Jamás había escuchado a alguien usar semejantes palabrotas! Madre mía, estaba tan avergonzada que tuve que darme aire con ambas manos para que la cara dejara de arderme.

A pesar de todo lo que se decía acerca del nuevo jeque, desde aquel día quedé tan impactada por su aura de poder que no pude evitar empezar a tener fantasías con él. Por las noches cuando no puedo dormir me siento en la cama, abro mi portátil y me paso horas mirando fotos del príncipe. En ellas siempre sale serio, con expresión reconcentrada, como si sonreír fuera un delito. Entonces amplió las imágenes para tratar de descubrir lo que ocultan esos ojos color café. ¡Hay tanto misterio en ellos! Un enigma por el que siento mucha curiosidad y algo de temor. A veces siento que el corazón se me encoge al pensar que él jamás me dedicará una sola de sus miradas misteriosas. Mejor así, me digo, porque como lo hiciera estoy segura que me impondría tanto que probablemente me quedaría mirándole balbuceando como una tonta.

El sonido de la voz de Nadia al otro lado de la línea vuelve a sacarme de mis ensueños.

—Oye, tendrías que hablar con mi primo algún día. Es muy majo y estoy segura que le caerías bien.

¿Majo? ¿El gran Zadir? ¿De veras estamos hablando de la misma persona? Yo no usaría esa palabra para describirle. Quizás mandón, bruto, arrogante, cabezota, controlador o excéntrico. ¿Pero majo? Definitivamente no.

Impaciente echo un vistazo a mi reloj.

—Alteza, debo cortar la comunicación, hay otras prince... eh.. quiero decir otras personas en línea, y casi se me ha hecho la hora de...

—¡Espera un momento! —desesperada grita a pleno pulmón y del susto que me he pegado casi me caigo de la silla—. ¡No me cuelgues, por favor! Hay algo que debes saber. No pensaba decírtelo, pero me has demostrado que puedo confiar en ti —entrecierro los ojos porque cuando una princesa empieza a hacerme la pelota es señal de que nada bueno se trae entre manos—. Es algo para el jeque —continúa—. Tengo que dárselo cuanto antes porque lo necesitará si quiere casarse.

Hago una mueca apretando el teléfono en la mano. Vaya, esto es nuevo... ¿un objeto que necesitará para casarse? ¡Estas princesas sí que tienen imaginación! Es increíble los disparates que están dispuestas a decir con tal de obtener una cita con el jeque.

—Ya, me imagino... —respondo irónica con el dedo índice suspendido sobre

el botón rojo lista para cortar la llamada.

—No comprendes. No es ningún pretexto. Tampoco es un juego. ¡Es un asunto de estado! Si no me haces caso, Zadir jamás podrá tomar esposa. Y como el gabinete se entere de que tú lo has permitido...

Enderezo mi espalda frunciendo el entrecejo.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te estoy advirtiendo de manera amistosa. Oye, Luana, sé que estás atareada y que hablar todo el día con chaladas como yo no debe ser nada fácil —sonríó ante sus palabras suavizando mi expresión tensa—, pero te prometo que no serán más que unos minutos.

Hago una mueca mirando el tubo del teléfono con perplejidad. ¿Un asunto de estado? ¿Que el jeque no podrá tomar esposa? Esto sí que se sale de lo habitual.

Suspiro con resignación.

—Vale, tienes treinta segundos para explicarte.

La princesa toma aire y empieza a hablar a toda velocidad.

—Mira, hace años me he quedado con algo que es de Zadir. Él probablemente se haya olvidado que alguna vez me lo dio. Pero ahora que sé que le urge tomar esposa me gustaría devolvérselo. Es un objeto muy significativo para él. Comprenderás que no puedo decirte qué es por motivos de confidencialidad, pero te aseguro que le estarás haciendo un gran favor.

—Aún así no puedes ver al jeque...

—No, pero podrías recibirlo tú. Confío en ti y estoy dispuesta a dejarlo en tus manos. ¿Qué dices?

A decir verdad no suena tan mal, y hasta donde yo sé recibir paquetes a nombre del jeque forma parte de mis obligaciones. Resoplo mirando el reloj. Igual puedo hacerlo. Me gustaría ayudar a la princesa, ella ha sido la única que me ha tratado con respeto y amabilidad... Además, no estaré haciendo nada en contra del reglamento. Mordisqueo la punta del boli debatiéndome.

—Por favor, di que sí —suplica la princesa—. ¡Te prometo que después de esto te dejaré en paz! No sabes lo doloroso que es tener esto aquí conmigo, sabiendo que él no me quiere...

Oigo que su voz se quiebra en un sollozo. Pronto el llanto es incontenible, y alejo el tubo del teléfono de mi oído haciendo una mueca. Incómoda me revuelvo en mi asiento forzando una sonrisa al darme cuenta que mis compañeras se me han quedado mirando. Seguro que me han visto gesticular como una trastornada y creerán que soy demasiado blandengue para cumplir

con mi trabajo.

¡Dios mío, odio que la situación se me vaya de las manos! Debo tomar una decisión de inmediato.

Me aclaro la garganta y añado en un susurro para que nadie más que la princesa pueda oírme.

—De acuerdo, lo haré. Pero tiene que ser en una hora o así porque debo esperar a que cambie el turno.

—¡Estupendo, en una hora estoy allí!

—Antes debo pedir autorización para que nos dejen entrar la encomienda al palacio. ¿Es muy grande el paquete?

—¡No, qué va, si es una cosita de nada! Pero preferiría que esto quede entre tú y yo. Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Esto... —miro a mi alrededor y bajo la voz hasta que prácticamente no se me oye—. Vale, espérame al final de la avenida de entrada, ¡y no te acerques demasiado al palacio, hay guardias por todos lados!

—¡Sabía que podía contar contigo!

Al colgar el teléfono me dejo caer agotada sobre el respaldo de la silla. Esto no es vida. Cierro los ojos pensando que estoy a punto de meter la pata hasta el fondo.

Eres una inconsciente, me digo mordiéndome el labio inferior.

Cuando veo que es la hora meto mis cosas en el bolso y salgo pitando de la oficina. Ahora me las tendré que apañar para convencer a Dumar de que haga la vista gorda.

Tratando de no llamar demasiado la atención, recorro los pasillos del palacio hasta uno de los patios traseros. Al dejar atrás la frescura del interior siento una oleada de fuego en la cara, es el viento que sopla sin cesar desde el desierto. Menudo calor, rápidamente me quito la chaqueta, la doblo y me la cuelgo del brazo mientras me escabullo entre los guardias buscando con la vista a Dumar. Sé que las probabilidades de verle por aquí a estas horas no son muchas, pero él es la única persona que puede ayudarme.

Respiro aliviada cuando le veo allí arriba en una de las torretas de vigilancia hablando con otro guardia. Me acerco a la muralla y muevo mis brazos tratando de llamar su atención. Al reconocermelo me saluda con la mano. Rápidamente señalo hacia las puertas con un dedo y luego junto mis manos a manera de súplica. Contengo la respiración rezando para que Dumar comprenda mi pedido. Después de unos segundos oigo sonar el típico cuerno que indica a los porteros que deben abrir las puertas y franquear la salida.

Le doy las gracias con una sonrisa y camino a toda prisa hacia la arcada que da a la avenida que cruza el palmar. A poco de andar por la arena blanca distingo a lo lejos la melena rubia de la princesa. Al verme salta de su montura, un caballo negro precioso que relincha y sacude la crin al sentir mi presencia. Nadia se acerca a mí con una sonrisa radiante.

—Tú eres Luana, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y ella me abraza riendo. Sonrío con timidez, un poco incómoda porque suelo cortarme bastante con gente que veo por primera vez. Vaya, me digo al verla de cerca, ella sí que parece una verdadera princesa. Lleva un vestido blanco de viscosa, pulseras de oro y unas sandalias romanas plateadas. A su lado me siento tan poca cosa con mis rizos rojos imposibles de desenredar y mis gafas de pasta. Suspiro porque lo mismo me sucedía con mis hermanas. De las tres, siempre he sido la que menos destaca. Ni siquiera hago un esfuerzo por arreglarme. A veces me pregunto si de veras seré una princesa... Jamás entendí por qué era tan fascinante para ellas asistir a aquellas absurdas presentaciones en sociedad que mi madre solía organizar. Estar en medio de esos hombres y recibir sus halagos superficiales. ¡Qué ridículo! Será por eso que nunca ningún hombre me pretendió. Me veían como la hermana sosa, era demasiado hosca para ellos y ni siquiera se molestaban en dirigirme la palabra. Mejor así, me digo, más vale sola que mal acompañada. Al menos aquí en Nueva Abisinia puedo ser yo misma. Además de que es mucho más fascinante vivir en tierras salvajes y exóticas que en el aburrido castillo medieval de mi reino.

Veo como Nadia empieza a desatar el paquete que ha traído sobre el lomo del caballo. Me muerdo las uñas con nerviosismo porque el paquete ha resultado ser mucho más grande de lo que imaginaba. Es una caja de cartón bastante grande y me pide ayuda para bajarla al suelo. Gimiendo la ayudo a cargar la caja que es muy pesada, mientras ella sigue hablando sin parar acerca de lo feliz que la pone estar de regreso en el palacio. La noto demasiado entusiasmada, eso no es una buena señal. ¿Debería detenerla aquí o permitirle la entrada al palacio?

Pero pronto me doy cuenta que me resultará difícil imponerme a su arrebatadora energía. Su encanto es capaz de desarmar a cualquiera, y cuando empieza a avanzar hacia el palacio siento que es demasiado tarde para echarme atrás.

Regresamos con sigilo cargando la caja entre las dos. A nuestro paso algunos guardias alzan una ceja y yo rezo en mi interior para que no nos detengan.

—¡Eh! Vosotras dos. Alto ahí.

¡Mierda! Lentamente me vuelvo hacia ellos sonriendo con inocencia y veo que hacen un gesto señalando la caja.

—Permítenos echarle un vistazo.

Dejamos caer la caja y retrocedo unos pasos mientras los guardias la revisan. En ese momento aparece Dumar y hace que sus hombres se aparten. Tras echar un breve vistazo al contenido, enseguida levanta la cabeza sorprendido y mira fijamente a Nadia con una sonrisa enigmática. Intento ver qué hay en la caja pero Dumar la vuelve a cerrar rápidamente sellándola.

—Adelante, llevar la caja a la sala de paquetes que un mensajero luego pasará a recogerla. ¡Pero no os demoréis! Especialmente tú —señala a Nadia que se encoge de hombros y me mira poniendo los ojos en blanco.—Y mucho ojo con subir a la planta superior. Os estaré vigilando.

Me doy prisa porque no quiero contrariar a Dumar. Enfilamos por el pasillo de acceso al ala de servicio, y luego de andar unos minutos Nadia toma por otro pasillo. Frunzo el cejo porque por aquí no se llega a la sala de paquetes. Empiezo a inquietarme porque temo no tener permiso para andar por aquí. Miro a la princesa.

—Será mejor que le dejemos la caja a algún lacayo —sugiero mirando desesperada a mi alrededor sin ver a un alma. La princesa no me hace caso y continúa andando como si nada, entonces me apresuro a añadir—. Si la dejamos aquí mismo estoy segura que más tarde pasará el mensajero y se la llevará a su majestad. ¿Quieres que te acompañe hasta la salida?

Bufando la princesa me mira por el rabillo del ojo y de un tirón me quita la caja de las manos dejándome atrás. Doy una carrerilla para alcanzarla y empiezo a protestar débilmente.

—Oye, sabes que me comprometes...

Ella me corta en mitad de la frase.

—Gracias por tu ayuda, de veras —al ver que no me aparto hace un gesto de impaciencia—. Ya puedes volver a lo tuyo. Y no te preocupes por mí, conozco de sobra el camino.

Me quedo mirándola con la boca abierta sin saber qué hacer. Joder, no me lo puedo creer. Me rasco la cabeza repitiéndome que aquí debe haber un malentendido. Igual no he sabido explicarme bien. Carraspeo aclarándome la garganta y vuelvo a intentarlo.

—Nadia, lo que quiero decir es que esta área está restringida al personal de... Pero ella vuelve a cortarme abruptamente dejándome con la palabra en la

boca.

—Oye, ¿que no entiendes que soy de la familia? Esas reglas estúpidas no aplican para mí.

Parpadeo atónita. ¡No puede estar hablando en serio! Madre mía, ahora sí que me ha entrado la desesperación.

—¡Es que no puedo dejarte subir! ¡Si alguien llegara a enterarse de hacia donde estamos yendo perdería mi puesto!

Ella se vuelve a mirarme con ojos irónicos.

—Descuida, tú no vas a ninguna parte.

Al ver que la princesa se aleja de mí solo se me ocurre tirar de la manga de su vestido para detenerla, pero ella consigue librarse de mí con un movimiento brusco.

—¡Tú no entiendes! —exclama de repente—. ¡Debo hablar con mi primo! Además, lo que le traigo es demasiado valioso para dejarlo en manos de un mensajero.

Llegamos al pie de las escaleras doradas que conducen a la planta donde trabaja el jeque y su gabinete de ministros. Levanto la cabeza y observo los escalones relucientes que serpentean interminablemente y siento un vértigo que hace temblar mis rodillas. Altiva, Nadia echa a andar escaleras arriba como si fuera la dueña del palacio y dudo si debo seguirla. Al fin y al cabo soy una simple administrativa y no tengo permiso para subir a las plantas superiores. Me paso una mano por la frente con impotencia. Solo atino a gritarle.

—¡Prométeme que no harás una locura!

Lo único que obtengo por respuesta es su risa maliciosa. ¿Qué narices? La miro con incredulidad. ¿De veras cree que esto es gracioso para mí? ¡Es mi puesto el que está en juego y ella tan campante!

Gimo interiormente al imaginarme la cara que pondrá el gran Zadir al ver entrar a su prima por la puerta de su despacho. ¡Y ni quiero imaginar cuando descubra que he sido yo quien le ha dejado pasar! ¡Seguro que mi cabeza rodará por estas mismas escaleras!

Derrotada dejo caer mis brazos a los lados deseando que me trague la tierra.

Ahora sí que la he cagado...

Suspirando regreso sobre mis pasos dándole vueltas a la cabeza y temiendo lo peor. Me veo en la calle, sin rumbo, arrastrando mi maleta sola bajo la noche desértica. ¡Y probablemente será esta misma noche!

Maldigo mi suerte y regreso a mi habitación tratando de no cruzarme con

nadie por el camino.

Capítulo 2

ZADIR

—Majestad, ¿qué le ha parecido la princesa de Sabos? Es una muchacha maravillosa, ¿a que sí?

Me detengo en medio de la estancia para mirar a mi ministro con incredulidad.

—¿Hablas en serio, Omar? ¿De veras crees que haré mi esposa a cualquier chiquilla malcriada solo porque a ti te conviene una alianza con su padre?

Él baja los ojos. El resto del gabinete se queda en silencio cuando paseo mi mirada en busca de alguien sensato, pero nadie es capaz de sostenerme la mirada. Frustrado siseo entre dientes soltando un taco y mis ministros se remueven nerviosos en sus asientos.

Omar vuelve a intentarlo.

—Pero Alteza, comprenderá que debo proteger los intereses del reino. El sultán Ahmed domina miles de kilómetros de yacimientos petrolíferos y podríamos...

Pongo los brazos en jarras y le miro fijamente.

—¡Me suda la polla lo que su padre tenga o deje de tener! ¿Acaso crees que nuestro reino no tiene ya suficientes yacimientos? ¡Omar, hombre, no me fastidies! ¿Debo sacrificar mi felicidad solo por tener un poco más de maldito petróleo? —me paso una mano por el cabello y río incrédulo negando con la cabeza. Mierda, esto está yendo de mal en peor—. Oye, ya hemos pasado por esto. ¿Cuántas veces discutiremos lo mismo?

Omar traga saliva hundiendo su nariz en la pantalla de su portátil buscando en la lista de candidatas tratando de encontrar algún argumento que me convenza. Pero nada de lo que mis ministros proponen consigue hacerlo. Sus sugerencias son lógicas y razonables, lo reconozco. Pero en asuntos del corazón me niego a ser razonable. ¡Coño, después de todo no estoy decidiendo qué zapatos ponerme por la mañana! Estoy tratando de escoger a la persona a la que debo hacer feliz por el resto de mi vida, y esa es una gran responsabilidad. No puedo elegir esposa por comité, y eso es justamente lo que ellos no consiguen entender.

—Majestad, mire esto por favor... —Omar insiste una vez más ampliando una imagen en su pantalla que inmediatamente se proyecta sobre la pared de mi despacho. Miro con desgana y tuerzo la boca. ¿De nuevo esa muchacha con los grandes senos de plástico y la sonrisa falsa? Pero Omar continúa con

su discurso como si nada—. La princesa Keila, por ejemplo, es una candidata estupenda. Su familia posee tierras en puntos estratégicos de la región. ¡Si tan solo tuviéramos acceso a ellas nuestro comercio se triplicaría!

Le miro sin mover un músculo de mi cara hasta que él desvía su mirada avergonzado. Suspirando empiezo a explicar pacientemente.

—Omar, quiero que respondas a mi pregunta con franqueza —digo y me vuelvo para señalar la imagen proyectada en la pared—. ¿Engendrarias a tus hijos con una mujer tan superficial y consentida como ella?

Observo divertido que las mejillas pálidas del viejo Omar se tiñen de una tonalidad carmesí al tiempo que retuerce sus manos con pudor.

—Pero alteza, con todo respeto, ¿qué importancia tiene el carácter de la princesa? Basta con recluirla en un ala apartada del palacio y aparecer con ella únicamente en ocasiones protocolares.

Suelto la carcajada más bruta porque de verdad encuentro sus argumentos hilarantes. Los miembros de mi gabinete se miran unos a otros desconcertados. Estoy comenzando a pensar que no tiene caso continuar hablando del tema con estos hombres, porque al parecer jamás han tenido treinta años y son incapaces de comprender mis necesidades.

Omar hace el gesto de añadir algo más a su sarta de idioteces, pero se contiene cuando le fulmino con una mirada asesina.

—¡Basta! Hasta aquí hemos llegado. Ya no quiero volver a repasar tu bendita lista de candidatas. ¿Para qué? Esas golfas me repugnan. Y os advierto a todos que como sigáis pensando que tomaré esposa por el tamaño de su dote, podéis consideraros despedidos —hago una pausa y casi puedo oler el miedo en el silencio absoluto que hacen mis ministros. Meneo la cabeza antes de añadir—. Me he comprometido a darlo todo por el reino, mis horas, mi inteligencia y mi esfuerzo... Pero no me pidáis que sacrifique mi felicidad porque en eso seré inflexible —les miro a uno por uno asegurándome de dejarlo claro de una vez y para siempre—. Quiero una esposa con la que pueda tener hijos, con la que pueda compartirlo todo. Mi fortuna, mi cama, mis sueños y proyectos, mis hijos...

Al ver sus ojos vacíos me detengo y levanto mis manos con exasperación. ¡Vale, me rindo! Está visto que es inútil hablar de temas personales con esta gente. Con ánimo parco vuelvo a sentarme en mi sillón y mientras oigo los murmullos confusos de mis ministros, cierro los ojos apretándome el puente de la nariz con dos dedos para tratar de aliviar mi jaqueca. Este asunto de tomar esposa se está convirtiendo en una puta pesadilla. Jamás imaginé que

podría ser tan complicado.

Aspiro el aire por la nariz y pensativo me paso una mano por el pelo. Sé que debo encontrar una solución cuanto antes, pues estoy tirando de un hilo muy delicado que pronto se cortará si no tomo una decisión final. Pero es que la lista de candidatas que me han presentado es... simplemente inaceptable.

¡Oh, cómo envidio a los jeques que se permiten mantener a un harem! Esos cabrones lo tienen tan fácil... Sumar mujeres y probar a cada una hasta dar con la esposa ideal. Desafortunadamente mi naturaleza no funciona de esa manera. He salido con demasiadas mujeres durante los últimos diez años de mi vida y si algo me ha enseñado esa experiencia es que mi deseo de ser fiel a una sola mujer y dedicarme a ella en cuerpo y alma es hoy más fuerte que nunca. ¿Por qué no puedo encontrar una mujer por la que merezca la pena centrar todas mis energías en satisfacerla?

Después de todo, apenas pretendo seguir la tradición de mi linaje, el ejemplo que me han dejado mis padres. Su unión fue la felicidad perfecta. Lealtad, pasión y poder. Lograr conjugar esos elementos en una unión sagrada es el ideal al que aspiro. Y sé que jamás podré lograrlo si escojo esposa por comité.

No, soy yo quien debe elegir esposa para que esto funcione. No quiero una esposa trofeo ni una princesa consentida. Necesito una esposa de verdad, una mujer que me haga hervir la sangre y que pueda llevar a mis hijos en sus entrañas, una doncella pura a la que pueda adorar, poseer completamente y someter a mis instintos de macho...

Joder, todo esto me recuerda que desde que subí al poder no he probado mujer. Me he prometido que no dejaría que nada me distrajera de mis obligaciones. Ser el mejor jeque para mi reino es para lo que mi padre me ha criado. Y estoy cumpliendo su mandato con mano de hierro. Pero evidentemente la falta de una mujer a mi lado me está poniendo de los nervios. Si tan solo mi estrella me pusiera a esa mujer en el camino, juro que no la dejaría escapar...

—¡Señorita, usted no puede estar aquí! ¡Debe retirarse de inmediato!

¿Qué cojones? El grito de Omar me sacude de mis pensamientos. Veo que todos mis ministros están de pie, alarmados como si hubieran visto un fantasma. Sigo la dirección de sus miradas y entrecierro los ojos al advertir lo que está sucediendo aquí.

—¡Prima! ¿Se puede saber qué haces tú aquí?

Nadia intenta correr a mi encuentro pero mis guardaespaldas la detienen a

mitad de camino. Ella forcejea con ellos en vano y levanto mi mano abierta pidiendo paz.

—Está bien, soltarla.

Los guardias obedecen y ella les mira con desprecio. Luego se vuelve hacia mí y poniéndose en puntillas intenta besarme. Aparto mi rostro y me quedo mirándola sin mover un músculo.

—¡Zadir, mi amor, no imaginas cuánto te he echado de menos!

¿Mi amor?, pienso con disgusto y la alejo de mí. Ella parpadea poniendo morritos.

—¿Ya no me quieres?

—¿Quién cojones te ha dejado entrar?

—Esto... eh... tu secretaria —dice finalmente y enseguida junta las manos sobre su pecho en señal de súplica—. ¡Pero ella no tiene la culpa, por favor no la regañes!

Me vuelvo hacia mis ministros y ellos enderezan la espalda poniéndose en alerta porque saben que tengo muy malas pulgas.

—¿Cuántas puñeteras veces os he dicho que no toleraré empleados ineficientes en mi palacio?

Omar se disculpa con un murmullo inaudible y luego me pide permiso para retirarse. Hastiado les despacho a todos con un gesto despectivo de la mano. Los guardias vigilan a mi prima Nadia con suspicacia, como si en cualquier momento fuera a sacar una cuchilla de su bolso.

—Alteza —dice uno de ellos—, si me necesita no dude en llamarme. Estaré al otro lado de la puerta.

Asiento con la cabeza y los guardias también se retiran. Cuando nos quedamos solos, mi prima me dedica una sonrisa pícara. Vaya, esta niñata me está tocando los cojones, me digo cada vez cabreándome más haciendo un esfuerzo para controlar mi furia. Al ver mi gesto adusto Nadia inmediatamente pierde la sonrisa.

—No te enfades conmigo, Zadir.

Me cruzo de brazos y suspiro exasperado.

—A ver, prima, desembucha. ¿Quién es esa secretaria que te ha hecho pasar? Nadia hace un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Creo que se llama Luana. Es una chica muy simpática, algo ingenua quizás.

—¿Luana? —repito acariciando mi barbilla pensativo.

No es un nombre habitual para una secretaria en estas partes del mundo.

Ladeo la cabeza interesado.

—¿Puedes describirla físicamente?

Nadia tuerce la boca haciendo un esfuerzo por recordar.

—Es occidental, un poco más pálida que yo. Tiene rizos rojos, usa unas gafas grandes que le quedan muy monas y es bajita. Yo diría que es una tía bastante normal, pero la verdad es que aquí destaca bastante —se detiene y me mira con ojos implorantes—. Por favor no la riñas, solo aceptó ayudarme porque yo se lo pedí. ¡Cuando veas la sorpresa que he traído para ti se te quitará esa cara de ogro!

Sigo la dirección de su mirada y veo el paquete que ha dejado sobre la alfombra persa. Joder, no me gustan las sorpresas y menos si vienen de la chalada de mi prima.

—Luego le echaré un vistazo —digo mirando con desagrado la caja y pensando que esto no tiene buena pinta—. Ahora debes irte.

Ella avanza otro paso hacia mí acercándose peligrosamente y coge mi brazo con ansiedad.

—¡Pero Zadir, esto es demasiado importante! Quiero que lo abras delante de mí.

—No lo haré hasta que no me digas de qué se trata.

Ella me guiña un ojo sonriendo.

—Solo te daré una pista. Si vas a tomar esposa lo necesitarás...

Entrecierro los ojos fijamente intentando adivinar qué se trae entre manos esta vez. Chasqueo la lengua con impaciencia.

—¡Venga, ábrelo y acabemos con esto!

Ella da un saltito de alegría y corre hacia la caja. Lentamente empieza a abrirla con intención de crear suspense y pongo los ojos en blanco mirando mi reloj. Al ver que no estoy para bromas se da prisa en abrirla y luego se aparta para que pueda ver su contenido.

Por un momento la curiosidad me puede y me acerco con cuidado. Joder... esto sí que no me lo esperaba. Levanto mis ojos hacia ella y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Vaya, primita. Enhorabuena, has conseguido sorprenderme.

Ella echa a reír aplaudiendo encantada como una niña. Regreso a mi sillón detrás del escritorio y cruzo las manos detrás de mi cabeza. Nadia no me quita ojo mordándose nerviosamente las uñas.

—Gracias, casi no lo recordaba, ha sido una grata sorpresa —digo finalmente—. Pero no era necesario que violaras mis reglas de seguridad para traerlo

hasta aquí. Podrías haberlo enviado por mensajería, ¿no te parece?

Ella pone morritos y vuelve a acercarse tratando de acortar la distancia entre nosotros.

—Es que necesitaba verte. ¡Te he echado tanto de menos!

Rodea el escritorio con intención de llegar junto a mí y me veo obligado a hacer un ademán brusco para advertirle que ni lo piense. Ella se detiene a mitad de camino bufando y dejando caer los brazos a los lados regresa a su sitio ante el escritorio de caoba.

—Es que necesito que me escuches...

—No te preocupes, no me estoy quedando sordo. Habla.

—¡Uf, a veces eres tan odioso!

Levanto una ceja irónico.

—¿No has visto el telediario últimamente? —Ella parpadea confundida—. Para tu información soy el nuevo jeque de Nueva Abisinia.

—Muy gracioso —responde ella resoplando.

—En serio, Nadia. ¿Crees que dispongo de todo el tiempo del mundo para ti? ¿No te parece que tengo bastante ya con los asuntos del país para tener que ocuparme de una chiquilla que se cuele en mi despacho sin anunciarse?

Nadia abre los ojos indignada y protesta.

—¿Chiquilla yo? ¡Mira quién fue a hablar! ¡Tú eres quien no se ha dignado recibirme como si de golpe no me conocieras!

Joder, otra vez está consiguiendo sacarme de mis casillas. Niego con la cabeza viendo que esto está pasando de castaño oscuro y me pongo en pie porque no pienso tolerar más sus caprichos.

—¿Debo recordarte que te diriges a un jeque? ¡Ten más respeto!

Ella resopla dejándose caer en una de las sillas y se cubre la cara con las manos.

—¿Es que no te apetece verme feliz? —pregunta con voz lastimera.

Levanto una ceja.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Pues sí, eres mi prima y deseo verte feliz. ¿Acaso no es obvio?

Sus ojos vuelven a brillar con esperanza.

—¡Pues entonces tómame como esposa y seré la princesa más feliz!

Aquí vamos de nuevo, pienso con disgusto y me paso una mano por el cabello sin poder creerme que una vez más estemos hablando de esto. Muevo la cabeza de un lado a otro porque creí haberlo dejado bastante claro la última vez. De hecho, he tratado de disipar sus inapropiadas fantasías románticas en

varias ocasiones, pero con Nadia nunca parece ser suficiente.

—No me lo pongas difícil. Tú ya sabes lo que pienso al respecto.

—No me quieres... Es eso, ¿verdad? ¡Tú nunca me has querido!

Sus ojos están enrojecidos y pacientemente la oigo sonarse la nariz una y otra vez. Me cago en la leche, pienso caminando de un lado a otro con los puños apretados, ¡lo que me faltaba, consolar a una princesa encaprichada! Maldigo entre dientes a la inepta de mi secretaria. Hoy ha dejado pasar a mi prima, y si me descuido mañana podría dejar pasar a mi enemigo. Definitivamente debo deshacerme de ella.

Pero antes debo deshacerme de mi prima. Tomo aire reuniendo lo poco que me queda de paciencia y con un gesto le indico que se acerque a mí. Cabizbaja obedece. Levanto su barbilla con un dedo y frunzo el ceño al ver sus lágrimas. Me mira con los ojos vidriosos. En ellos puedo ver que no ha perdido la ilusión. Joder, odio tener que romperle el corazón. Siento afecto por esta niña, sé lo chungo que lo ha pasado en su vida y la considero casi como una hermana menor. Pero eso es todo. Si sintiera algo más por ella, me daría cuenta al instante al tocar su cara o sus manos, porque así es como sé cuando hay electricidad entre una mujer y yo. Pero al tocar su barbilla no he sentido nada. Su piel no provoca ningún ansia en mí.

La miro a los ojos y suspiro resignado porque odio ser el villano del cuento y tener que explicarle con pelos y señales lo que es evidente para todos menos para ella.

—Tú no te has enamorado de mí, prima. Solo estás encaprichada conmigo porque soy el único hombre en quien confías.

Ella niega con la cabeza testaruda.

—¡Tú no puedes saber lo que siento!

La miro con pena y la tomo de las manos tratando de que me escuche.

—Oye, que tengo más experiencia que tú. Sé de estas cosas mucho más de lo que te imaginas. Eres muy joven y en tu vida conocerás a muchos chicos, debes darte una oportunidad de conocerles y ya verás que uno de ellos congeniará contigo y te querrá como mereces.

—¡Pero no quiero conocer a ningún chico! ¡Te quiero a ti!

—Todos estamos destinados a una persona en particular. Cuando tu estrella te ponga a esa persona delante, lo sabrás.

—¡Es que ya lo sé! ¡Esa persona eres tú!

—No, no soy yo, eso te lo seguro. Te has equivocado conmigo, es algo que nos sucede a todos. Pero el destino se encargará de poner delante de ti al

hombre que te merezca.

—¿Y qué haré si no existe ese hombre? —susurra con un hilillo de voz.

—Te prometo que existe. Ten fe y confía en ello.

Se sorbe la nariz y me mira con sus preciosos ojos violetas arrasados por las lágrimas.

—¿Y si me vuelvo a equivocar? ¿Cómo sabré cuando tenga a mi príncipe enfrente?

—Lo sentirás aquí —digo apoyando una mano en mi corazón.

Nadia ladea la cabeza e insiste una vez más.

—¿Y de veras tu corazón no siente que tú y yo estamos destinados a estar juntos?

Niego con la cabeza, aún a riesgo de hierirla prefiero ser directo.

—De veras, prima. Mi corazón no siente eso que dices.

De golpe su rostro se descompone tiñéndose de un rojo intenso y furiosa avanza hacia mí dándome un empujón.

—¡Eres un maldito, Zadir! ¡Tú no tienes corazón, jamás has querido a nadie en tu vida ni lo harás!

La dejo que se desahogue observándola dar golpes sobre mi pecho hasta que se detiene agotada y lentamente se deja caer al suelo y rompe en un llanto desconsolado.

Resoplando presiono el intercomunicador para llamar a la guardia. No es mi intención hierirla ni verla sufrir, pero esto ha ido demasiado lejos. Ella ya no escucha razones y no hay más que pueda decir para consolarla. Solo puedo esperar que con el tiempo pueda darse cuenta de su error.

La puerta del despacho se abre de inmediato y mi guardaespaldas echa un vistazo a la princesa espatarrada en el suelo y hecha un desastre.

—Majestad, ¿se encuentra bien? Sabía que algo así acabaría ocurriendo, debí haberme quedado aquí —sisea negando con la cabeza.

—Descuida —le tranquilizo—. Solo necesito que alguien la acompañe hasta su casa.

El cuerpo de guardias aparece en el rellano y se pone a mis órdenes llevándose a la princesa. Mientras es conducida fuera de mi despacho ella se vuelve para señalarme temblando de ira.

—¡Eres un hombre cruel, primo! ¡Bien ganada tienes tu fama de mujeriego desalmado! ¡Los hombres como tú están destinados a morir solos e infelices!

La puerta se cierra tras ella y me paso una mano por la cara dejándome caer en mi sillón. Su última frase queda resonando en mi mente durante varios

minutos. No puedo evitar preguntarme si ella no tendrá razón. ¿Y si mi destino fuera no encontrar jamás a la mujer por la que merezca la pena arriesgarlo todo? Un frío recorre mi espina y aprieto las mandíbulas con fuerza.

Justo en ese momento alguien llama a la puerta sacándome de mis oscuros pensamientos.

—¡Adelante!

Es Dumar, que entra y se acerca lentamente hasta mi escritorio con un gesto de preocupación mientras yo le fulmino con la mirada.

—¡Tú eres un cabronazo! —exclamo señalándole con un dedo acusador—. ¿Crees que ser mi mejor amigo te da derecho a hacer lo que se te antoje?

Dumar levanta las manos en son de paz.

—Lo siento, Zadir, de verdad. Ya he visto que la reunión con la princesa ha acabado en desastre. Asumo toda la culpa si eso te hace sentir mejor.

Le miro incrédulo.

—Sabes perfectamente que no quiero ver a ninguna mujer, ¡mucho menos a mi prima!

—Solo pretendía ayudarte. Permanecer recluido en tu despacho trabajando veinte horas por día no es saludable para nadie.

Desvío la vista resoplando y me quedo mirando el horizonte del desierto a través de la ventana. Joder, es que tiene toda la razón. No puedo seguir así. Como no encuentre una solución a este asunto acabaré volviéndome loco. Haber anunciado públicamente mi intención de tomar esposa ha sido un error. Sin querer he provocado un caos allí fuera y ahora hay decenas de princesas ilusionadas con ser la esposa del jeque. He abierto la caja de pandora y ahora tendré que atenerme a las consecuencias. Debo forzarme a escoger entre aquellas princesas que mi gabinete considere aptas, aunque con ello esté echando por la borda mis chances de ser feliz.

Mosqueado me vuelvo hacia Dumar cruzándome de brazos.

—Pues si quieres ayudarme dime quien demonios es esa secretaria extranjera que ha ayudado a Nadia.

Advierto que Dumar reprime una sonrisa.

—¿Te refieres a la princesita?

Le miro desconcertado. ¿Princesita? ¿Qué significa eso?

Él se echa a reír al ver mi confusión.

—¿En serio no te has fijado en ella? Se llama Luana y trabaja para ti desde hace tres meses.

Resoplo cabreado.

—¿Pretendes que conozca a cada una de las personas que están bajo mi servicio?

Dumar se sonríe.

—Te aseguro que ella merece la pena.

Le miro intrigado pero carraspeo para disimular mi repentino interés.

—¡Pues me importa una mierda! Ningún empleado del reino desoye mis órdenes.

—¡Eh! Métete conmigo si quieres, pero deja a esa pobre muchacha en paz. Lo más probable es que se haya visto sobrepasada por la situación.

¿Sobrepasada por la situación? ¡Controlar este tipo de situaciones es su puñetero trabajo!

—No hay excusas, la ha cagado y tendrá que pagar por su error.

Con los labios apretados pulso el botón del interfono para comunicarme con la oficina de administración.

Dumar chasquea la lengua.

—Estoy seguro que la pobre no lo ha hecho con mala intención.

—Pues eso mismo me lo tendrá que explicar ahora ella a mí.

SIGUE LEYENDO LA SECRETARIA DEL JEQUE:

[La secretaria del jeque en AMAZON.ES](#)

[La secretaria del jeque en AMAZON.COM](#)

[La secretaria del jeque en AMAZON.MX](#)

Copyright © 2017 Brenna Day

Todos los derechos reservados. Este libro es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares y circunstancias son producto de la imaginación del autor o están utilizados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos es una coincidencia.

Está terminantemente prohibido reproducir cualquier parte de este libro a través de cualquier medio o forma, electrónica o mecánica, sin el permiso expreso del autor, exceptuando breves citas con fines promocionales o en reseñas literarias.